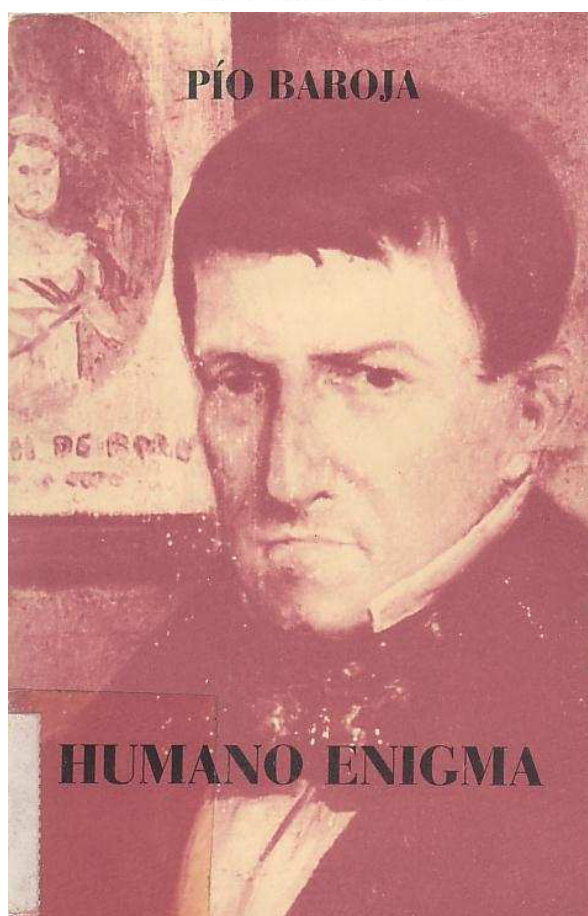


MEMORIAS  
DE UN HOMBRE DE ACCION



HUMANO ENIGMA

NOVELA



PÍO BAROJA

HUMANO ENIGMA

PÍO BAROJA

# HUMANO ENIGMA



*Editorial  
Caro Raggio  
Madrid*

Edición conmemorativa del centenario del nacimiento de Pío Baroja

Cubierta de Ricardo Baroja

Es propiedad. Derechos reservados

© Herederos de Pío Baroja

Edita y distribuye: CARO RAGGIO, EDITOR

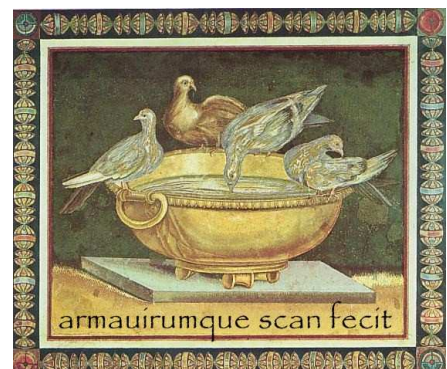
Alfonso XII, 52. Tel. 230 68 51. Madrid -14

ISBN: 84-7035-060-9

Depósito legal: M. 8976-1981

Imprime EDIME ORG. GRAFICA, S. A.

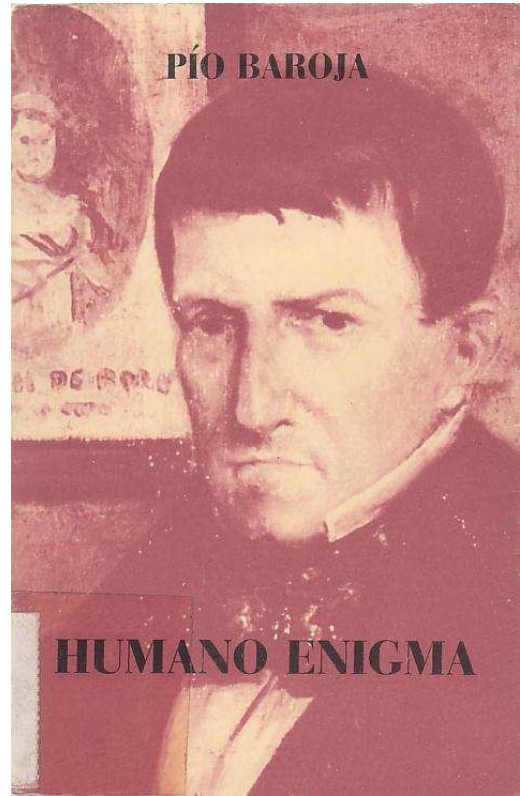
MOSTOLES (Madrid)



MEMORIAS DE UN HOMBRE DE ACCIÓN  
Tomo XVII  
«Humano Enigma»

Una vez terminada la serie constituida por «Las figuras de cera», «La nave de los locos» y «Las mascaradas sangrientas», Baroja pensó seguir adelante con dos novelas que, en esencia, se desarrollan en Cataluña. Para escribirlas llevó a cabo un viaje por las zonas que fueron teatro de la acción del personaje principal de estas dos novelas: El Conde de España. El título de la primera, «Humano Enigma», es alusivo a la extrañísima personalidad de aquel hombre que dejó fama de sanguinario y cruel como ninguno, tanto en su actuación en Barcelona durante el periodo absolutista, del reinado de Fernando VII, como en la de general en jefe carlista de Cataluña al final del conflicto. Como el Conde de España era de origen francés y tenía raigambre en el otro lado de los Pirineos, Baroja completó su información en los lugares de donde provenía. Lo que, en esencia, le interesaba, como psicólogo, era contrastar la imagen popular del Conde, hecha por los escritores liberales y por los que fueron objeto de sus persecuciones, con imágenes, no apoloéticas precisamente, pero que daban otra cara o faceta del hombre. La del militar del Antiguo Régimen, con educación aristocrática, dieciochesca y cierta dignidad exterior de noble de tiempos anteriores.

Pero para que el carácter fuera todavía más enigmático, Baroja encontraba que el Conde de España era, además, una especie de humorista macabro y como militar más culto que otros muchos de su época. El retrato minucioso que hizo de él, tomando como pretexto una acción novelesca romántica, de la que el protagonista es el narrador, o mejor dicho el que observa, es uno de los más vivos e impresionantes de cuantos da en las «Memorias de un hombre de acción», que son muchos.



## PRÓLOGO

Un día de otoño de 1838, en el salón de lectura del hotel de Francia en Bayona, un salón viejo y pasado de moda, un joven inglés, sentado al piano, tocaba la sinfonía de «El barbero de Sevilla», mientras otro, francés, desde un sofá escuchaba con aire de mal humor. El inglés se llamaba Hugo; el francés, Max.

—¿No va usted a dejar de tocar? —preguntó, al fin, Max.

—¿No le gusta a usted esta música? —dijo Hugo.

—Poca cosa.

—¿La encuentra usted demasiado vulgar o no bastante vulgar para su gusto?

—No entiendo de música. ¿Qué quiere usted que hagamos esta tarde, Hugo? ¿Vamos a la barra a ver el mar?

—¿No dice usted que le fastidia también el ver el mar?

—Sí, como la música. Pero ¡qué se va a hacer! Este pueblo es tan aburrido.

—Todos los pueblos son aburridos no teniendo una ocupación fuerte.

—Para mí, no. Hay pueblos en donde yo me divierto.

—¿Sin hacer nada? No lo creo. Es la vida la que es monótona. La vida corriente, sin aventuras, sin imprevisto, la verdad, no vale la pena.

—Para mí, si se tiene dinero, vale la pena

—replicó Max.

— Para mí, no.

—Usted habla así porque ha tenido dinero.

—Aunque no lo hubiese tenido creo que pensaría lo mismo.

—Y si piensa usted así, ¿por qué no se lanza usted a la aventura?

—Es lo que voy a hacer. ¡Pero, amigo, es tan difícil realizar una aventura que le deje a uno satisfecho! Uno de mis condiscípulos ha ido a China...; nada. Otro ha ido a América de buscador de oro. Es un gambusino. Nos ha escrito a los amigos su vida y sus aventuras. No valen la pena. El que ha ido a China como el que ha ido a América no cuentan nada que tenga interés. Es más divertido el viaje que hizo Sterne de Londres a París. Quizá la aventura esté dentro de uno.

—Yo he buscado el hacer fortuna en España —dijo Max, a quien el giro literario que daba su amigo a la conversación no le interesaba—. Yo he ido a España porque no tengo con qué vivir. Si tuviera algún dinero, me quedaría en Francia y no saldría. Me contentaría con la vulgaridad.

—Usted es un francés, y el francés es de gustos caseros.

—¿Y el inglés, no?

—El inglés, no. El inglés siempre ha sido viajero y marino. El inglés siente el «spleen» de su tierra. Se aburre. Yo lo comprendo. Esa vida incolora e insípida de la civilización nos pesa. Es uno el número dos mil cuatrocientos veintitrés del estante catorce de la serie A.

—No estoy conforme —dijo Max—. Yo no encuentro la vida aburrida y monótona con dinero.

Ahora, esas lamentaciones estilo Byron y los románticos, las odio.

—¿Ha leído usted a Byron, Max?

—No.

—Pero tiene usted opinión sobre él. Esto es muy francés. Yo no soy entusiasta de Byron, aunque hay en él cosas que están muy bien.

—Yo no le juzgo como poeta. Eso no me interesa; pero el byronismo me parece una ridiculez.



## PRIMERA PARTE

### INQUISICIONES GENEALÓGICAS

#### I

#### EL GUSTO POR LA AVENTURA

Una tarde de octubre de 1838, Hugo Riversdale y Max Labarthe se presentaron en la fonda de Francia y le dijeron al mozo que iban a hablar con don Eugenio de Aviraneta, porque éste los había citado.

Don Eugenio les hizo pasar a su cuarto y les invitó a sentarse.

—Cuenten ustedes lo que les trae por mi casa. —Venimos, sencillamente, a ponernos a su servicio —dijo el francés.

—¡A mi servicio! Pero yo no soy nadie. Un español emigrado únicamente, ¿qué quieren ustedes que yo haga?

—¡Bah!, don Eugenio. No se las eche usted de modesto. Sabemos que tiene usted gran influencia entre los liberales.

—¿Por quién lo saben ustedes?

—Por don Pedro Leguía, que es amigo nuestro.

—¡Ah! ¿Son ustedes amigos de Leguía?

—Sí; somos amigos, y este señor es primo de unos conocidos suyos: los Stratford —dijo Max.

—¿Son ustedes liberales?

—Sí; pero quisiéramos ir a España al campo carlista.

—¡Hombre!

—Sí, por curiosidad. Yo tengo afición al periodismo —dijo el inglés—, y quisiera hacer una información en el campo carlista.

—¿Y por qué no se dirigen ustedes a los carlistas influyentes de Bayona?

—Nos ha parecido más picante dirigirnos a un enemigo suyo —replicó el francés—. Ellos, naturalmente, nos hablarían de la importancia de la empresa y querrían que colaboráramos en ella con entusiasmo.

—Usted nos puede indicar qué es lo más interesante y divertido —replicó el inglés—; yo soy escritor, por lo menos, aficionado.

—¡Ah!

—Sí, y un poco dibujante. Me han traído aquí a Bayona, donde me aburro horriblemente; sé por mi primo Stratford y por Leguía que usted es un hombre que trabaja en descomponer el carlismo, y se me ha ocurrido venir a verle a usted, a proponerle mis servicios con mi amigo Max.

—¿Entonces es usted liberal?

—Sí; soy inglés.

—¿Liberal a lo Byron?

—Sí, y a lo Shelley; pero principalmente soy un hombre que se fastidia.

—Si es usted liberal como Byron, me basta. Yo he conocido a Byron.

—¿De verdad?

—Sí. En Missolonghi.

—¡Qué extraño! —dijo el inglés.



A Labarthe, que había unido a su nombre el de Terssac, probablemente sin gran derecho, le hacía, sin duda, gracia el desenmascarar a un supuesto mixtificador.

—Vengan ustedes mañana. Comeremos juntos y haremos el plan.

—Muy bien.

—¿Sus hombres?

—Yo me llamo Hugo Riversdale —dijo el inglés.

—¿Y usted?

—Yo me llamo Máximo Labarthe Terssac.

—Todo esto suena un poco a aristocracia.

—Ya no hay aristocracia —dijo el inglés.

—Hasta mañana, señores.

—Hasta mañana.

En esto el francés hizo el signo de reconocimiento de la masonería escocesa, y Aviraneta contestó.



## II

### UN JOVEN INGLÉS Y OTRO FRANCÉS

Hugo Riversdale contaría entonces veintiún años. Su padre era inglés; su madre, de Bayona. Al terminar sus estudios había sido enviado por su familia a viajar por el continente, a consecuencia de una aventura amorosa. Hugo se mostró estudioso y aplicado. Sabía bien el latín, y fue uno de los mejores alumnos de la facultad de letras de Oxford.

Hugo era rubio, afeitado, con aire muy de inglés, muy de niño, la cara larga, los dientes blancos, los ojos azules, la expresión un poco perpleja de persona sin malicia. Parecía de esos hombres inocentes que pueden pasar por medios sucios e indignos sin contaminarse. Se reía muy cándidamente de las cosas, encontraba fácilmente el lado bueno de todo y tenía ideas muy definitivas sobre la caballerosidad y la honradez.

Hugo hablaba de su vida con ironía.

Después de acabar sus estudios se casó en secreto con una muchacha joven, casi una niña, con la que tuvo un hijo.

Los padres de la chica y los suyos se indignaron y la obligaron a ella a quedarse sola, y a él a pasar un año en el continente.

Hugo se mostraba aficionado a escribir, hacía versos, dibujaba medianamente y pensaba, después de algunos años, entrar de secretario con un tío suyo, hombre político de importancia en Inglaterra.

Máximo de Labarthe, amigo o más bien conocido de Hugo, era francés meridional, de un pueblo del departamento del Gers. Su padre, administrador de un aristócrata, y con ínfulas aristocráticas, unió a su apellido el de Terssac, cuarto o quinto de la madre, y se llamaba Labarthe de Terssac.

Max no tenía un tipo para llamar la atención. Era un joven de estatura mediana, de ojos claros, pómulos salientes, pelo negro, con una expresión de inteligencia y de astucia.

Al día siguiente de hablar con Aviraneta, Hugo y Max se presentaron a verle. Don Eugenio llevó a los dos jóvenes a un comedor pequeño que había en el hotel y se sentaron.

—Tomaremos una botella de Chateau-Iquem con las ostras —dijo Aviraneta al mozo.

—A mí me gusta más el Sauterne —saltó Max.

—¡Oh, qué ignorancia! —exclamó Hugo—. El Chateau Iquem es la mejor marca del Sauterne.

—No lo sabía. He vivido en la miseria.

—Después tomaremos un Saint-Emilion negro, y un Grave del que ustedes quieran, blanco —siguió diciendo Aviraneta—. Y concluiremos con una botella de champagne de la Viuda Clicquot. Una comida modesta.

La comida modesta se convirtió en un banquete, en donde se bebió de lo lindo y se habló más de lo que se esperaba.

Aviraneta pudo conocer bien a los dos jóvenes. A los postres decía:

—Esta aventura la comprendo mejor en Max que en Hugo.

—¿Por qué? —preguntaron los dos jóvenes.

—Max es de mi escuela.

—¿De qué escuela?

—De la escuela de los intrigantes. Es de los que acabarán siendo algo, si es que no le pegan un tiro. Usted, no; usted, señor Riversdale, no tiene ambición. Es de la cepa dulce. Nosotros, no; nosotros somos de la cepa amarga.



—Sí; creo que he entendido —contestó Max—. Me explicaré a ver si es esto. ¿Que tengo que dar una noticia grave y complicada? Hago primero una cuadrícula de sesenta y cuatro cuadros y los numero.

—Eso es.

—Después saco mi Kempis, marco los números indicados en la cuadrícula y los abro.

—Eso.

—Y después escribo con la plantilla en los huecos que quedan.

—Yo no quisiera que el día de mañana puedan ustedes decir que por mí se han metido en una aventura peligrosa —indicó don Eugenio—. Ustedes no sé si sabrán que yo soy el infame Aviraneta, el eterno conspirador. Piensen ustedes.

—No, no. Sabemos a lo que nos exponemos —dijeron el francés y el inglés.

—Entonces, si me van ustedes a escribir quedaremos de acuerdo en una clave sencilla, que ustedes recordarán y yo apuntaré, para las cartas corrientes. El conde de España se llamará nuestro amigo; la Junta, la tienda; locuras, aciertos; derrotas, victorias; fusilamientos, premios; luchas, amistades.

Ahora, en el caso de que se trate de una cuestión complicada de muchos detalles, se recurre a la plantilla.

—Comprendido.

—Bueno; esta noche vienen ustedes por las cartas.

—Y mañana por las mañana salimos.

Aviraneta escribió las cartas y las entregó a los jóvenes, dándoles al mismo tiempo un libro publicado en Barcelona, titulado «La Ciudadela Inquisitorial», y una alocución del conde de España en que se llamaba Carlos de España, de Couserans, de Comminges y de Foix. A Hugo le dijo que si iba a Tolosa de Francia fuese a visitar a las señoras D'Esperamons, e indicó sus señas. A Max Labarthe, sin duda como masón, le dio una tarjeta con la dirección de una logia de Toulouse.

—Este inglés parece buen muchacho —le dijo al verse solo con Max, refiriéndose a Hugo.

—No sé; no me parece un hombre muy atrevido. Un hombre que a veces se ruboriza.

—Eso no importa —dijo Aviraneta—; los tontos son los que menos se ruborizan cuando son jóvenes.

—Este Hugo es un poco fatuo y pagado de sí mismo y no muy inteligente.

—Pues da la impresión de hombre despejado.

—No creo que lo sea. Eso de ser poco inteligente es muy inglés. El cree, aunque no lo dice, que ser inglés es una gran cosa.

—Pero eso nos pasa a todos con nuestros respectivos países.

—Yo creo que a todos no.

De su viaje, Riversdale publicó un tomo en 1847, con dibujos, llamado «Recuerdos», en Londres, en la Casa Editorial Partridge S. W. y Cía. Paternoste Row, 9. De estos «Recuerdos» el autor ha tomado muchos de sus datos.

### III

#### UN VIEJO SENSATO

Max y Hugo tomaron la diligencia para Orthez y se quedaron a dormir allí. Vieron el pueblo, sin gran carácter, con un castillo en un alto, el castillo de Moncada, y un puente muy curioso sobre el río, con un torreón. Las calles les parecieron estrechas, de casas grises y tejados de pizarra. Sobre una puerta les chocó un letrero en español: «Lo que ha de ser no puede faltar».

En la posada de la calle principal, una criada española, una aragonesa de Canfranc, morena, con los ojos muy expresivos e inteligentes, les sirvió la comida.

Hugo y Max estuvieron hablando en castellano con ella. Max pudo notar con rabia que la aragonesa atendía con solicitud a Hugo y no hacía caso de él.

—Es una mujer estúpida y bestia —murmuró incomodado, y se fue a la cama de mal humor.

A la mañana siguiente salieron de Orthez los dos jóvenes, comieron en Pau y marcharon a dormir a Tarbes.

Fueron a parar al hotel del Gran Sol.

Tarbes, ancho, hermoso, a orillas del Adour, con canales y arroyos que corren cerca de las aceras, es pueblo apacible y agradable.

Pasearon de noche por la plaza del Maubourguet y por el Prado, muy tristes, con alguna que otra pareja sentada en los bancos, y salieron al día siguiente en la diligencia camino de Toulouse. El tiempo estaba delicioso. El paisaje, fresco, riante; la atmósfera, cristalina. En el fondo aparecía como un encaje la muralla blanca de los Pirineos.

De Tarbes pararon en Saint-Gaudens, pueblo bastante aburrido; fueron al hotel de France y después a ver a un consejero municipal. Era un hombre viejo, pequeño, de cabeza cuadrada, sonrosado, con unos ojos claros, un bigote blanco y unas manos grandes y toscas. Le preguntaron si sabía algo del conde de España. No sabía nada, ni había oído hablar de él. Se manifestó republicano. Le dijeron que ellos iban a España. El viejo repuso:

—España es un país perdido, dominado por los curas. No vayan ustedes allá. Yo he ido a Barcelona, y de Barcelona a Madrid. ¿Creerán ustedes que de Barcelona a Madrid he visto en el camino los campos abandonados sin que los trabaje nadie? *¡Ah c'est ignoble!* —acabó diciendo.

—Sí; allí se trabaja poco —dijo Max—; y con la guerra, menos.

—Nada; no vayan ustedes allí. Es una vergüenza. Ustedes, que son jóvenes, deben ir a trabajar a la América del Norte. El trabajo es la libertad, la dignidad humana.

Hugo y Max reconocieron que tenía razón, lo que no fue obstáculo para que se rieran un poco del viejo.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo —dijo Max al volver a la fonda.

—Sí; me parece que sí.

—Vamos a Toulouse; quizá allí nos orienten para nuestras investigaciones.

—Bueno. Vamos.

#### IV

### EN TOLOSA DE FRANCIA

Fueron a Tolosa, al hotel de España. Tolosa era entonces un pueblo más clásico que ahora, de calles estrechas, de caserones viejos de ladrillo, de iglesias también de ladrillo. Las callejuelas tortuosas, con aceras pequeñas, estaban en verano llenas de polvo; en invierno, de lodo. Se veían los hoteles antiguos, rojos, con sus tejados empinados y sus veletas. A veces tenían en la puerta el dintel esculpido en piedra con un escudo historiado y los portales terminados en corredores negros. De algunos patios el arroyo salía lleno de inmundicias.

Las calles del centro, como la de Saint-Rome, antigua, estrecha, estaban siempre llenas de gente. Había tiendas repletas de género, sobre todo de comestibles y carnicerías, con piernas de vaca adornadas con flores de papel.

Al pasear por el pueblo el viajero se quedaba sorprendido por el color rojizo, de mosto, de las torres de ladrillo, de aire ruinoso, con los saledizos llenos de manojos de hierba. Aquello les daba un aire viejo y arcaico. Se veían también tres o cuatro mercados al aire libre, con sus toldos de lona. Al parecer, los tolosanos se mostraban aficionados a comprar las cosas en los puestos ambulantes mejor que en las tiendas.

Entre las mujeres se notaban muchos ojos azules y claros, tantos o más que ojos negros; quizá el rastro de los visigodos que allí establecieron su corte.

Estas iglesias de ladrillo, la Catedral, Saint-Sernin, la Dalbade, daban al pueblo un aire cálido y meridional.

En aquel tiempo no había más que un puente que cruzaba las dos orillas del Garona: el puente Nuevo.

Constantemente se oía en Tolosa hablar del Capitolio. A todas partes se iba por la plaza del Capitolio. A los tolosanos les sonaba bien, sin duda, esa palabra del Capitolio.

Toulouse tenía un aire clásico de pueblo del Sur, no completamente legitimado por el clima, porque tanto en la primavera como en el otoño llovía mucho.

Hugo y Max callejearon por la ciudad, y como lo español les interesaba, cuando vieron a Calomarde que bajaba de un coche y entraba en la iglesia de Saint-Sernin se quedaron mirándole. Calomarde vivía desde hacía tiempo en Toulouse e iba a las iglesias y no se ocupaba de política.

Max quiso hablarle, pero el político no quiso oírle y siguió adelante.

—Es una vieja mula aragonesa —dijo el francés de mal humor.

## V

### LEGITIMISTAS

La primera visita que hicieron en Tolosa Max y Hugo fue a casa del vizconde de Boisset. No le vieron. Estaba por entonces en Albi.

Fueron después a casa del conde de Pins.

El conde de Pins, francés elegante y estirado, vestido de redingot, con el cuello muy alto y la corbata apretada en el cuello, hablaba más en parisiense que en tolosano.

El conde de Pins era pariente, según se decía, del conde de España. Se hallaba separado de su mujer. Ella vivía en la calle de Laviguerie, número 4; él se había ido al hotel de Francia, en la plaza de San Esteban.

El conde se mostró muy reservado. Dijo que no daría resultado una recomendación suya para el conde de España, pues el conde, hombre de un carácter muy entero, no atendía a las recomendaciones.

—¿El es de Saint-Girons? —preguntó Max.

—Sí; creo que sí.

—Porque mi familia procede de allí y es algo pariente.

—No le diga usted si le ve que es su pariente. Eso no le serviría de nada.

Una de las cartas de Aviraneta era para Juan Carrere, agente carlista a quien fueron a visitar.

Según Carrere, ya no se trabajaba en Toulouse a favor del carlismo; quizá el nuevo agente, Tomás Aladern, y el marqués de Puyraloque hicieron algo en los últimos meses; pero Aladern quedó desterrado, y al marqués de Puyraloque le advirtieron que le pasaría lo mismo si insistía.

Fueron a ver a Puyraloque, un señor ya viejo y decorativo.

El señor Puyraloque dijo que él trabajó en su tiempo lo que pudo en favor del carlismo; pero desde el duelo de D'Aguilar y Baudeau se extremó la severidad con los legitimistas y con los republicanos de tal modo, que les imposibilitó la acción.

Ni Hugo ni Max se hallaban enterados de lo pasado en este duelo.

Al parecer, un joven Baudeau, hijo de un abogado liberal de Toulouse, escribió una comedia satírica en donde se vieron alusiones burlonas a los legitimistas. Entonces otro joven, D'Aguilar, hijo de una familia aristocrática de origen español, contestó con un artículo violento en un periódico literario titulado «El Gascón». El padre de D'Aguilar estuvo en España al servicio del rey José, y el abuelo fue alcalde de Perpiñán durante la Revolución. El joven Baudeau envió los padrinos, considerándose ofendido, a D'Aguilar y se concertó un desafío a pistola, en el cual Baudeau dejó muerto a D'Aguilar.

El entierro fue una manifestación de duelo del partido legitimista.

Con motivo del entierro, la policía hizo indagaciones y vino a coger los hilos de una sociedad realista, los Caballeros de la Fidelidad, y al mismo tiempo encontró en Tolosa varias logias carbonarias.

Desde que comenzaron las investigaciones policíacas, el conde y la condesa Raymond dejaron Tolosa y su casa de la rue d'Arquier para trasladarse a París.

El conde y la condesa Raymond se emplearon en la policía de la Corte, con Mad D'Arzón, su hermana.

Puyraloque les dijo a Hugo y a Max que podían dirigirse al conde Raymond, que habitaba en la



## VI

### MASONES

Es necesario hacer algo. Si no, vamos a quedar muy mal con nuestro amigo —dijo Hugo.

—Sí, no hay más remedio.

Decidieron investigar cada uno por su lado.

En Tolosa, Máximo recorrió las librerías, miró en las bibliotecas, anduvo por oficinas y negociados, en casas viejas con escaleras y suelo de ladrillos por el estilo de los pueblos de España.

Sacó la consecuencia de que los descendientes de la familia de Foix y de Comminges debían de estar entre los Narbonnes, los Polignac y los Montespán.

Le dijeron que, para encontrar datos de la familia, lo mejor sería ir a Saint-Gaudens y a Saint-Bertrand de Comminges.

Max fue después a la logia de la calle del Lobo, llamada Hijos de la Luz.

En la misma casa había una venta carbonaria de refugiados polacos, tiulada de Praga, unida a una venta de italianos de la Joven Italia.

Hugo fue a casa de Josefina d'Esperamons, en la calle del May, cerca de la de Saint-Rome.

Josefina acogió al inglés amablemente y le preguntó por don Eugenio y por Pedro Leguía; tocó la guitarra, y al día siguiente, como entusiasta de su barrio, acompañó a Hugo por aquellas callejuelas y le enseñó los antiguos hoteles de la calle des Chapeliers, des Changes, des Balances, la calle Malcousinat con sus casas antiguas y torres.

Lo llevó también a la tienda de un comerciante, cerca de la plaza del Capitolio, antiguo contratista de paños para las tropas de don Carlos.

—¿Así que usted tiene curiosidad por averiguar los orígenes del conde de España? —lo dijo éste—. Yo he conocido a un cura de Castillon en Couserans, muy erudito; hace tiempo que no le veo. Yo creo que él debe de saber algo. No sé si seguirá en el mismo pueblo.

El comerciante añadió que un castillonense tabernero y comerciante de caballos del barrio de San Cipriano seguramente lo sabría. La taberna se llamaba las Cuevas del Padre José, y el amo, Juan Martín Quiri. Hugo y Max fueron a verle.

Quiri resultó masón; atendió a Max y le dijo:

—Si quiere usted ir al Couserans, yo le prestaré un carricoche y un caballo.

Al día siguiente fueron al establecimiento de Quiri y montaron en el coche. Hugo sabía guiar y Max también.

El primer día marcharon a Saint-Bertrand de Comminges.



## VII

### LAS SEÑORITAS DE SAINT-BERTRAND DE COMMINGES

Saint-Bertrand de Comminges, erguido en una colina, está separado de la carretera general y circundado por una muralla. En el vértice se asienta la iglesia. Una cuesta bastante pendiente rodea el cerro de la antigua Lugdunum y su fortificación y conduce por una puerta estrecha, la puerta de Cabirolles, al interior del pueblo. Al entrar se encuentra uno de pronto en una ciudad medieval.

Subieron Max y Hugo hasta lo alto, a la plaza de la iglesia. Reinaba el silencio y la soledad.

En la plaza de la iglesia, en una tejavana, trabajaban dos hombres serrando madera.

Para subir a la catedral partía de la plaza una escalinata de escalones desgastados. Al mismo tiempo que ellos, una señora, tres señoritas y un abate comenzaron a ascender la escalinata.

—¿Subimos nosotros? —preguntó Max.

—Vamos —dijo Hugo.

La iglesia era grande, triste, medio románica y medio gótica. En el interior hacía frío y olía a húmedo. Una mujer arropada, con una gorra en la cabeza, enseñó la iglesia a las damas, al abate y a ellos.

La mujer les mostró muchas cosas, capiteles, estatuas, bajorrelieves.

Vieron también un cocodrilo suspendido en la pared.

La tradición afirma que el cocodrilo, escondido en un barranco próximo al pueblo, espantaba con sus gritos a la gente. Algunos audaces se acercaron a matarlo; pero él les devoraba. Entonces San Bertrand avanzó hacia él sólo con su bastón; tocó el animal y el cocodrilo le siguió dócilmente como un cordero hasta la plaza de la iglesia, donde murió, quizá derramando verdaderas lágrimas de cocodrilo. El monstruo no era tan grande para legitimar por su tamaño el terror de la comarca, y las muchachitas sonrieron al verlo.

La mujer guardiana les abrió una puerta que daba al claustro, con arcadas románicas.

—¿Esto es el arte románico? —preguntó Max a Hugo.

—Sí.

—¿Anterior al gótico?

—Anterior.

—¿Le gusta a usted?

—Antes me parecía que me gustaba mucho. Ahora creo que me deja indiferente.

—Yo no lo entiendo —dijo Max—. El valle sí es bonito.

—Es precioso. ¡Pero qué triste contemplar estas lápidas de gentes que murieron el año mil y mil cien! —murmuró Hugo—. En todos estos pueblos viejos hay esa tristeza de repetir la impresión de volver a lo mismo.

—A mí no me importa nada de eso —murmuró Max.

—Sin embargo. Esa sensación de retorno es triste. La canción de la infancia que se oye de viejo es melancólica.

Salieron de la iglesia. El grupo de señoras y señoritas con el abate tomó por una cuesta hacia abajo. Hugo y Max se quedaron contemplándolos.

Poco después una mujer de una tiendecilla enfrente de la iglesia les dijo:

—Si quieren ustedes, yo les mostraré una casa aristocrática adonde han ido las damas que estaban aquí con el abate.



Estribillo que lo aprendieron pronto todos y lo repitieron.

A la señorita de Carcassonne le pidieron que cantase una canción de su tierra.

—¿Quién canta en su patuá después de lo que nos ha dicho el abate? —preguntó ella.

—No hay que hacer caso de lo que diga el abate —repuso la señora.

Por fin cantó la muchacha, tras hacerse rogar mucho.

Sul punt de Nanto  
I' a un aucelu  
Tut la neit canto  
Canto pas per ju  
Si canto que cante  
Canto pas per ju  
Canto per ma mia.  
Qu'es alprés de ju.

Se marcharon las señoras y el abate. Max y Hugo salieron de la casa y durmieron en la posada de la plaza. Al día siguiente fueron a Saint-Martory.

La fonda de Saint-Martory tenía un comedor oscuro y frío. Servía una chica indiferente.

—¿Cómo se llaman los montes que se ven desde aquí —le preguntó Hugo a la muchacha.

—No sé.

—¿Usted no ha oído hablar de la Maladetta?

—No.

—Es un monte que hay por aquí.

—No, no he oído.

—Parece una inglesa —dijo Max, en broma.

—Una inglesa, ¿por qué?

—Porque no se entera de nada —dijo Max con ironía.

De Saint-Martory marcharon a Saint-Girons.

## VIII

### EL SACRISTAN DE SAINT-LIZIER

Fueron a una fonda de la plaza de Saint-Girons. Nada, ningún dato sobre el conde de España. A un cura que vieron en el hotel le saludó Max para preguntarle si sabía de alguna persona aficionada a la historia en el pueblo. El cura dijo que en Saint-Lizier quedaban más recuerdos y que quizá allí habría algún erudito.

Como Saint-Lizier se encontraba a un paso, fueron por la mañana antes de comer.

Saint-Lizier, capital de la comarca de Couserans, es una pequeña ciudad muy curiosa, de mucho aspecto.

Se encuentra en un alto, en la vertiente de una colina. Hay en ella una iglesia, antigua sede, un palacio episcopal blanco y grande, que sirve de manicomio, y una serie de murallas romanas y visigodas con viejos cubos y torreones. El río Salat, bastante ancho, corre lamiendo la base del altozano, y, como todas las «aves» de los Pirineos, ofrece un color verde blanquecino.

—Debían de ser curiosos estos pueblos pequeños —dijo Hugo—, con un señor feudal que poseía todas las tierras y con un obispo que se llevaba cincuenta o sesenta mil francos al año.

—Los demás vivirían en la miseria, en chozas, comiendo pan negro —añadió Max.

Subieron hasta Saint-Lizier, y en la iglesia encontraron al sacristán en el momento de cerrar las puertas. El sacristán sabía algo de la historia del pueblo, sobre todo de los restos romanos encontrados en él. Indudablemente, los vizcondes de Couserans habitaron allí.

A media legua de Saint-Girons, en Eychel, donde brotaba una fuente milagrosa, la fuente de la Rodilla, en la confluencia del Salat y del Nert, se hallaban las ruinas del castillo de Matrac de Encortieg o Encourtiech, corte antigua de los vizcondes de Couserans. De tal castillo no quedaban más que unos torreones y una puerta. También el sacristán sabía que en Salies-du-Salat, en un castillo de los condes de Comminges, se decía que había existido un taller de monedas. Contó igualmente que en este pueblo vivía por entonces un señor viejo, militar retirado, que pretendía ser un Comminges. El viejo militar quería volver a las costumbres antiguas, naturalmente sin conseguirlo, y reñía constantemente con el alcalde y con el sacristán por cuestiones de ceremonia en la iglesia, por quién se debía sentar antes, qué lugar le correspondía en el coro, etc.

En lo referente al castillo de Salies-du-Salat, no quedaba ningún recuerdo, ni se sabía quiénes lo habían habitado últimamente.

Bajaron Hugo y Max a la carretera y fueron a comer a Saint-Girons con la idea de seguir después hasta Castillon en Couserans.

En Saint-Girons fueron a una fonda grande y antigua, en la plaza. Delante se veía una diligencia y varios coches. Entre ellos dejaron Max y Hugo el suyo. Debía de ser día de mercado, porque abundaban los puestos al aire libre y en los arcos de la plaza.

## IX

### LOS INFORMES DEL CURA DE CASTILLON

Para ir a Castillon tomaron el camino que les indicaron y fueron por la tarde. Castillon se halla a dos leguas de Saint-Girons. El camino bordea un arroyo y cruza varias aldeas. Hugo recordó que Arthur Young, el viajero inglés, dice que cuando pasó cerca de Saint-Girons, en doscientas millas no se cruzó más que con dos cabriolés y tres miserables cosas parecidas a viejas sillas de posta de un caballo. No vio más que aldeanos pobres y ni un gentilhombre, y encontró las posadas execrables.

A poco de salir Hugo y Max camino de Castillon comenzó a llover. El cielo se iba poniendo oscuro, las ráfagas de viento agitaban los árboles y pasaban nubes blancas y moradas.

Fueron primero por la orilla de un arroyo y después internáronse por el valle de Biros. En el fondo se veía un castillo; debía de ser el castillo de Montespan. Cuando llegaron a Castillon llovía a torrentes.

Castillon en Couserans es un pueblo colocado parte sobre una colina y parte en el valle; a la mitad de la altura se encuentra la iglesia y en lo alto una capilla románica, resto de una antigua fortaleza.

Preguntaron por dónde se podía ir a la iglesia; les dijeron que por la calle Mayor llegarían a ella. Siguieron, dieron la vuelta a la calle y aparecieron delante de una iglesia moderna. Saltaron del cochecito y entraron en el pórtico a protegerse de la lluvia.

Desde el atrio se divisaba una plaza con casas pequeñas, y con tejados de pizarra; encima, el cerro, y entre los árboles, la capilla, resto del castillo de Comminges.

Entraron en la iglesia y vieron a una vieja, a quien preguntaron si se podía ver al cura.

—Sí; aquí cerca vive.

La vieja salió al atrio con los dos jóvenes.

—¿Es de ustedes el coche? —les preguntó.

—Sí.

—Ahí enfrente lo pueden ustedes dejar.

El sitio indicado era un taller de carros. Metieron dentro el coche, llevando el caballo a la cuadra. Después, acompañados de la vieja, fueron a una casa próxima.

\* \* \*

Abrió la vieja la puerta con un picaporte y pasaron los tres a un zaguán un tanto oscuro, con un banco. Subieron una escalera y entraron en un despacho grande, con armarios alrededor, llenos de legajos y de libros y en un estante más de cien cuadernos pequeños y negros.

—Voy a avisar al señor cura —dijo la vieja.

Al poco rato apareció el cura; un señor de unos sesenta años, grueso, rechoncho, sonrosado, con la mirada inquieta y alarmada y las cejas blancas salientes como pinceles.

Se quedó un poco sorprendido al oír lo que deseaban los dos jóvenes y murmuró:

—Creo que tengo algunos datos sobre ese conde de España que ha sido capitán general de Cataluña. No me parece que esté muy claro que sea de aquí.

—Lo consideran de aquí —observó Max—. Ya ve usted, él se llama en las alocuciones Carlos de España, de Couserans, de Comminges y de Foix.

—Puede ser, no digo que no; pero no creo que éstos sean apellidos que queden por línea directa. Respecto al Couserans, antes comprendido en Comminges, pertenecía en el siglo X a los condes de Carcasona. Roger II, conde de Carcasona, lo dio en 990 a Bernardo, su hijo mayor, con el título de vizconde. Hacia la mitad del siglo XI, el vizcondado de Couserans cayó en la casa de Bigorre, de donde pasó a la casa de Navarra, y de ésta, naturalmente, a la rama mayor de los Borbones.

—¿Así, que, actualmente, el auténtico vizconde de Couserans será el representante de los Borbones?

—Claro. Respecto a los Comminges, que salen de los condes de Toulouse, es una familia real. Una dama casada con uno de los Comminges descendía de los emperadores de Constantinopla. Vemos en la guerra de los Albigenses un conde de Comminges, Bernardo IV, que se distingue en varias batallas, entre ellas en la de Muret. Después siguen los Comminges hasta la mitad del siglo XV, en que se extingue la familia por línea de varón y pasa el título a la corona de Francia.

—¿Y con respecto a los condes de Foix ocurrirá lo mismo?

—Igual. Es una familia reinante que dura más, pero al último el título de conde de Foix pasa a la familia de Albret, y de aquí a los Borbones. Sin embargo, todavía en un libro «terrier», hecho en 1682 por monsieur Jean Rofier Legrand, se habla de messire Paul Gabriel de Foix, conde de Couserans, señor del presente lugar.

\* \* \*

—¿Y quiénes pueden ser los descendientes de los Couserans, de los Comminges y de los Foix por línea no directa de varón?

—Todos los títulos de estos condados o vizcondados de Foix, Comminges, Nemours, Armagnac, Couserans, etc., han ido, cómo he dicho, a parar a los Borbones. Parientes por líneas colaterales se consideran los Polignac por los Foix y los Mauleons, los Narbonne, los Montespan, los PardaillanGondrin y los D'Antin. Algún parentesco más lejano pueden tener los Montesquieu, los Castelnau, los Montaut y los Orbessan; pero la familia más directa es la de Montespan. La fundación de la casa de Montespan es conocida. Arnaldo de Comminges, llamado de España, vizconde de Couserans, casó en 1264 con Felipa de Foix y tuvo varios hijos. El mayor, Arnaldo, casado con la marquesa de SemeacBenac, fue el fundador de la casa de Montespan. El castillo de Montespan, que está hoy en ruinas en Labarthe-Inard, a dos horas de Saint-Gaudens, se llama Montespan de Mons Hispania o Mons Hispan. Es una pretensión ridícula de los aristócratas el afirmar que el nombre de familia es anterior al nombre del lugar. Lo lógico es que sea al revés. Probablemente los reyes de armas dirán que la familia Hispania edificó un castillo, y de ahí vino el nombre de Mons Hispania; pero eso no parece lo racional. Yo me figuro que como esta comarca del Couserans se cree habitada por españoles, en ese monte vivirían gentes procedentes de España, y por eso le llamarían Monte Hispano, y de aquí Montespan.

\* \* \*

—Y estos Españas, ¿quiénes son?

—No lo sé. Algunos de estos condes de Comminges, no sé si por matrimonios con las casas de Barcelona y de Urgel, se llaman de España; pero esto, en general, no es un apellido que va de padres a hijos. Así vemos un Arnaud d'Espagne, hijo de Roger, conde de Comminges en el siglo y una Auberte, hija de Gaston-Roger de Comminges y de Margarita d'Espagne, y una Grisa de España, y un Lolie, señor de Miglor, casado con una Juana d'Espagne en el siglo XV. Pero, como

digo, no es España un apellido en el sentido actual que vaya de padres a hijos. En cambio, tenemos el apellido d'Espagne o D'Espaigne en el Couserans, pero no en la aristocracia.

El cura echó mano de sus cuadernos, que tenían distintos títulos: Inscripciones de las iglesias, listas de nombres y de castillos, testamentos, genealogías, etc., y leyó:

—Aquí tenemos la lista de los nobles de Couserans del siglo XVI y XVII. No aparecen los Espagne. En cambio, aquí hay una lista de D'Espagne, burgueses. Miguel D'Espaigne, cura de Mane; Francisco D'Espaigne, cura de Balaguer; Juan D'Espaigne, cura de Labastide de Salat; Pierre D'Espaigne, hijo de Dominique D'Espaigne, notario en Labastide de Salat en 1679; Juan Luis D'Espaigne, cura escolano, es decir, coadjutor de Ballaguer en 1735 y vicario de Tedeille en 1739; Arnaut D'Espaigne, burgués de Mazerés del Salat, casado con Annie Dussoulier, que tuvo muchos hijos y murió en 2 de agosto de 1674; Sebastián D'Espaigne, cura de Cerisol, bachiller en sagrada Teología. Como Ven ustedes, el apellido D'Espaigne no es aquí de aristócratas.

—¿Y como título?

El cura echó mano de otro cuaderno.

—Como título aparece un marqués de Espagne, creado en 1755, como presidente de los Estados generales de la nobleza de Couserans, tenidos en Saint-Girons en 1779.

—¿Qué apellido tiene?

—Al parecer, se llama D'Espagne, aunque hay quien dice que se llama Espagnac. Es Enrique Bernardo, marqués D'Espagne, barón de Ramefort, señor de la castellanía de Cassagnabère y primer barón de Nebouzan. Este señor parece que entró en el servicio real en julio de 1752. Sirvió en calidad de capitán de caballería en el regimiento de Royal Picardie; fue caballero de San Luis y coronel del regimiento provincial de Marmande. Después llega a ser brigadier del Ejército y adquiere tierra en los alrededores. Aquí hay una nota que dice: «Messire Enrique Bernardo, marqués D'Espagne, barón de Ramefort, tiene tierras incultas en Laureac».

—¿Así que éste es el primer titulado de la familia?

—Así parece.

—¿Y de éste no se sabe claramente quiénes eran sus ascendientes?

—No se sabe. El primer barón de Ramefort es un hijo tercero de un señor de Montespan. Quizá de aquí vienen estos Españas.

—Vamos a Ver ahora la relación que puede haber entre nuestro general y el marqués.

—Buscaré el cuaderno de matrimonios —dijo el cura—. Vamos a Ver: aquí está. Del matrimonio de Enrique Bernardo, marqués d'Espagne, con una señorita Cabalby nacieron: 1, N., muerto en la niñez; 2, Armando Roger, nacido en 9 de octubre de 1771 (después conde de España y capitán general español, dice el copista); 3, Juan Alejandro Francisco, llamado el caballero d'Espagne, el 10 de noviembre de 1772; 4, Octavia Francisca Enriqueta Carlota d'Espagne, nacida en agosto de 1765, y 5, Juana Jaquette d'Espagne, nacida en julio de 1768. Ahora hay una nota copiada de un genealogista que asegura que los Espagne tienen como armas un león de gules en campo azul, y que esto es prueba de que descienden de los reyes de León.

—Todo esto es muy vago para lo que buscamos nosotros.

—Pues no hay otra cosa.

—¿Y cómo se asegura que el Armando Roger es el conde de España, capitán general español, cuando éste se llama Carlos? —dijo Hugo.

—¡Ah! Eso no lo sé.

El cura mostró después algunos de los documentos curiosos que guardaba en su archivo con gran satisfacción. Luego echó mano de sus cuadernos llenos de notas. Representaba un trabajo enorme de compilación, que parecía imposible que pudiera llegar a ordenarlo.

—Quizá entre estas notas haya algo que se refiera a los Españas... Listas de los curas de las parroquias del Couserans... Inscripciones funerarias... Planos de las torres... Inscripción en el campanario de Seix... Lista de los obispos... Plan de la nota para pedir la restauración del título episcopal de Saint-Lizier... Precio de los arrendamientos de las tierras del Couserans en libras





## X

### DE VUELTA

Había cesado de llover y parecía que la tarde iba a ser espléndida.

—¿Vamos a subir al alto a ver el castillo? —dijo Hugo.

—Vamos.

Dieron la vuelta al cerro y aparecieron en la cumbre. Antes se levantaba allí el castillo de Comminges. De él no quedaba más que una pequeña iglesia románica. En una plataforma próxima, entre árboles, había un calvario.

—¡Qué hermosa situación para tener un castillo! —exclamó Hugo—. Esto entonces sería inexpugnable.

El cielo estaba muy azul, con nubes blancas como de mármol, que arrastraba el viento con violencia.

—Bueno. No se sienta usted feudal y vámonos —dijo Max—. Me parece que va a llover otra vez.

Bajaron de nuevo frente a la iglesia, entraron en el taller de carros, sacaron el coche y el caballo y comenzaron a bajar la calle Mayor.

—Haremos un resumen de lo que nos ha dicho este señor y se lo enviaremos a nuestro amigo Aviraneta —dijo Hugo.

—Poca cosa le Vamos a contar.

—¿Es que usted esperaba más?

—Yo, sí.

—Yo, no. En la Vida hay pocos folletines.

—¿Qué impresión ha sacado usted? —preguntó Max.

—Pues yo creo que este conde de España es de una familia de la nobleza y tiene una relación indudablemente lejana con los Comminges y los Foix. No ha hecho más que acortar la distancia.

—Esto no le va a servir a nuestro amigo. ¿Y ahora qué hacemos? ¿Volveremos a Toulouse?

—Será lo mejor volver para dejar el coche y tomar nuestro equipaje. Si se nos hace muy tarde en el camino, dormiremos donde nos coja.

## XI

### EN CASSAGNABÈRE

Al tomar el camino de Saint-Girons se encontraron con un señor viejo, muy peripuesto, que iba por la carretera esquivando los charcos apoyándose en un bastón.

—Vamos a llevarle a ese pobre hombre —dijo Hugo.

Le invitaron a subir al carricoche.

El viejo les dio las gracias y les preguntó a qué habían ido al Couserans.

Hugo le dijo que querían averiguar el origen y el nacimiento del conde de España.

—¿El conde de España? ¿El que ha sido capitán general de Cataluña?

—Sí; el mismo.

—Ese ha nacido en Cassagnabère.

—¿Está usted seguro?

—Eso se ha dicho siempre. En Cassagnabère así se asegura. Si pasan ustedes por allá, todo el mundo les dirá eso.

—Habrá que ir —aseguró Hugo.

—Iremos.

Dejaron al viejo currutaco en una aldea antes de Saint-Girons, y ellos marcharon a dormir a la fonda de este pueblo.

Al día siguiente, muy de mañana, salieron; fueron a Boussens y tomaron el camino de Aurignac. El día estaba nublado, con alternativas de lluvia y buen tiempo. Pasaron Aurignac, con una fortaleza con una torre antigua; cruzaron hermosos bosques y llegaron a Cassagnabère, pueblo de unas ochenta casas, cerca de un arroyo.

Preguntaron al fondista si había oído hablar del conde de España, y el fondista les dijo que su padre solía hablar de él. Fueron a verle al padre, un señor viejo que estaba en la cocina, y éste les dijo que sí, que el conde de España había nacido en Cassagnabère, y que había poseído tierras en L'Isle-en-Dodon, y que dos españoles que tenían una tienda de antigüedades en la rue Tolosane, en Tolosa, guardaban documentos sobre él.

Después de comer, Hugo y Max tomaron el camino de Toulouse por Saint-Julien, vieron el gran castillo del Renacimiento de Saint-Elix y, como se les hacía de noche, se detuvieron en Muret.

En este pueblo cenaron en una fonda pequeña entre tres puertas, las tres abiertas, una a la entrada, otra a una especie de café, y la tercera a la cocina. Estando allí se pusieron a conversar con un fabricante de tejas que vivía en L'Isle-en-Dodon; pero no sabía nada del conde de España ni, al parecer, quedaba en el pueblo rastro de él.

## XII

### LOS VIEJOS ANTICUARIOS

Eran dos españoles ya viejos que vivían en Toulouse desde antes del principio de la guerra. El uno se llamaba Mendoza; al otro le decían don Paco.

Los dos españoles instalaron una tienda pequeña de antigüedades en la calle Tolosane. Por su conversación no se manifestaban ni carlistas ni liberales. Si profesaban ideas políticas determinadas, no parecía que sentían grandes deseos de defenderlas con tesón. Uno de ellos, don Paco, hablaba el francés como un francés; al otro, Mendoza, se le notaba mucho el acento.

Los dos españoles gozaban de buena fama en la vecindad. Se les consideraba gente ordenada, seria y puntual. Vivían con gran modestia, y les atendía una mujer vieja que les hacía la comida y les arreglaba el cuarto. Por lo que se decía, eran comerciantes honrados y no trataban nunca de engañar al comprador ni al vendedor. Si creían que un objeto valía mucho no pretendían quedarse con él con poco dinero, sino que adelantaban una cantidad, y si lo vendían luego bien, partían la ganancia con el Vendedor. Tal sistema les había dado una gran parroquia.

Fueron Hugo y Max a la tienda de los dos españoles, pequeña y atiborrada de género.

Tenía en el fondo una trastienda con varios cuartos y un patio, todo igualmente repleto.

El señor Mendoza era un viejo decorativo de bigote y perilla blancos y con el cabello largo; parecía un militar retirado. Don Paco usaba patillas cortas.

Max quiso sonsacarles algo a los dos viejos de una manera diplomática; pero Hugo, más partidario de la claridad, les dijo que estaban haciendo gestiones para averiguar el nacimiento del general español conde de España. Les habían dicho en Cassagnabère que ellos lo sabían.

—Sí —dijo el señor Mendoza—; tenemos en nuestro archivo la hoja de servicios del conde y su partida de bautismo.

—¿Y se podría ver la partida de bautismo?

—Sí, señor. ¿Por qué no? Veré si la encuentro.

Mientras el señor Mendoza desaparecía en la trastienda, Max y Hugo charlaron con don Paco, quien les enseñó las riquezas que guardaban: consolas, sofás y relojes Luis XV, bargueños españoles, Veladores, tablas góticas, cálices, casullas e incunables.

Al poco rato Mendoza vino con la hoja de servicios del conde y con su fe de bautismo. Este documento decía así:

«El día 6 del mes de agosto del año 1775 ha sido bautizado Carlos José Enrique Francisco de España, hijo legítimo del distinguido y poderoso señor Enrique Bernardo, marqués de España, barón de Ramefort, señor de la castellanía de Cassagnabère, Peyrouzet, Seglan y Salleneuve en las sobredichas calidades; primer barón por su casa de los Estados del Vizcondado de Nebouzan; caballero de la Venerable y Militar Orden de San Luis y coronel del regimiento provincial de Marmande, y de su distinguida y poderosa señora Clara Carlota de Cabalby, marquesa de España: consortes. Padrino, el señor Juan Francisco Lafont, abogado del Parlamento, amigo de la casa; madrina, la distinguida y poderosa señora Francisca de Orbessan, marquesa de España, Viuda pensionada del distinguido y poderoso señor José Andrés, marqués de España, gobernador y general del sobredicho Vizcondado de Nebouzan, a cuya ceremonia han asistido el señor abad Ferrán, vicario del expresado Cassagnabère, y los señores Antonio D'Ellean, Pedro José Larrien, Pablo Casauvan, Esteban Casaman, residentes en el sobredicho lugar de Cassagnabère. La presente la han

firmado el padrino y la madrina. Dabeaux, cura párroco. Firmado en el Registro de Bautismo en la commune de Cassagnabère y Ramefort reunidas.»

Max encontraba la fe de bautismo un poco rara; el anticuario aseguraba que no tenía nada de rara, y que el documento era auténtico, y la personalidad del conde y sus apellidos estaban claros.

—Sin embargo —dijo Hugo—, hay que reconocer que el apellido del conde está amañado. Si su madre era Cabalby, él tenía que ser D'Espagne y Cabalby.

—Sí; es cierto.

—¿Y usted conoce el final de los individuos de la familia? —preguntó Hugo.

—Sí. El marqués de España ha muerto en Mallorca en 1811. La madre, Clara Carlota de Cabalby de Esplá, en Cataluña. El primer hijo, Arnaldo Rogelio, fue capitán de Cazadores del ejército de emigrados; murió a los veintitrés años, en 1795. El segundo hijo, Andrés Valentín, que heredó el marquesado, es mariscal español y muere hace unos meses, en Granada. El tercer hijo es el conde de España.

—¿El conde está casado?

—Sí; ha estado casado con doña Dionisia Rossiñol de Defla, muerta en 1836 en Mallorca, y ha dejado un hijo, nacido el 7 de julio de 1808, don José, en Palma.

La cosa parecía que no tenía duda. El conde de España era hijo del marqués de España, aunque no fuera de apellido ni Couserans, ni Comminges, ni Foix.

### XIII

#### EN MARCHA

Max y Hugo, al día siguiente, se quedaron en Tolosa. Allí redactaron entre los dos una reseña de sus investigaciones para enviársela a Aviraneta. Compraron dos maletines, un poco de ropa y dos gabanes fuertes. Hugo metió en el maletín bastantes libros, un tomo de *Don Quijote* en español, varias novelas de Walter Sott y tres tomos de *Pickwick*, de Dickens, que acababa de salir. Luego, con un contrabandista que les proporcionó Quiri, y cada uno en su mula, se dirigieron a la frontera de España.

No tuvieron mucha suerte con el tiempo. Al salir de Tolosa se veían los Pirineos blancos entre brumas.

A Hugo, el contemplar aquella muralla de nieve al fondo de las praderas húmedas y Verdes le daba la impresión de que más allá había un mundo distinto, cerrado, de violencias y de crueldades.

Al día siguiente el tiempo quedó lluvioso y subieron y bajaron cuestras, atravesaron torrentes y cascadas, sin darse cuenta de por dónde iban. Pasaron por cerca de Foix y de Ax. Se encontraron en el camino con un polaco que contó muchas historias que, si no lo eran, parecían mentira. Dijo que después de tomar parte en la revolución de Polonia había sido enviado a la Siberia, desde donde se escapó; que más tarde estuvo en Navarra al servicio de don Carlos, quien le dio un certificado de haber tomado parte en la guerra carlista, y con este certificado esperaba conmovier al zar y que le perdonara su colaboración en la defensa de Polonia.

Max afirmó que todo aquello era un tejido de mentiras, y ciertamente así lo parecía.

## SEGUNDA PARTE

### LA CAPITAL DEL CARLISMO DE CATALUÑA

#### I

#### MAX Y HUGO PASAN LA FRONTERA

Al pasar el puerto comenzó a brillar el sol. Al anochecer hicieron alto sobre una cornisa que dominaba un laberinto de precipicios y de acantilados cortados a pico. Era algo terrible, árido, desnudo, imponente, como de paisaje lunar.

—Yo tengo el gusto clásico —dijo Max—. No me gusta ni el campo árido ni el demasiado Verde.

—A mí, sí —replicó Hugo—. Yo debo de ser de una raza que ha vivido siempre en países verdes, porque los terrenos áridos y secos me producen una gran tristeza.

Las montañas, cubiertas de nieve, aparecían con sus cumbres iluminadas por el sol dorado. Una se levantaba como una pirámide. Los contrabandistas iban arreglando su campamento al lado de una roca.

Hugo pensaba que a él le gustaría vivir solo, como Robinsón; Max decía que no; que no se podía Vivir más que en sociedad.

Discutieron el punto mientras el cielo se llenaba de nubes magníficas, rojas y blancas, en el ocaso.

—¿Cuándo estaremos en España? —preguntó Hugo al jefe de los contrabandistas.

—Estamos ya en España. Tenemos que pasar antes del amanecer por los puestos avanzados.

—Ahora ¿qué vamos a hacer?

—Ahora hay que dormir. Es lo mejor que se puede hacer.

Por la mañana comenzaron a marchar y anduvieron hasta que salió el sol.

—Bueno; yo les dejo —les indicó el contrabandista—. Ustedes, si van a Berga, tienen que dirigirse hacia el Sur, en esa dirección.

El aire corría vivo, puro; el viento arrastraba rápidamente las nubes, y en los altos brillaba la blancura de la nieve. Iban por entre pinares.

Se encontraron en el camino con un cura joven que volvía también de Francia, caballero en una mula, y que iba a Borredá, y hablaron con él. El cura se mostró muy reservado y desconfiado con los extranjeros.

El cura, flaco, moreno, esbelto, preguntó a los dos extranjeros a qué venían a España; el saber su propósito de unirse a los carlistas le inspiró confianza y se manifestó con ellos más amable.

Según él, el Conde de España tenía una gran línea de puestos de avanzada en la zona de Berga, y no dejaba entrar en la comarca a todo el mundo.

El cura no creía en lo que se decía en Francia del carlismo. Por el contrario, para él el carlismo iba muy bien, y con la severidad del conde de España marcharía mejor.

Max remachó las opiniones del cura, y Hugo dijo que él se sentía un poco indiferente en cuestiones políticas.

—Entonces, ¿a qué viene usted aquí? —preguntó el cura.

—A curiosear —contestó él.

—¡A curiosear en la guerra!... ¡Vaya un gusto!

Charlando con el cura llegaron a Borredá; fueron a una posada mísera y convidaron al cura a comer con ellos.

El cura, en la comida, dijo:

—Yo tengo parientes en Berga; quizá los pudieran alojar en su casa, por lo menos a uno de ustedes.

Al parecer, en Berga los alojamientos eran escasos. El cura creía que no debían ir a Berga sin seguridad de posada. Tampoco le parecía prudente que marcharan solos.

\* \* \*

Habían concluido de cenar cuando se presentó en el comedor de la posada un tipo raro con aire de loco. Era, por lo que dijo el posadero, el hermano Tiburcio, un mendigo conocido en el país por sus extravagancias. El mendigo entró en el comedor gruñendo y maldiciendo de la gente incrédula y sin fe, seguido de un perrucho feo y sarnoso. El hermano Tiburcio tenía los ojos brillantes, unas guedejas grandes y negras y la cara curtida por el sol.

El hermano Tiburcio parecía un bufón grotesco y siniestro. Se contaba de él que acompañó durante algún tiempo a una ermitaña medio santa; otros decían que la había violado.

El hermano Tiburcio se mostraba entusiasta del conde de España y lo quería imitar. Según se decía, una vez se presentó al conde, quien se rió de sus extravagancias; pero en medio de sus risas le dijo que le daría una carga de baquetas si abusaba de sus mentiras.

—El es más mentiroso que yo —parece que dijo el mendigo.

El hermano Tiburcio rezaba en cruz, dando gritos y berridos, y se revolcaba por el suelo. Era un energúmeno.

Si se le preguntaba si perseguía a las muchachas, decía que sí, porque a veces el diablo le sugería terribles tentaciones.

Luego se puso a explicar sus ideas de loco.

El era el Sol y el Mesías nuevo, y necesitaba una mujer que fuera la Luna, para tener hijos Soles. Los que le escuchaban y creían en él eran Soles; pero los que no creían en él eran diablos con patas de mono y hocico de cerdo, perros sarnosos, lagartos y víboras.

Después de aquellos absurdos, que el loco energúmeno explicaba con un aire ridículo de suficiencia y con una sonrisa desagradable que mostraba la boca mellada, dijo que él llegaba por las tardes en el Arca de Noé, se paraba en un monte de los Pirineos y bajaba desde allí a predicar la verdad.

Luego de asegurar tales cosas, se puso a saltar por el cuarto y a dar Volteretas. La gente de la posada se reía, a pesar de que el espectáculo era muy desagradable.

Las risas excitaban al loco, y comenzó a andar a gatas, cantando, gritando, riendo, llorando y escupiendo, seguido de su perro.

Cantaba con una letra catalana la canción vasca de « ¡Ay, ay, mutillá », llevada a Cataluña por los soldados, y bailaba hasta descoyuntarse:

Ay, ay, mutillá,  
dónes a la paella!  
¡Ay, ay, mutillá,  
dones en bacallá!

De pronto, se acercó a Max y le mordió en una pantorrilla. Max, furioso, le pegó una patada en el trasero y el hermano se puso a chillar.

El perro comenzó a aullar al oírle al amo. El posadero echó a la calle al mendigo y a su perro,





## II

### LAS MONJAS GORDAS Y LAS MONJAS FLACAS

Al día siguiente, por la mañana, entró el cura a ver a Hugo y a Max, y les dijo que contaba con una buena ocasión de ir a Berga en una tartana con unas monjas que habían estado en Borredá cuidando unos heridos. Tendrían que salir en seguida.

—Pues vamos, vamos.

Se levantaron los dos jóvenes, se vistieron y salieron de la posada. Hacía frío. Delante de la casa había una tartana larga, con un toldo bajo, de cañas y de esparto, abierta por delante y cerrada por detrás con una lona.

Llevaba tres caballos, dos delanteros y uno metido entre las varas.

Alrededor de la tartana había seis monjas que rodeaban al tartanero, rollizo, redondo y de buen color. Las monjas comenzaron a subir al coche. Había una gorda, chata y con anteojos, que tardó mucho en colocarse.

—Como «estem» tan gordas, «per això» no podemos colocarnos bien —dijo con cierta humildad y como pidiendo perdón por su volumen, en una jerga entre castellana y catalana.

Hugo les ayudó a poner su equipaje y después subieron él y Max. El tartanero montó en una de las varas y el coche se puso en marcha.

La más importante de las monjas, al parecer la superiora, tenía cara de hombre, orejas negruzcas, labios gruesos y toquilla envolviendo la cabeza, encima del hábito, para resguardarse del frío. Otra era flaca, con la dentadura saliente, como de calavera, un poco herpética, con los ojos claros y fríos, y otra tenía prestancia de gran dama antigua, un poco desvaída por la nariz colorada por el sol y por el aire. Las dos más jóvenes, una la hermana portera, aragonesa, un tanto redicha, hablaba muy discretamente y no le hacían caso; la otra, una catalana, guapa, gruesa, de ojos negros y labios rojos y abultados, se manifestaba displicente. Hablaban todas, medio en catalán, medio en castellano, de la «germana María», de la «germana Desamparados», de la «germana Asunció».

Por la parte de delante de la tartana se veía el campo y los árboles cubiertos de escarcha. En las eras aparecían montones cónicos de maíz.

El carro iba marchando como un barco, torciéndose e inclinándose. El camino era malísimo, lleno de baches.

Max sentía frío y estaba malhumorado; había encendido un cigarro y, con las manos en los bolsillos y con los ojos medios cerrados, marchaba sin decir palabra. A Hugo le parecía divertido ir con aquellas monjas y hablaba por hablar.

Les preguntó qué vida llevaban, si trabajaban mucho, si leían algo, si llevaban constantemente hábito. Ellas le contestaron dándole detalles de su vida.

Cuando acababan los motivos de conversación se callaban.

La monja gorda, chata y con anteojos, miraba al inglés sonriendo; la superiora, rezaba; la de aspecto de gran dama parecía muy triste e indiferente, y la flaca, viva, con los dientes blancos salientes y la cara herpética, se dirigía a Hugo, con cierto aire atento y desdeñoso. La joven, guapa, lo observaba con atención y de cuando en cuando preguntaba:

—¿Qué diu? ¿Es que en su terra no se parla català?

La monja gruesa preguntó al inglés qué es lo que pensaba hacer en Berga, y cuando éste le contestó que quedarse algún tiempo, ella le dijo que probablemente le sería muy difícil encontrar

alojamiento, porque todas las posadas y fondas del pueblo estaban llenas.

Max se rió con sorna, pensando que Hugo no iba a encontrar posada y que él, en cambio, por recomendación del cura, tenía asegurado el alojamiento.

Hugo contestó que no se preocupaba de la posada, y añadió con malicia que, en último término, iría al convento y dormiría en la casa del jardinero.

—No tenemos jardinero —dijeron tres o cuatro monjas al mismo tiempo.

—O en la casa del demandadero.

—No duerme en el convento; en nuestra casa no podemos alojar a nadie.

La tartana con las monjas y los dos jóvenes se acercó a Berga. Berga tenía desde lejos un color terroso y ceniciento. El conjunto de los tejados presentaba ese aire confuso de los pueblos del Mediterráneo donde se mezclan las azoteas, los palomares y las solanas.

Al aproximarse a la ribera del Llobregat se veían huertas y árboles.

—¿Quién vive? —gritó el centinela desde la puerta.

—España —contestó el tartanero.

—¿Qué gente?

—Gente de paz. Monjas.

Salió poco después un sargento carlista, habló con el tartanero y pasaron todos adelante.

### III

#### SILUETA DE BERGA

Es Berga un pueblo no muy grande, recostado sobre una montaña llamada el Queralt, que con otras estribaciones limita su horizonte y le forma un anfiteatro. El Queralt es un pequeño Montserrat, menos alto, menos agujereado, menos pintoresco, sin sus rocas como torres y sus agujas como tubos de órganos. El Queralt tiene también una ermita en la cúspide, dedicada a la Mare de Deu. Este anfiteatro de montañas se corta por una cañada por donde baja el río Llobregat. El paisaje de los alrededores es gris en los montes, estribaciones de la sierra del Cadí, con sus cárcavas producidas por las erosiones y derrumbamientos, y verde en las arboledas y en las huertas.

Era por entonces tiempo de otoño; a los chopos y encinas les quedaban algunas hojas rojizas y amarillentas, las cuales estaban todavía secas y los prados agostados.

Berga aparecía cercado de una muralla baja, con torreones cuadrados. El pueblo tenía siete puertas: la de Pinsania, la de la Torre de las Horas, la de Lladó, la de los Estudios, la de Callnou, la de Zaragoza y la de Santa Magdalena.

Estas dos últimas: la de Zaragoza, que conducía a Vich y a Manresa, y la de Santa Magdalena, de donde partían los caminos a Ripoll y a la Seo de Urgel, eran las más importantes.

\* \* \*

Entró la tartana en el pueblo. Se veían en las fachadas mazorcas de maíz adornando los balcones; había algunas casas con altares debajo de las ventanas y en las esquinas.

Para Hugo fue una gran sorpresa encontrar un pueblo casi nuevo. El se había figurado que Berga sería un pueblo vetusto, arqueológico.

Al despedirse de las monjas, Max, con el egoísmo que le caracterizaba, se dispuso a ir a la casa que le había recomendado el cura, y como gran favor dijo a Hugo:

—Veré si hay sitio para usted y, si lo hay, le avisaré.

—Bueno.

La monja gruesa advirtió al inglés:

—Si no encuentra usted posada, avíseme usted. Venga usted al convento y yo le daré una esquila para una señora amiga mía.

\* \* \*

Max Volvió pronto a decir a Hugo que no había sitio en su posada.

Hugo fue a la fonda de Carlos V; estaba llena. Después a una posada próxima: el Hostal del Sol, al Hostal del Negre, a la posada de San Antonio, a la de Queralt y a la Bergadana, y pronto vio que no había posibilidad de alojamiento. Las fondas, las posadas, las tabernas, todo posible albergue, se hallaba ocupado por soldados carlistas y por una población agitada, inquieta y amenazadora.

A Berga llegaban constantemente emisarios de todas clases de España y de Francia, y una nube de curas, frailes y monjas que intrigaban y predicaban.

Hugo pensó volver a la casa de Max; pero desechó la idea, y se decidió a ir al convento de las monjas gruesas que vinieron con ellos desde Borredá.

Preguntó por el convento. Al parecer había cuatro de monjas, dos de Carmelitas, uno de Dominicás y otro de Hermanitas de los Pobres. Las monjas que él y Max acompañaron eran Hermanitas de los Pobres.

Dio pronto con el convento, entró en el locutorio y se encontró con la hermana portera.

—Ahora Vendrá la hermana Trinidad —le dijo.

—¿La hermana Trinidad es la gruesa de los anteojos?

—Sí, esa misma.

Con la hermana Trinidad entraron en el locutorio la de los dientes, la hermana María Elías, y la catalana guapa, la hermana Desamparados. Se rieron mucho las dos al saber que el inglés no encontraba casa donde acogerse.

—Espere usted —le dijo la hermana Trinidad.

—Esperaré.

—Bien. voy a hablarle a la Reverenda madre para pedir permiso para escribir la carta.

La Reverenda madre apareció en el locutorio e hizo algunas preguntas al joven inglés, mientras la hermana Trinidad escribía muy despacio una carta en catalán.

Escrita la carta, la superiora pensó que el joven inglés, a quien suponía muy inocente, no se entendería bien y llamó al demandadero del convento e hizo que le acompañase.

Hugo saludó a las monjas y les dio la mano, cosa que les hizo reír a todas, y salió a la calle.

#### IV

### LA CASA DE MESTRES

El demandadero se llamaba el Trist d'Agramunt. Era, efectivamente, un hombre triste; alto, seco, moreno, serio, con un perfil clásico, vestido con un trajecillo azul, no muy propio de la estación, ya fría.

El Trist d'Agramunt invitó a Hugo a seguirle y fueron a la calle Mayor hasta una casa grande, en cuyo piso bajo había un comercio de harinas y granos.

El Trist d'Agramunt entró en la tienda y preguntó a un dependiente:

—¿Está el amo don Ramón?

—No, ya ha salido.

El Trist subió una escalera, llegó a una puerta y llamó dando una palmada.

—¡Ave María Purísima! —dijo.

—Sin pecado concebida —contestaron de adentro.

Apareció una mujer vieja, de pelo blanco, que andaba con mucha dificultad, apoyada en un bastón, la que miró severamente al inglés. Este alargó la carta de la hermana Trinidad.

—Yo no veo bien —dijo la vieja en catalán—. Pase usted aquí.

Pasó el inglés a un comedor grande, con ladrillos en el suelo, una mesa, una lámpara de aceite y una alacena con varios platos de loza de color y unos porrones.

—Siéntese usted —le dijo la vieja—. Después se registró los bolsillos, y como sin duda no encontraba los anteojos, llamó a su hija.

—¡Susana! ¡Susana!

Entró en el comedor una mujer joven que miró a Hugo con sorpresa y después a su madre, la cual le alargó la carta de la hermana Trinidad.

—«Mol volguda cusina» —leyó en voz alta. Después, sin duda le pareció mal seguir leyendo en voz alta y leyó en voz baja. Cuando concluyó la carta, la miró varias veces y contempló a su madre.

Era la mujer del comerciante una mujer guapa, muy simpática, con expresión atrayente, con el pelo tirando a rubio.

—¿Y conocía usted de antes a la hermana Trinidad? —preguntó a Hugo.

—No. Un amigo francés y yo hemos venido desde Borredá con unas monjas; una de ellas me ha dicho que, si no encontraba alojamiento en el pueblo, me dirigiera a ella, que me daría una carta para una prima suya. Por eso he venido.

La mujer del comerciante oyó la explicación del inglés, preocupada.

—Mi marido no está en casa, y sin su permiso yo no me atrevo a decirle a usted nada.

—Bueno, pues esperaré.

—¿Y usted a qué viene aquí? —le preguntó la vieja.

—Yo soy un hombre que tiene alguna fortuna y no tengo nada que hacer. He pensado que quizá sirva para periodista y se me ha ocurrido venir aquí y escribir en un periódico inglés lo que vaya viendo.

—¡Ah! ¿Es usted inglés?

—Sí.

—Mi marido era también inglés; el padre de mi hija.

—Entonces somos compatriotas. Lo celebro mucho.

La vieja no pareció participar del regocijo.

—Si aquí viene usted con la idea de escribir en periódicos, pierde usted el tiempo —murmuró la vieja de malhumor—. El conde de España no se lo permitirá. Lo menos que hará es echarle.

—Que me eche.

—Es que quizá no se contente con echarle a usted, sino que quiera prenderle... o fusilarlo.

—Esos son percances del oficio.

—Y si no encuentra usted alojamiento aquí, ¿qué va usted a hacer?

—Me marcharé a otra parte. ¿Qué quiere usted que haga?

El Trist d'Agramunt escuchaba la conversación y, de pronto, se llevó el dedo a la sien y miró a la dueña de la casa, dando a entender que el inglés no estaba muy en su sano juicio. En esto se oyeron pasos en la escalera.

—Ahí está Ramón —dijo la vieja en catalán a su hija.

El ama joven, Susana, salió del comedor con la carta de la monja en la mano y Volvió al poco rato y dijo a su madre:

—Dice que sí, que se lo alquilemos.

La madre hizo un gesto de sorpresa y de desagrado.

—Entonces ya tengo alojamiento —murmuró Hugo.

El Trist d'Agramunt se marchó. La vieja se sentó en un sillón y la hija recorrió un pasillo y entró en un cuarto grande, blanqueado, con baldosas rojas en el suelo, una cama y dos balcones que estaban tapados por persianas hechas de paja amarilla.

—¿Le gusta a usted el cuarto? —preguntó el ama joven.

—Sí; pero ¿no habrá necesidad de que estas persianas estén siempre cerradas?

—No, eso no. Puede usted abrirlas si quiere. Ahora, que le entrará el sol y le estarán siempre figgando de la casa de enfrente.

—No me molestan ni el sol ni los vecinos.

—Pues entonces, quédese usted si quiere. Ya veremos si nos entendemos bien.

—Yo creo que sí, que nos entenderemos.

—¿Tiene usted equipaje?

—Nada, unos libros; compraré aquí lo que necesite.

\* \* \*

Hugo salió de su casa y se fue a ver a Max. Max se instalaba en su cuartucho no muy grande, bastante peor que el suyo.

—¿Ha encontrado usted casa? —le preguntó Max.

—Sí.

—Vamos a comer a una fonda de un francés de Castelnaudary.

Estuvieron charlando con el francés, un tal Marcillón, y, al anochecer, se marchó cada uno a su casa.

Hugo se dirigió a su cuarto, y, al entrar, la criada le detuvo.

—El amo dice que vaya usted al comedor.

—Muy bien.

Hugo entró en el comedor. Don Ramón Mestres, el amo de la casa, era hombre de unos cuarenta años, de ojos negros brillantes, cara larga, expresiva, muy clásica, muy correcta, y pelo oscuro. La pequeña estatura le quitaba aspecto.

A Hugo le pareció un antiguo romano reducido de tamaño. Hugo y él hablaron. El señor Mestres, sin duda, encontró simpático al inglés, porque se manifestó amable con él; cosa, al parecer, poco corriente en el amo de la casa, y le invitó a cenar con su familia.

—Ahora, le advierto a usted que aquí en el pueblo no puede usted estar —dijo Mestres.

—Entonces me marcharé.

—No; diré yo que viene usted como dependiente mío y algo pariente de mi mujer. ¿No quiere usted cenar con nosotros, de verdad?

Hugo se excusó porque se había citado con Max en el fonducho del francés.

—Mañana comerá usted y cenará con nosotros —le dijo el amo de la casa.

—Muchas gracias.

—Le advierto a usted que para las nueve tiene usted que estar de vuelta. El conde de España no permite andar por las calles más tarde.

Hugo salió de casa y volvió para las nueve.

## V

### PASA EL TERRIBLE CONDE

Por la mañana Hugo se levantó para echar un vistazo al pueblo y hacer sus compras.

La primera desilusión de Hugo fue el no encontrar la España que él se figuraba: no vio lo pintoresco esperado, ni las casas viejas, ni los recuerdos de la Inquisición.

Anduvo por el Mercado, por la Plaza Quemada; vio la plaza del Vall, plaza grande, donde se celebraba la feria de ganados. Paseó por callejuelas y callejones, estrechos y tortuosos; vio la calle de los Menorets abajo y la calle de los Menorets arriba, la calle del Bonrepos, la de Llansalabarra, la de los Mulos y la travesía del Muxi.

Después contempló el Queralt, este monte gris con sus manchones amarillos, rojizos y verdes; recorrió el pueblo, pueblo serrano, con calles estrechas, sombrías y mal pavimentadas; vio los dibujos hechos en las fachadas y balcones con mazorcas de maíz.

Anduvo por la calle Mayor, por la plaza de San Juan, la del Forn y la Explanada.

Sin duda, el ser Berga pueblo amurallado hacía que las casas estuvieran apretadas y las puertas fueran estrechas; había mucho comercio pequeño.

Hugo encontró en el pueblo pocas casas antiguas con aire de casas solariegas.

En la plaza vio la iglesia con las escaleras y una explanada grande y los capiteles de la puerta románica.

En las callejas había colgaduras de las ropas en los balcones y la decoración hecha por los maíces.

Pronto se cansó del aire un poco monótono del pueblo. Intentó salir por una puerta; pero un sargento de guardia le dijo:

—¿Qué es lo que quiere usted?

—No quiero más que ver los alrededores y subir al monte.

—Sin un permiso no se puede.

Hugo retrocedió sin fijarse mucho en la curiosidad y el asombro que producía en los de la guardia.

Por todas partes adonde fue, si preguntó algo, vio a la gente muy suspicaz y asustada.

—Sin duda, es el carácter del país —se dijo.

Encontraba a los catalanes un poco duros, secos, de caras pálidas, de grandes planos con el afeitado azul.

En las posadas se reunía gente turbulenta; soldados carlistas y tipos bravucones y desafidores, mucho pincho y mucho chulo.

Entre los tipos podía notarse el hombre flaco, aguileño, esquinudo, vestido de negro, probablemente montañés; el hombre de los valles, grueso, robusto, de cabeza redonda y traje claro, y el tipo judaico del Mediterráneo, muy moreno o muy rojo.

Volvía por la calle Mayor, cuando vio que la gente se escondía rápidamente en los portales.

—¡Viene el conde de España!... ¡Viene el conde de España! —se decían unos a otros en catalán, y todo el mundo desaparecía.

Efectivamente, llegaba por la acera un general de uniforme, grueso, viejo, de pelo blanco, apoyándose en un bastón, acompañado de dos ayudantes jóvenes. Llevaba un gabán azul sin más



insignias que una cruz en el pecho, sombrero de general, espada y bastón de mando.

Hugo le miró cara a cara y le saludó. El general hizo lo mismo y los dos ayudantes saludaron militarmente.

Hugo siguió su camino y poco después el general se volvió y estuvo hablando con sus dos ayudantes, señalando al joven inglés.

## VI

### LA FAMILIA DEL COMERCIANTE

Hugo se presentó a las doce en casa.

El señor Mestres salió a recibirle y le preguntó:

—¿Qué ha hecho usted esta mañana?

—He intentado salir al campo y ver el castillo.

—¿Pero le han dejado?

—No.

El señor Mestres pensó que su huésped no estaba en sus cabales; luego, cuando Hugo contó cómo se había cruzado con el conde de España en la calle, le dijo:

—Pues mandará en seguida a preguntar por usted.

—Bueno, que mande.

—Este hombre no sabe dónde está —pensó el comerciante.

Había que dar al conde parte de todos los forasteros que llegaban al pueblo antes de las Veinticuatro horas.

Se reunió la familia en el comedor. Estaba constituida por la mujer de Mestres, Susana; la madre de ella, la Vieja derrengada, a quien vio Hugo por primera vez en la casa; una hermana de Mestres, solterona, y un cura, primo de Susana, que comía con frecuencia en su compañía.

Se sentaron todos a la mesa. Hugo habló con su perfecta inconsciencia. El señor Mestres celebró sus frases y se hizo muy amigo suyo. Su mujer, Susana, parecía muy intimidada; la hermana de Mestres, la solterona, llamada Nemesia, miraba con sus ojos negros con mucha atención al inglés.

\* \* \*

El señor Mestres preguntó a su mujer y a su suegra:

—¿Dónde habéis instalado al señor inglés?

—Pues en el cuarto que da a la callejuela.

—No, no; llevadlo al otro cuarto del piso segundo, que es mejor.

—Pero no hace falta —replicó Hugo—. Estoy muy bien.

El amo insistió y trasladaron al inglés a una alcoba del piso segundo, más grande y más arreglada, que daba a un gabinete empapelado que tenía un piano, unas sillas, un sofá de damasco y unos cuadros de Matilde y Malek Adel y otro que se titulaba «Los lamentos de Corina, dirigidos a su idolatrado Osvaldo».

El inglés salió y se acercó a casa de Max a hablar con él.

—¿Sabe usted que he visto al conde de España? —le dijo.

—Hombre.

—Sí.

—¿En dónde?

—En la calle.

—¿Qué tipo es?

—Es un sujeto gordo y cano.

—¿Le vio él a usted?

—Sí. Nos saludamos.

Hugo y Max hablaron de sus proyectos. Max pensaba entrar de oficial si podía. Hugo se quedaría el tiempo necesario para enterarse de todo; cuatro o cinco meses.

Por la noche volvió a su alojamiento y cenó con la familia del señor Mestres. Habló, como siempre, con abandono, produciendo la sorpresa y la risa del amo de la casa. Los demás no dijeron nada, no levantaron la vista del plato.

—Estos pobres españoles son una gente triste —se dijo Hugo—. Sin duda, la guerra les hace mucho efecto.

El inglés se fue a su cuarto, se acostó, durmió toda la noche, y por la mañana, mientras se lavaba, se puso a cantar. Luego se vistió, e iba a salir cuando una criada morena, muy tostada por el sol, le dijo que le traería el desayuno. Si quería, le daría chocolate; si no, un huevo con jamón.

—Entonces tomaré el huevo y el jamón.

Hugo se puso a esperar que le trajeran el desayuno, y cuando vino la muchacha con el plato, quiso entablar un diálogo con ella sobre lo que se decía en el pueblo acerca del conde de España. La muchacha entendía las preguntas; pero, aterrorizada, no quería contestar.

Entonces apareció Susana, la señora de Mestres.

—Veo que no se entienden ustedes —dijo sonriendo—; no le choque a usted: la Dolores no sabe castellano.

—Y yo no sé catalán.

—Además, hay otra razón. La gente de aquí tiene tanto miedo al conde de España, que si la preguntan algo acerca de él, se echa a temblar.

—¿Y por qué le tienen tanto miedo?

—Ha hecho muchas cosas. ¿No está usted enterado de lo que ha hecho?

—Sí; he oído hablar de sus cosas.

## VII

### EL AYUDANTE DEL GENERAL

En este momento apareció la criada con los ojos espantados, pálida y temblándole las manos.

—¿Qué pasa, Doloretas?

—Que al señoret..., al inglés... lo busca el ayudant del conte de España.

—Que pase —dijo Hugo, dando muestra de tranquilidad.

Subió un joven, que saludó amablemente a la dueña de la casa, y después se inclinó delante de Hugo.

—¿Quiere usted que Vayamos a mi cuarto? —preguntó Hugo.

—Aquí estamos bien —contestó el oficial—. Pues nada, ayer, como vio usted, nos cruzamos con usted, y el general me dijo: «Ese señor debe de ser extranjero; vaya usted mañana a verle y pregúntele usted qué quiere, cuáles son sus planes.» El general me dijo: «Ese joven debe de ser inglés; tiene aire de hombre fino y bien educado; no tiene esa impertinencia desagradable tan frecuente en los franceses.» El general no tiene simpatía por los franceses.

—Es extraño siendo él francés.

—El dice que la sangre francesa que tenía la derramaron los franceses en la guerra de la Independencia, cuando luchó contra Napoleón. En años anteriores hubo en Berga algunos franceses, italianos, ingleses y austríacos, a quienes el conde trataba bien; pero luego los expulsó.

Hugo dijo al ayudante lo que proyectaba: ver lo que pasaba en el campo carlista y escribir después en una revista inglesa sus impresiones de una manera imparcial, acompañándolas de algunos croquis.

—Creo que no habrá inconveniente —dijo el edecán del conde—. El general le dará facilidades, y mañana o pasado, si usted quiere, iremos a verle. Déme usted su nombre y sus señas en Inglaterra.

—¡Ah, sí! Con mucho gusto.

Hugo escribió su nombre y sus señas.

—¿Va usted a vivir en esta casa? —preguntó el edecán.

—Sí; creo que sí.

El ayudante dijo que tenía prisa y se levantó.

—Yo me llamo Luis de Adell y estoy a su disposición.

—Lo mismo le digo.

Se dieron la mano. La conversación se deslizó entre los dos como podía tenerse en un teatro o en un círculo.

La señora de Mestres los contempló con una gran sorpresa, y la criada miró a Hugo con una expresión de admiración y de espanto.

## VIII

### SUSANA Y NEMESIA

Hugo no dio tanta importancia a la visita del ayudante del conde de España como se la dieron en la casa, y se fue a ver a Max y a hablar con él.

Max charlaba con Marcillón, el francés dueño de la fonda, tipo de poco fiar, metido en toda clase de negocios sospechosos.

Al tal Marcillón le llamaban también Morcillón y «Vol-au-Vent». Era alto, grueso, rubio, de ojos claros, con gran bigote, de unos treinta y cinco a cuarenta años; hombre, por otra parte, simpático y servicial.

Los dos franceses hablaban del conde de España y de sus medidas de rigor, que unos consideraban de prudencia y otros verdaderas barbaridades.

—Estos catalanes son exagerados y pomposos; tienen gestos, pero no tienen gracia —dijo Max.

—Yo creo que la gracia es cosa rara entre los meridionales —objetó Hugo.

—¿Usted cree que no la tienen más que los ingleses? —replicó Max con ironía.

—Los ingleses y los próximos a ellos —contestó Hugo seriamente.

Marcillón, cuando supo que Hugo se alojaba encasa del señor Mestres, el comerciante de la calle Mayor, le dijo:

—Amigo, ha tenido usted suerte. Es de las mejores casas del pueblo.

Marcillón, como amigo de averiguar vidas ajenas, conocía la del señor Mestres, y contó lo que sabía.

—El señor Mestres es hombre de mucho crédito y de buena fama en el pueblo —dijo—. Su mujer, Susana Landon, es hija de un herrador inglés que vino aquí durante la guerra de la Independencia y se casó con la hija de un ganadero rico. Antes de casarse con Mestres, la Susana, muchacha de soltera muy guapa, tuvo un novio y, al parecer, estuvo enamorada de él; pero el novio era un calavera y a ella la obligaron a casarse con Mestres.

—Mestres —siguió diciendo Marcillón— fue seminarista. Como segundo hijo de la casa, su padre quiso hacerle cura; pero cuando se murió el mayor, el padre sacó al chico del Seminario y luego le hizo casarse con Susana.

Mestres y Susana tuvieron dos hijos: un niño y una niña.

El niño se desgració a los cuatro años: iba con la niñera por la placeta de San Juan, cuando se desbocó un caballo y comenzó a galopar furiosamente. La niñera, asustada, echó a correr, se le cayó el niño al suelo y de resultas de la caída murió. La niña estaba enferma.

Mestres, según decían, no quería a su mujer. Estas dos desgracias, el niño mayor muerto y la niña enferma, tenían al hombre entristecido.

La mujer de Mestres, Susana, vivía asustada, porque comprendía la hostilidad de su marido, y se pasaba la Vida cuidando de su madre y de su niña enferma.

La madre, aunque no era muy Vieja, lo parecía.

No se ocupaba más que de sus males, y como estaba baldada y achacosa, se quejaba de todo. La vieja, según Marcillón, era muy avara.

Respecto a la solterona, a la hermana de Mestres, la Nemesia, se decía que estaba rabiando por casarse y que se casaría con cualquiera.

—¿Y el cura? —preguntó Hugo.

—¿El primo de la Susana?

—Sí.

—Ese también tiene su historia —dijo Marcillón—; fue compañero de Mestres en el Seminario y es muy amigo suyo. Dicen las malas lenguas que andaba siempre detrás de una amiga de Susana, y que el marido de la amiga fue a ver al párroco de una iglesia de aquí, que éste llamó al curita y que entre los dos hubo una escena borrascosa.

\* \* \*

Todas aquellas historias contadas por Marcillón hicieron que Hugo, al volver, observara a las gentes de la casa de Mestres, en quienes no había puesto atención.

Efectivamente, el marido, Mestres, parecía sentir un profundo resquemor contra su mujer. Se manifestaba amable con Hugo, pero dirigía frases un poco secas a Susana.

Esta, en quien Hugo no se fijó detenidamente hasta entonces, era bonita, aunque de aire cansado y triste; a veces aparecían en ella rasgos, expresiones que debían de ser heredadas de su padre, el inglés. Susana tenía una tendencia un poco fantasista, que a la familia de Mestres le parecía absurda.

El padre de Susana había sido, efectivamente, un Veterinario del Ejército inglés venido en tiempo de la guerra de la Independencia, que se estableció en Berga y se casó.

Susana Landon, de veinticinco o veintiséis años, de una estatura media, más bien baja, una cara redonda y sonrosada, el pelo rizado rubio castaño, los ojos pardos claros, hubiera sido una muñeca bonita sin la expresión de los ojos, una expresión viva, iluminada, intensa.

Al principio parecía una mujer del país; pero se notaba en ella algo que no era español ni catalán.

Susana tenía la cabeza pequeña, los ojos muy bonitos, con una expresión cariñosa; la boca roja, de dientes blancos, era muy amable y simpática, muy deseosa de agradar.

—No se parece a mí. Ha salido a su padre —decía la madre.

Susana no tenía nada de dura, ni de iracunda, ni de vengativa; no comprendía la mala intención y se mostraba muy religiosa.

El marido sentía por ella un fondo de antipatía. Aquel sentimiento de exuberancia natural de su mujer le ofendía a él, naturalmente serio y triste. Le ofendía también que ella no le hubiese querido de soltera.

La madre de Susana tenía épocas en que andaba un poco, y otras en que estaba baldada del todo. Su yerno y su hija la cuidaban mucho; en cambio, la Nemesia la mortificaba con sus palabras siempre que podía.

\* \* \*

En la casa se notaba en la mesa gran frialdad entre todos, y como la formación instintiva de dos partidos enemigos, uno capitaneado por Susana y el otro por la Nemesia. Susana, su madre y la niña, y luego, poco a poco, Hugo, constituían el uno; el otro, la Nemesia, Mestres y los curas. Las observaciones de Susana alteraban siempre a Mestres; en cambio, las de Nemesia le producían una sonrisa.

Hugo pensó que Susana era una mujer de carácter jovial, cohibida por la desgracia y por la severidad del ambiente.

Al mismo tiempo que observó disimuladamente a Susana, estudió también a Nemesia, la solterona. A los pocos días de conocerla sentía por ella gran antipatía, que contrastaba con la simpatía que experimentaba ella por él.

La antipatía que el joven inglés sentía por la solterona no se justificaba por nada. Para muchos, la Nemesia era una mujer chistosa y amable; él la consideraba odiosa; tendía siempre a descubrir algo bajo en las personas, lo que parecía regocijarle; martirizaba a su cuñada y le llevaba la contraria. Se

ponía constantemente del lado de los hombres y en contra de las mujeres; del lado de los fuertes en contra de los débiles; al lado de los brutos en contra de las personas de sentimientos delicados. Tenía una inclinación declarada por todo lo vulgar. Además, siempre que le convenía mentía de una manera descarada. Con mucha frecuencia Hugo se encontró con el pie de la solterona que se apoyaba por debajo de la mesa en el suyo. Entonces él lo retiraba. Ella le dirigía una mirada aguda, burlona y cínica. La Nemesia se ocupaba muy preferentemente de la comida y de los postres; manifestaba en esto una sensualidad contenida y desviada.

Todo hacía pensar que la solterona sentía entusiasmo por Hugo. Probablemente entusiasmo por Hugo y antipatía y odio por su cuñada.

El cura, el primo de Susana, Jaime Torres, que con frecuencia comía en casa, se mostraba en una actitud desesperada y triste. Torres era alto, moreno, esbelto, con el rasurado de la barba azul, el color blanco pálido y los rasgos de la cara de una gran corrección. Parecía un hombre sombrío, apesadumbrado por alguna inevitable desgracia.

Hugo pudo notar que cuando él no hablaba en la mesa transcurrían momentos de silencio preñados de amenazas. Mestres miraba a lo que comía con aire de tristeza indiferente; la solterona sonreía con su aspecto cínico de persona que todo lo comprende, y Susana miraba al espacio como con temor, como preguntándose: «¿De dónde va a venir el golpe?»

¡Qué tipos tan distintos todos! Susana, con su aire naturalmente alegre, pero cohibido. El marido, serio, a veces sombrío y siempre triste; la solterona, con aquella mirada burlona y cínica; el cura, con su tristeza y su erotismo melancólico.

La hija de Mestres, Catalina, no comía con las personas mayores. La niña era muy bonita y caprichosa, rubia, con unos ojos azules. En la casa se decía que había salido el abuelo inglés. El hijo muerto se parecía al padre: era moreno y fuerte. Desgraciadamente, la niña había tenido un ataque de parálisis infantil, y desde entonces estaba débil.

## IX

### TERTULIA DE CLÉRIGOS

La parte baja de la casa de Mestres se hallaba ocupada por la tienda, donde se vendía al por menor; por el despacho, el almacén y el portal. La tienda era pequeña, un poco oscura, con cristales Verdosos y empolvados; el despacho hacía esquina a una callejuela y tenía más luz, y el almacén, grande, lleno de sacos, daba a dos callejones.

El piso principal se hallaba ocupado por la sala, el comedor, el recibimiento, el cuarto de la Nemesia y un gabinete con alcoba, donde solía haber algún alojado, casi siempre oficial o jefe de categoría. En el piso segundo estaba el cuarto del matrimonio, el de la vieja, el que habían dejado a Hugo, la cocina y el de las criadas. En la guardilla solía dormir el dependiente en invierno, para no ir ya de noche por las calles del pueblo, que no ofrecían mucha seguridad. El empleado, hombre alto, seco, poco hablador, parecía un espectro; no se le notaba.

Por la noche, después de cenar, había tertulia en casa del señor Mestres, a la que acudían Varias personas. Se sentaban todos al lado del brasero. En el transcurso del invierno, los días de mucho frío, después de cenar, pasaban la tertulia en la cocina, al lado de la lumbre. Había poca leña y poco carbón en el pueblo; los alrededores eran inseguros, naturalmente, con la guerra. Para antes de las nueve se acababa la tertulia, porque el conde de España no permitía que se anduviera por las calles después de esa hora. Si alguno se retrasaba, se quedaba a dormir en la cama o en un sofá. Entre los tertulianos abundaban los comerciantes y los curas.

\* \* \*

A la tertulia del señor Mestres solían acudir: un tendero de Berga, Vendedor de papel y géneros de escritorio, hombre rico que salía poco de su tenducho y tenía dinero guardado; un señor Piqué, fabricante de tejidos, un poco usurero; Serra, un contratista de Vino y aceite para el Ejército, que entraba y salía del pueblo y se dedicaba a la juerga; el confitero Casellas y un militar viejo, don Damián Bofarull, que guerreó en América y, sin saber por qué, se había hecho carlista. Este señor hablaba en castellano con muchos refranes. También acudían los oficiales alojados.

\* \* \*

Entre los curas de la tertulia, los más asiduos eran los amigos de Jaime Torres, el primo de Susana, los coadjutores Nicoláu y Farguell y un capellán de un convento apellidado Fustegueras.

Venían también algunos conspicuos de la Junta, el cura Ferrer y los canónigos Milla y Torrabadella. Entre aquellos clérigos andaba y hasta coqueteaba la Nemesia.

La Nemesia, muy iglesiera, planchaba las albas y las sobrepellices y cuidaba de los altares y de los santos.

La criada vieja admiraba a los curas de la tertulia, sobre todo al canónigo Torrabadella; a éste lo consideraba como a un oráculo. « ¡Qué bien pronuncia! », decía.

Se contaban entonces en Berga más de noventa curas, unos que correspondían a las iglesias del pueblo, a los cuatro conventos y al hospital; otros castrenses, y otros que habían dejado los hábitos



para empuñar el fusil.

\* \* \*

Al ver los curas a Hugo instalado en casa del comerciante quedaron un poco sorprendidos; pero el señor Mestres los tranquilizó diciéndoles lo que pretendía el inglés. Ya tranquilos con relación a esto, los tertulianos hablaron de lo que constituía la obsesión de los Vecinos de Berga: la lucha del conde de España con la Junta.

Los curas eran amigos de los junteros, de la parte que llamaban universitaria o clerical.

Uno de los curas, el capellán Nicoláu, se puso a dar detalles al inglés de la crueldad y de la arbitrariedad del conde de España, que dejaba a todos los bergadanos perturbados. El conde fusilaba por un quítame allá esas pajas. Mandaba dar palos y cargas de baqueta por cualquier cosa y encarcelaba sin saber por qué. Había levantado en un cerro próximo tres horcas, con una barraca para confesar a los reos. El pueblo llamaba al cerro el Tosalet de las tres forcas. Todo Berga estaba aterrorizado. Las mujeres decían a los chicos:

—El conde de España te enseñará a ti los buenos modos.

Y los chicos se echaban a temblar.

El conde Vivía en una casa grande de la calle Mayor, en casa de Gironella; pero desde una semana antes se trasladó a Caserras, a una casa que se llamaba la casa Barnada, con gran satisfacción de los bergadanos, que al menos no veían a su tirano tan de cerca.

\* \* \*

El otro cura, Farguell, aunque enemigo también del conde de España, en parte lo defendía.

Según él, el conde se hallaba decidido a terminar con la chulería de los hombres y con el abandono de las mujeres. Había hecho una campaña de limpieza. Sacaba por las mañanas a los encerrados en la cárcel, y con escobas, palas y cestas les obligaba a barrer las calles y los portales.

Si en alguna parte veían una araña, la dueña de la casa tenía que pagar una multa de una peseta.

\* \* \*

En su afán de limpieza y de aseo, el conde llegaba a lo cómico.

Un día, al pasar por una calle, vio a una mujer despeinada, asomada al balcón. Inmediatamente mandó a cuatro soldados y les dijo:

—Subid donde está esa mujer y traedla a la calle. Los soldados vinieron con la mujer, asustada.

—Ahora coged una silla y un peine.

Trajeron la silla y el peine.

—Está bien; ahora sentadla en la silla y peínadla. Los soldados la sentaron y se pusieron a peinar a la mujer, mientras el conde de España contemplaba impasible la operación.

Cuando concluyeron, el conde dijo:

—El peinado vale dos reales. Decid a esta mujer que los pague. Si no, medio día a la cárcel a fregar. La mujer pagó y se fue avergonzada.

\* \* \*

El conde de España prohibía que nadie anduviera por la calle después de las nueve de la noche. Una noche salió de ronda y encontró a uno, probablemente un borracho, y le preguntó:

—¿Por qué está usted fuera? ¿No sabe usted que está prohibido andar a estas horas por las calles?

—Sí; pero es que en mi casa mi mujer hace mucho humo en la cocina y allí no se puede estar.

Fue el conde a ver si era verdad lo dicho, y la mujer del borracho, creyendo, sin duda, que era el marido el que venía con algún amigote, empezó a palos con los dos.

—No hay humo en la casa, sino leña —dicen que dijo el conde de una manera humorística.

\* \* \*

Otra vez se encontraba a la puerta de su casa, envuelto en un capotón, cuando un soldado, que no le conocía, le pidió tabaco. El conde le echó una mirada frenética y le dio la petaca; el soldado le pidió después un papel, y el conde se lo volvió a dar mirándole furiosamente. El soldado, quizá algo inquieto, pidió a un compañero fuego, y el conde de España exclamó:

—¡No conoces al conde de España! ¡Bruto! ¡Estúpido! El soldado debe conocer a sus jefes. Si me llegas a pedir fuego, te mando fusilar.

Y probablemente lo hubiera hecho.

\* \* \*

El conde de España no quería que se supiera dónde vivía; unas veces se alojaba en Caserras, otras en Aviá y en Berga. Siempre estaba muy guardado.

—¿Por qué? —preguntó Hugo.

—El conde de España se mostró muy cruel en Cataluña en 1827 y 1828 con los agraviados —dijo Farguell—, y muchos de aquellos jefes realistas están en el ejército de don Carlos, como el Ros de Eroles, el Pep del Oli, el Llarch de Copons y otros. El conde de España mandó también fusilar a otro jefe realista catalán, el Jep deis Estanys, que era muy conocido aquí. José Bosoms, alias el Jep deis Estanys, natural de Valcebre, medio guerrillero, medio bandido, muy turbulento y muy bárbaro, había dado mucho que hablar en su tiempo en la comarca. Casi todos los cabecillas carlistas de la montaña catalana eran allí muy conocidos, sobre todo Montaner y el Muchacho, naturales del mismo Berga. Rotten, el general suizo, liberal exaltado, había dejado recuerdos duros en el país; él había mandado fusilar una porción de curas y frailes de Manresa e incendiado San Lorenzo de Morunys o de Piteus. Había estado en Berga y perseguido a los absolutistas con mucha energía.

En Berga y en toda la región conocían a los absolutistas y a los liberales, a Mina, a Torrijos, a Rotten y a Miláns del Bosch, que habían peleado con energía contra los absolutistas de Misas, Romagosa y el Trapense desde el año 21 al 23.

\* \* \*

También iba alguna vez a la casa de Mestres un cirujano, el cirujano Ferrer, a quien Max se había presentado con una carta de Aviraneta. Ferrer era hombre joven, y afirmó que los carlistas catalanes se habían engañado con el conde de España. El conde de España se manifestaba muy duro y muy rígido; pero a él no le extrañaría nada que el mejor día se pasase al bando cristino. Creía lo mismo del jefe Segarra. No le merecían confianza ninguno de los dos.

Hugo pudo notar que todos los amigos de la casa eran enemigos del conde de España y partidarios de la Junta de Berga, menos Mestres. Mestres legitimaba al conde y daba a entender que no podía hacer otra cosa más que lo que hacía.

Mestres tenía relaciones comerciales con el intendente Labandero y, por lo tanto, con el conde, relaciones naturalmente llevadas con mucha prudencia, pues Mestres sabía que, en determinadas circunstancias, para el conde de España no había propiedad ni nada que no pudiera estar a su alcance.

\* \* \*

Hugo oyó muchas historias relativas al conde de España. Algunas personas estaban a medias a su favor y decían que era justo; otros le acusaban de cruel y de incendiario. Había bastantes ladrones en el campo, decían los primeros, que se fingían carlistas o cristinos, según les convenía.

El conde los mandaba fusilar sin contemplaciones inmediatamente, de día o de noche, al momento de cogerlos.

Todos estaban de acuerdo en que se mostraba hombre versátil, enigmático, cambiante, tan pronto feroz como humorista y burlón, y amigo de bromas sarcásticas. El, defensor de la jerarquía y del rango, se firmaba algunas veces capitán general de los cuatro reinos de Andalucía, que eran, según él, Berga, Caserras, Aviá y Gironella, y a una casa de campo que mandó fortificar en las inmediaciones de Caserras y que le parecía muy fea la bautizó en burla con el nombre de la Alhambra.

\* \* \*

El castigo rápido que hizo el conde con el Molinero de Aliñá, que robaba a la gente y explotaba por el terror a los pueblos, fusilándolo inmediatamente se comentaba entre los bergadanos de distinta manera.

Los unos decían que lo fusiló sobre la marcha para que de este modo el castigo fuese ejemplar; los otros, que la Junta y el conde hicieron que se fusilase al Molinero a la carrera para que así pudiesen quedar ocultas para siempre las muchas canalladas que el bandido realizó en complicidad con los junteros y con los lugartenientes del conde. Los labriegos de los Alrededores de Berga, a quien el conde meses antes quemó las casas, tenían al general un odio furioso.

El conde no dio más que dos horas de tiempo a los que habitaban las viviendas para sacar sus pobres muebles, quedando cerca de doscientas familias sin abrigo en un tiempo frío y de nieve. Los habitantes de las casas habían prometido de antemano que si se acercaban los cristinos ellos mismos traerían carros de paja y las quemarían; pero el conde no se fió de promesas y no hizo el menor caso.

De noche se vio desde el pueblo cómo ardían las casas con una lluvia de chispas y de llamas que subían por el aire. Un viento frío avivaba los incendios, y el cielo tomó un resplandor rojizo.

Se dijo que algunos soldados y merodeadores se llevaron muebles y otros objetos de las alquerías quemadas.

## X

### LECTURAS DE HUGO

Hugo tomaba notas de todo cuanto oía sin darle demasiada importancia, y cuando no quería escribir se paseaba y, sobre todo, se dedicaba a la lectura. También tocaba el piano.

Se reía como un loco leyendo *Pickwick* y el *Quijote*.

Muchas veces, el señor Mestres y la familia le preguntaban de qué se reía, y Hugo explicaba las escenas de Cervantes y de Dickens; pero a ellos no les hacían mucha agracia. Todavía lo de Cervantes les gustaba, porque les daba una impresión de España castiza; pero las escenas de Dickens les parecían arlequinadas bufonescas.

Únicamente Susana escuchaba con atención y tuvo deseos de comenzar a leer aquellos libros que tanto le divertían a Hugo. Hugo se los prestó y se brindó a ayudarle en la traducción.

Susana tenía mucha Voluntad y llegó a leer algunos libros de Walter Scott que le entusiasmaron.

Max solía ir a la casa de Ramón Mestres; pero no tenía éxito. Era un poco agrio. En cambio, Hugo producía entusiasmo en todos.

Al principio, Hugo no se ocupó de la niña enferma de la casa, siempre muy caprichosa y muy mimada. Luego comenzó a hablarla, a jugar con ella y hacerle dibujos y figuritas. La niña, de cuatro o cinco años, se llamaba Catalina. Hugo la llamaba Kitty. Al poco tiempo eran los dos muy amigos.

Susana, además de su hija y de su madre, tenía que ocuparse de tres sobrinos, hijos de un hermano de su marido; tres pequeños salvajes que no hacían más que barrabasadas.

Ella con paciencia sabía sujetarlos para que no se desmandaran e hicieran en la casa mil estropicios.

## XI

### LAS FORTIFICACIONES

Por aquel año corrió un papel grabado e impreso en Barcelona en que se hablaba de las fortificaciones de Berga. La estampa era un croquis de la ciudad como hecho por un chico, que daba de una manera sintética la impresión del pueblo y de sus fuertes.

Berga, ni en la realidad ni en la estampa tenía gran carácter. Se hallaba rodeado por una muralla no muy alta y dominada por la torre que se destacaba sobre su caserío.

Se decía en el papel que en la muralla se levantaban catorce torreones fortificados. En los altos y colinas próximas había nada menos que veintidós fuertes o reductos exteriores. En el grabado, los alrededores de Berga presentaban un aspecto de defensa formidable, con una serie de cerros todos erizados de torres y de castillos.

Mirando la estampa, en el primer plano, antes del pueblo, en el camino de Barcelona, se veía la Batería del Tosalet de Pau Billa o el Fortín de las Lomas; después, el pueblo y, de izquierda a derecha, el fuerte del Rosario, la casa fuerte de Gironella, el convento de la Merced, fortificado; la parroquia de San Pedro con su torre y, en el extremo de la derecha, el hospital civil.

En segundo plano, e inmediatamente después del pueblo, aparecía una línea de cerros, y en ellos, también de izquierda a derecha: primero, la Batería del parque de Don Mariano; después, la torre de Fumaña y de la Roca de la Pila; luego el Castillo, el Bonete, la Batería y la torre de la Sierra de la Petita.

En el último plano, sobre una serie de alturas y de cerros, aparecían marcadas la torre del Castillo Bergadano, la Batería del Guix, la Ermita de Queralt y la Ermita de San Pedro de Madrona.

El Castillo y el Bonete estaban en el monte Queralt, cuya cima elevadísima dominaba por completo la población; eran fortalezas grandes, antiguas, ceñidas de foso y con tres órdenes de muralla. El castillo dominaba también la ciudad. Era bastante grande, hecho con tierra y con piedra y sólo podía contener una guarnición de ciento cincuenta hombres y Veinticinco piezas de varios calibres.

En la Sierra de la Petita se levantaba otra fortaleza de fabricación ostentosa y magnífica, la cual dominaba todas las demás obras de defensa, excepto la de la Virgen de Queralt, ya muy al Oeste.

Al castillo de la Petita le tenían los carlistas en gran estima y le daban más importancia que al antiguo; pues, sobre ser suficiente para una guarnición de dos mil infantes y doscientos caballos, sus baluartes estaban tan bien concluidos que le daban trazas de una respetable fortaleza.

El castillo de la Sierra de la Petita dominaba las demás defensas. Habían hecho en ellas los carlistas, hacia el Este, una plataforma o batería semicircular, en cuya gola una cortadura la separaba del resto de la obra defensiva. En la parte Oeste se había construido una torre circular de mucha solidez que por su natural posición dominaba, batía y enfilaba el castillo y la villa.

Además de estas fortalezas de alguna importancia, se decía en el papel que no se sabía si había o no artillería en la ermita de la Mare de Deu, del Queralt, ni en las torres de Maja y San Andrés, ni en el pequeño fuerte construido sobre la antigua iglesia de San Pedro de Madrona, cuya configuración se ignoraba, así como también si estaba o no artillado.

En la sierra llamada de Nuet, y dominando la parte llana de Berga, se decía que había un parapeto en dirección de la cresta de la Sierra, situado a unas dos mil varas al Sudoeste de Berga y se prolongaba en dirección Sudeste.

## XII

### LAS DECEPCIONES DE MAX

Hugo veía con frecuencia a Max. Max no pudo conseguir visitar al conde de España; la calidad de francés del joven hacía que el conde no le quisiera recibir.

Max se mostraba descontento. Se quejaba de que todo le salía mal. Además de la poca fortuna, tenía un carácter irascible y revoltoso.

Perdidas las ilusiones con el conde, Max dirigió sus miras al general Segarra, quien, al parecer, le prometió incorporarle a sus filas y reconocerle sus grados.

Max veía que no encajaba del todo con la gente. El castellano que él hablaba apenas lo entendían, y a él le pasaba lo mismo con el catalán hablado por los otros.

Este fenómeno de sentirse fuera del ambiente, que en las personas nerviosas es muy ostensible y claro, en él se hacía más fuerte y muy intenso. Cuando hablaban catalán le aislaban.

Hugo le replicaba que eso mismo pasaba en el mundo entero: el gascón no se entendía con el picardo, ni el bretón con el normando, ni el inglés con el irlandés. ¿Para qué quejarse de un hecho irremediable?

—Estos catalanes no comprenden la gracia amable —decía Max—. Para ellos la gracia es siempre contra algo.

—Es el carácter de todos los meridionales. Max no tenía gran simpatía por los catalanes. Le gustaba la tierra que presentase el aire de los valles pirenaicos franceses.

—El paisaje tiene esa nota dura de los países secos —decía Max—, y la gente es áspera como el país. Luego, este orden de la sociedad española es el orden de lo muerto. Algo repugnante.

En Cataluña, como en todas las regiones donde hay monte y mar, el hombre de la montaña no se parece al de la costa. El hombre de la montaña es serio, suspicaz, avaro con tendencia a la usura; en cambio, el tipo del mar es ligero, superficial, gesticulador, exuberante y apasionado.

### XIII

#### LA ESTUPIDEZ SAGRADA

Al hombre inteligente y poco afortunado le da la impresión de que en el mundo hay una razón superior, un logos, por el cual los imbéciles, los rutinarios y los brutos son más considerados, queridos y respetados que las personas amables, ingeniosas y originales.

Podría existir, sin género de duda, un altar dedicado a la Estupidez Sagrada. Otras divinidades y mitos han tenido sus altares con menos méritos y motivos.

La estupidez merece la glorificación; ella va sosteniendo las rutinas, las costumbres, las tonterías, el amor de lo antiguo por lo antiguo y el gusto de la incomprensión y de la pedantería.

Todas las fuerzas de la vida antigua merecen para los hombres —y parece que también para los dioses— un gran respeto.

La ignorancia, la rutina, la afectación, el amaneramiento, son simplificaciones; economía de inteligencia y de esfuerzo en el discurrir. La pedantería misma es también grata, tiene el mismo espíritu cerrado. El pedante no razona sobre los hechos generales, discute sobre los datos. El pedante no discurre con su intelecto, ni ve con sus ojos; no quiere más que lucir conocimientos, exhibir cifras o palabras que no modifiquen su criterio ni su mentalidad. Lo que se llama erudición y lo que se llama estilo, generalmente no es más que pedantería y amaneramiento.

Por eso, en un medio social torpe es lo más alabado. Cuando la erudición y el estilo se mecanizan más, se amaneran más, se ponen al alcance de todas las fortunas, es cuando más gustan.

El ingenio, la finura de espíritu, la sagacidad, la originalidad, son condiciones inútiles en la mayoría de las actividades sociales de los pueblos anquilosados y amanerados; en cambio, la pesadez, la rutina, la pedantería, son siempre más respetables. Un hombre que tiene más ingenio que el que necesita para su posición y su oficio parece siempre un audaz, un osado impertinente y subversivo.

Una de las posibilidades que tiene la guerra es la de acabar, al menos momentáneamente, con las jerarquías falsas y restablecer las verdaderas. En tiempo de paz estarán al frente de un ejército generales de salón, viejos, imbéciles y decorativos, que no sabrán más que llevar el uniforme; en tiempo de guerra, los valores verdaderos se imponen, pero no se imponen durante mucho tiempo, sino en una época pasajera, en los momentos de peligro y de miedo.

Max pensaba que esa época había pasado ya en la guerra carlista y que era difícil significarse y ser algo.

## XIV

### PILAR, LA BELLA ARAGONESA

Max frecuentaba la tertulia de un intendente del Ejército. Allí iba también don José Segarra, entonces mariscal de campo en las filas carlistas.

Hugo le acompañó a la casa. A la mujer del intendente, una valenciana muy redicha, le gustaba representar el papel de dama con influencia.

En la tertulia, Hugo conoció a Segarra. Era un hombre alto, delgado, chato, afeitado, de unos cincuenta años, con la cara triste e inexpresiva. Parecía hombre enfermizo, hipocondríaco, de voz nasal. Vestía un gabán de color aceituna, un pantalón de piel y pañuelo de color.

Hugo le hizo algunas preguntas acerca de la marcha de la campaña; pero Segarra se encogió de hombros y no contestó. Habló principalmente de sus catarros y bronquitis, y de la estupidez de los jefes.

Segarra no parecía un tradicionalista fanático y convencido. Se decía que el año 1833 se encontraba en Cataluña de coronel del regimiento de Zamora, cuando el general Llauder mandaba en el Principado. Segarra galanteó a la señora del general, y Llauder, escamado, para inutilizarlo, le separó del mando diciendo que era absolutista.

En la reunión, Hugo fue presentado a la mujer de un oficial, ayudante de Segarra y, como él, enfermo y lleno de aprensiones. El pobre oficial era un hombre aburrido, que no sabía qué hacer, que tenía constantemente diviesos en el cuello.

La señora del oficial, medio aragonesa, medio catalana, Pilar de nombre, sabía que Hugo vivía en casa de Mestres y tenía muchas ganas de hablar con él. Esta Pilar era una belleza morena, de ojos grandes y negros, de un aire soberbio, sobre todo muy expresiva, con una gracia y una viveza muy llenas de atractivo. Había estudiado en la escuela con Susana.

—¿Cómo está Susana? —le preguntó a Hugo—. No la veo hace mucho tiempo.

—Pues está bien, cuidando siempre de la niña.

—¿Y está triste?

—Sí.

—¡Pobre! ¡Qué alegre era cuando chica! Era completamente distinta a las demás. No le gustaba más que bailar, y correr, y reír... Nosotras la llamábamos la inglesita... Era, además, muy guapa.

—Sigue siéndolo.

—Ha tenido mala suerte —siguió diciendo Pilar—. Tuvo desde muy pequeña un novio, el hermano de una amiga nuestra, y, según dijeron, se quiso escapar con él. Luego la casaron con Ramón Mestres, que es una buena persona... Pero no se entienden. El hijo mayor que tenían se les murió de una manera tan triste y la niña que les queda es débil y enfermiza.

La verdad era que Susana no quería a su marido —siguió diciendo Pilar—. Probablemente no le había querido nunca. El mal era irreparable. ¿Quién tenía la culpa? ¿Por qué se había casado? No lo sabía bien.

\* \* \*

La desesperación del marido cuando murió el niño, a ella, a la Pilar, le conmovió.

—En todo donde pongo la mano dejo una mancha negra —me dijo el pobre Mestres—. Después



noté que no tenía compasión más que por sí mismo. A mí me produjo asombro por su egoísmo. Ni el menor pensamiento para ella.

—Indudablemente, no la quiere.

—¿Y usted habla con ella inglés? —preguntó la Pilar.

—No. Está aprendiendo a traducir; pero no creo que sepa hablar.

—Sí sabe; no mucho, pero sabe. Ahora, como es tímida, no lo querrá decir.

—No me lo figuraba.

—¿Y el marido la trata mal? Eso me han dicho.

—Yo no lo he notado.

—Dicen que sí; que el marido la odia por lo de la muerte del niño mayor, porque supone que ella tuvo la culpa por no haber cuidado del niño.

—Eso sería mucha brutalidad.

—¡Qué quiere usted! ¡Como los hombres son tan brutos...!

—¿Cree usted?

—De lo más bruto que puede haber. Mestres se lamenta de que el niño se parecía a él y la chica no.

—Se comprende la injusticia cuando uno es desgraciado —dijo Hugo.

—¿Y qué le parece a usted la cuñada de Susana, La Nemesia?

—No me ocupo de ella, la verdad.

—Es más mala que la quina.

—¿Sí, eh?

—¡Uf! Chismosa, enredadora, hablando mal de todas las mujeres. No las quiere ni a Susana ni a su madre. Las tiene mucho odio. La vieja no la puede ver a ella ni en pintura. El que irá por allí es el primo cura, Jaime...

—Sí; come con frecuencia en la casa.

—A ése también le fastidiaron. Era seminarista y comenzó a tener amores con una chica y quiso dejar de ser cura; pero no se lo permitieron y le dijeron que tenía que ser cura a toda acosta\*, y lo fue. Luego han dicho que se ha visto con su antigua novia y ha habido grandes disgustos, y ahora dicen que si va a la Escuela de Cristo y que se disciplina hasta llenarse de sangre.

—No sé lo que es la Escuela de Cristo.

—Pues una congregación de San Felipe de Neri, que tiene el objeto de hacer penitencia y disciplinarse.

—¿Y usted va?

—Yo, no. Es sólo para hombres. Bastantes castigos tiene una en la vida.

La capitana charló por los codos con mucha gracia y sonrió con coquetería mirando a Hugo.

—A usted le van a tomar aquí —le dijo después— por partidario de la Junta y por enemigo del conde de España, si viene a esta casa.

—Pues no. Al día siguiente de llegar estuvo a verme el ayudante del conde de España y me dijo que fuera a visitarle, que me avisaría un día para comer con él. No he ido porque no me ha avisado.

—Pues sin duda cayó usted bien.

—¿Y los militares le tienen odio al conde de España? Yo creí que sólo los curas.

—Es una cosa muy larga de contar y que a mí no me interesa mucho, porque todo eso de la política me da asco. Si por mí fuera, yo me iría con mi marido a Francia; pero él dice que ha dado su palabra y no quiere... tonterías.

—Es raro que los curas no le quieran al conde de España. Parece que el conde es catolicísimo.

—Sí. Pero el conde de España ha dicho a uno de los vicarios de aquí que las costumbres de los curas de Berga no son completamente edificantes y que él tendrá que intervenir a la mejor ocasión con su acostumbrada energía. La Nemesia, la cuñada de la Susana, es la que lleva la voz cantante contra el conde.

---

\* Así en el original [Nota del escaneador].

La capitana siguió hablando con gracia y se despidió de Hugo con grandes extremos de amistad.

La Pilar se mostró muy atrevida, muy salada; tenía fama de ser un poco libre.

La Pilar estuvo tan insinuante con Hugo, que las mujeres de la tertulia hablaron mal de ella y los hombres quedaron enfurruñados.

Hugo volvió a la casa del intendente repetidas veces.

\* \* \*

El regionalismo español se desarrollaba lozanamente con todas sus fobias en los sitios donde se reunían personas de distintas regiones. El fondo de kabilismo ibérico se destacaba con mucha fuerza. El catalán miraba al castellano como a un intruso, aunque fuera carlista; el castellano tenía la petulancia de pensar que el que no hablaba como él no hablaba en cristiano; el aragonés, el valenciano y el navarro querían afirmar su matiz regional como algo trascendental e importante. Se oían muchos de esos refranes de mala voluntad interregional.

El viento y el varón no es bueno de Aragón. Aragonés, falso y cortés. Valenciá y home de be no pot ser. El catalá, si no la ha hecho la hará. De ponent ni vent ni gent. Navarro, ni de barro.

Además de estos refranes de hostilidad interregional, se oían otros de mala voluntad intercomarcana.

Los de Agramunt, eran Turroneiros; los de Aguiare, Gent de mal flaire; los de Belpuig, Espasetas (espaditas); los de Cervera, Gente de mala ralea; los de Cornins, lladres; los de Manresa, Budellans (panzudos); los de Puigvert, Vivanderos; los de Ribas, Nanos; los de Solsona, Mata-ruchs (mata burros), y los de Torrefarrera, Plegadors de caragols.

Este kabilismo, unido a la natural petulancia ibérica, daba un resultado no muy agradable. El kabilismo es semejante en todas las regiones; la petulancia posee su matiz: el catalán, el aragonés, el castellano, el andaluz, el gallego y el vasco tienen su forma especial de ser petulantes; como la tiene también el francés. El Mediodía europeo es, sin disputa, petulante, charlatán y amplificador; como el Norte es pesado e hipócrita; las razas del Norte tienden a ser brutales y groseras, como las del Mediodía a ser envidiosas y embusteras. Y fuera de Europa, lo demás cuenta poco o no cuenta nada en el campo espiritual.

## XV

### LA TRISTEZA DE MESTRES

Mestres era un misántropo. Tenía la idea de que las cosas no le salían bien en la vida, principalmente porque había seguido la opinión de los demás. Tal idea le dejaba un profundo rencor contra muchas costumbres y muchas gentes, la mayoría muertas. De chico, no quería ser cura, y lo metieron en un seminario; después, no quería salir del seminario, y do sacaron de allí. Quiso luego marcharse del pueblo, y le obligaron a quedarse; se había opuesto a casarse, y le hicieron la boda con Susana, que sabía él que no le quería.

—No se aprende nada con la experiencia de la vida —solía decir Mestres, y añadía—: Yo, en cuestión de afectos, he hecho suspensión de pagos.

Quizá, sin la desgracia de su hijo mayor, hubiese limitado su misantropía.

Mestres sentía como un eco de sus antiguas rebeldías generosas en las ideas de su mujer, y por esto le molestaban; en cambio, lo que decía la Nemesia, su hermana, le parecía tan perfecto en su vulgaridad y en su mezquindad, que le hacía sonreír.

Mestres no estimaba a nadie, llevaba una vida metódica y hacía todos los días lo mismo. Creía muy poco en cuestiones de religión; pero cumplía las prácticas religiosas. No hubiera podido vivir en Berga haciendo otra cosa. Oía misa todos los domingos y se confesaba cada cuatro meses. Celebraba todo lo que era bárbaro y absurdo, y, quizá por esto mismo, defendía al conde de España, y decía siempre:

—El conde conoce a la gente.

Lo que para él quería decir que la gente no se merecía otra cosa.

Mestres practicaba el estoicismo de callarse. Su desolación interior no se traslucía más que en alguna frase irónica que decía de tarde en tarde.

Con frecuencia le dolía el estómago o el hígado; pero no se quejaba. Lo aceptaba todo con resignación.

—¿Qué quiere usted? —le dijo una vez a Hugo—. Yo soy en el fondo tímido y rencoroso. Mi padre era un hombre terrible que me ha hecho pasar la infancia siempre asustado y cohibido. De vivir así me he hecho yo rencoroso y violento.

—Pero usted no es rencoroso ni violento —le decía Hugo.

—Sí lo soy —contestaba él—. Me conozco mejor que nadie.

Mestres hacía a veces unas reflexiones antisociales terribles. Los curas de su tertulia se le quedaban mirando, como pensando: Este hombre está loco. El moderaba sus críticas, y les daba un aire tan conservador y autoritario, que los curas le daban la razón.

El único Vicio de Mestres era fumar cigarrillo tras cigarrillo mirando vagamente el techo. Mestres daba a entender:

—No; yo no me quejo. Me contento con mi suerte.

Susana le miraba asustada al contemplar su indiferencia taciturna. Ya veía que su marido no tenía un momento bueno en la vida, que no le interesaba nada de cuanto pasaba a su lado.

Susana le conocía muy bien y sentía por él una profunda compasión. Le veía perdido, sin posible consuelo, haciendo una vida mecánica, sin la menor ilusión. La única que le comprendía era ella, y, sin embargo, no querían ni podían entenderse.

Mestres había vivido algún tiempo en Barcelona y en Marsella y viajado por Cataluña, Valencia

y Aragón para su comercio de granos.

No manifestaba ningún entusiasmo regional por el catalán ni por los catalanes, y hablaba siempre que podía en castellano.

Si se hablara otra lengua más universal y él la conociera, la adoptaría inmediatamente —decía. —Cuanta más gente se pueda entender con una sola lengua mejor —añadía después.

## XVI

### EL TAJO EN EL PATÍBULO

El invierno fue crudo y duro para la gente; el campo se hallaba cubierto de nieve, no había carbón, la comida era cara y mala.

Las tropas carlistas, al mando del conde de España, se batían con las liberales del Barón de Meer.

El resultado de la campaña no se veía muy claro. Unas veces avanzaban unos; otras retrocedían; se incendiaban poblados, se fusilaba gente y, en un encuentro con el Barón de Meer, se supo que los carlistas habían perdido Varias piezas de montaña, mucho ganado Vacuno y carros cargados de trigo.

El general, exasperado por la pérdida, se irritó más y metió en la cárcel de Berga y de Caserras una porción de curas y de gentes de posición, sin formación de causa ni proceso.

El día de Navidad, el conde se presentó repentinamente en Berga, furioso, en un momento de malhumor. Vio a un mozo.

—Tú, ¿quién eres? —le preguntó.

—Yo soy un estudiante de la Universidad de la Portella, y voy a mi casa a pasar las fiestas de Nochebuena.

La Universidad de la Portella era la de Cervera, establecida provisionalmente en el Monasterio Benedictino de la Portella.

—¡Conque estudiante! Aquí no hay estudios que valgan —gritó el conde, y mandó que el muchacho fuese detenido y agregado a un batallón; no quería holgazanes.

Vio después un café, echó un sermón contra los cafés y mandó a rajatabla cerrarlos todos. Hizo luego poner preso a un fondista y añadió que consideraba a Berga como un foco de corrupción, como una verdadera Sodoma; un centro de inmoralidad y de vicios, de gente maleante.

Había algo de cierto en sus palabras: los ladrones y merodeadores se metían en el pueblo y se jugaba y se robaba mucho. En los pequeños escaparates de las tiendas de comestibles tenían que poner telas metálicas, y a las mujeres en la calle se les quitaba el pan o la carne, y a veces, de un tirón, los pendientes.

Se trasladó después el conde al Tosalet de las Tres Forcas, con su Estado Mayor; mandó hacer a unos carpinteros una barraca para la confesión de los reos y al día siguiente se ahorcaron con gran pompa cuatro; unos por ladrones y otros por asesinos e incendiarios. Las ejecuciones fueron decorativas; curas y frailes marcharon en dos filas al Tosalet de las Tres Forcas, con cirios amarillos y cantando el gorigori.

Al terror que infundía la vista del patíbulo y sus tres perchas se agregó otro de nuevo género. El conde mandó colocar un tajo de madera entre las horcas, y el verdugo recibió orden de adquirir una enorme cuchilla. En lo sucesivo, los que fuesen condenados a la pena capital sufrirían primero la amputación de la mano derecha.

El conde hizo arrodillarse a un soldado buen mozo y que pusiera la cabeza en el tajo, de prueba, para ver si tenía la altura indispensable. El soldado se rió.

—Sí; es cómodo para un hombre de mi estatura —dijo—; pero para uno más pequeño sería demasiado alto.

El conde mandó que cortaran las patas al tajo y le advirtió al verdugo:

—Bueno, maestro: arregle usted el tajo como se ha dicho.

A todo el mundo le chocó que el conde hablara al verdugo de usted. De usted no hablaba más que a los curas. Sin duda, al verdugo le daba categoría de cura.

El conde, sintiéndose señor feudal y medieval, tenía su bufón y su verdugo, con los que bromeaba.

En la casa de Mestres se habló de tales preparativos patibularios con horror; Susana estaba estremecida de espanto; pero Hugo la convenció de que todo ello no pasaba de ser una amenaza para aterrorizar y poder dominar a la gente.

## XVII

### EL OPTIMISMO DE HUGO

Hugo escribía sus impresiones; todo lo que le contaban lo anotaba, y al mismo tiempo ilustraba con croquis y con planos el texto. Pensaba que si con el tiempo llegaba a encontrar bien sus apuntes los publicaría al volver a Inglaterra.

El optimismo de Hugo llegó a contagiarse a Susana. Hugo leía con Susana trozos de Walter Scott y de Dickens. A ella al principio no le interesaba gran cosa la traducción; la veía como un trabajo difícil; pero luego fue interesándole cada vez más. Prefería Walter Scott a Dickens porque el inglés del autor escocés, sin conversaciones populares, lo llegaba a entender mejor.

Hugo le recomendaba que no dejara a Dickens, y empezaron a leer juntos los «Papeles de Pickwick». Por aquellos días leyeron la escena del día de Nochebuena en casa del señor Wardle, en la casa vieja, en el salón, con el ramo de muérdago en el techo.

Al principio Susana se reía alegremente; pero de pronto comenzó a llorar.

—¿Por qué llora usted? —le preguntó Hugo. —Me da mucha pena pensar que en otros países se vive así, de una manera tan dulce, y nosotros, en cambio, no vemos más que cosas horribles de guerras y de muerte.

—Sí, es verdad —dijo Hugo—. Tiene usted razón.

Hugo volvió a leer la escena cordial descrita por Dickens y comprendió que le hiciera gran impresión a una mujer como Susana, que vivía siempre dominada por impresiones de depresión y de melancolía.

—Es que esta mujer, en el fondo, es una inglesa —se dijo Hugo.

Hugo se convenció de que Susana era una inglesa, y a pesar de no creerse patriota, esta idea hizo que la considerara como con un Valor moral superior.

Por entonces Pilar comenzó a ir con más frecuencia a casa de Susana. Susana sospechaba que la visitaba para hablar con Hugo. Susana sentía vagos celos. La intimidad con Hugo le parecía muy agradable, y temía que una causa cualquiera la interrumpiera.

Ello no era obstáculo para que quisiera a su amiga y la viera con gusto.

## XVIII

### EJECUCIONES

A pesar del tajo puesto en el Tosalet de las Tres Forcas, amenaza constante de Berga, Hugo decía:

—Ese tajo no se empleará nunca; su único objeto es aterrorizar al pueblo.

Hugo hacía sus informaciones de curioso; escuchaba a unos y a otros, visitó el castillo y las otras fortalezas, habló con el gobernador don José Pons, alias Pep del Oli, que se mostró poco comunicativo. Pensaba visitar también al conde de España.

La hipótesis de Hugo de que el conde no iba a llevar a la práctica su suplicio medieval quedó pronto desmentida.

A últimos de enero de 1839 fueron hechos prisioneros tres migueletes y conducidos al cuartel general. El conde los consideró como merodeadores, dispuso que se les trasladase a Berga y se les ejecutase según sus nuevas órdenes. Efectivamente, se les llevó al Tosalet de las Tres Forcas y se les fue cortando la mano uno a uno y después colgándolos. Uno de ellos, del terror y de la sangre perdida, cayó muerto con un síncope antes de llegar a la horca. Toda la plazoleta del cerro de las Tres Forcas apareció manchada de sangre.

El pueblo quedó aterrorizado. Algunos curas se acercaron al conde a decirle que no estaba autorizado por las leyes divinas ni humanas para infligir tan terribles castigos; pero el conde les contestó con bufidos. El mariscal de campo Brujó, hombre valiente, se indignó y mandó el mismo día su dimisión. No se le aceptó. El ensangrentado tajo siguió al lado de las horcas.

Según se contó, un día después el conde de España, arrodillado en la iglesia de Caserras, decía gimiendo:

—¡Tres más, tres más! ¡Dios mío, perdonadme!



## XIX

### BATALLA, EL CORNETA

Un poco antes de Carnaval hubo en Berga otro espectáculo por el estilo, que hizo estremecerse al país.

Un día del mes de febrero, un corneta de Caballería, a quien llamaban Batalla, se emborrachó con otros dos soldados. Al anochecer salieron de casa alborotados, y al llegar a la avanzada un centinela les dio el alto. Salió el cabo de guardia, y Batalla, furioso, sacó el sable y le dio al cabo un sablazo en la cabeza.

Batalla y sus compañeros comprendieron la gravedad del delito y que si caían en poder del conde los ahorcarían sobre la marcha, y resolvieron presentarse a los liberales. Los tres soldados echaron a correr camino de Cardona.

Al llegar cerca de Serrateix, a Batalla le entró un escrúpulo literario y dijo a sus compañeros:

—Yo no me entrego a los enemigos contra los que he peleado siempre. Me vuelvo al campo carlista; pediré al conde de España que me permute la pena de horca por la del fusilamiento.

Los dos soldados pensaron que la decisión de Batalla era una estupidez, y sin hacerle caso se metieron en Cardona.

Batalla volvió y se presentó en Caserras. Quizá pensaba que su petición, un tanto dramática y teatral, haría efecto en el conde; pero el general no le dejó hablar y mandó inmediatamente que lo llevaran al sótano y lo pusieran en capilla.

Al momento el conde dio orden para que fueran a buscar al verdugo de Berga, previniéndole que trajera su cuchilla. El ejecutor llegó por la mañana, y el general le mandó que se procurase un tajo de madera parecido al de Berga y lo colocara en el centro de las eras.

A media mañana se formó el cuadro con todas las fuerzas de Infantería, Caballería, Artillería y Zapadores, y al lado del tajo y del verdugo se puso el general vestido de gran uniforme, con su bastón de mando.

Batalla, el soldado desertor, marchó al cuadro entre dos curas, con cierta serenidad, pensando que iba a ser fusilado, porque en Caserras no había horca; pero al ver al Verdugo con su hacha y el tajo al lado, dio un grito desgarrador:

—¡Virgen Santísima de Montserrat, amparadme! —grito en catalán.

—Arrodíllate exclamó el conde.

Batalla se arrodilló.

El verdugo le agarró del brazo para ponerle la mano en el tajo, pero el soldado la retiró.

—¡La mano, la mano derecha ahí! —chilló el conde furioso, levantando el bastón, rojo de ira.

—¡Por Dios, por Dios! ¡Que me fusilen! —clamó Batalla.

—¡Ahí, la mano ahí! —volvió a gritar el conde. El soldado puso la mano y el verdugo se la cortó de un golpe.

Batalla comenzó a saltar, vociferando, echando sangre a borbotones por el muñón. El conde de España chilló hasta ponerse morado y obligó al desdichado desertor a poner la cabeza en el tajo.

El verdugo, trastornado por tantos gritos, tuvo que dar diez o doce hachazos sobre el cuerpo del soldado y mientras se retorció en el suelo, hasta separar la cabeza del cuerpo.

El espectáculo fue verdaderamente repugnante, y más repugnante aún quizá el que ninguno se



## XX

### EL VERDUGO

La Monarquía de derecho divino siempre ha sentido una predilección, una fervorosa simpatía por el verdugo. El «buchí» ha sido un héroe —un poco sombrío, pero héroe para la Monarquía y para la Religión. Cierto que la primera República francesa experimentó también un cariño acendrado por Monsieur de París, probablemente porque se creía un Gobierno un tanto divino, perfecto y metafísico. Los Gobiernos perfectos y de derecho divino son peligrosísimos para el vulgo; a éste le conviene más que sean imperfectos, de procedencia terrestre, completamente vulgares. Ciertamente no lo creen así el señor Maistre y sus secuaces. Ellos quieren un Gobierno exquisito y quintaesenciado; pero el pópulo actual parece que prefiere una dirección ramplona y un poco laxa que no otra sublime, con el profesor de ejecuciones en el pináculo.

El conde de España, defensor en Berga de la Monarquía de origen divino, con la Santísima Virgen capitana generala de los ejércitos carlistas, necesitaba un verdugo y lo encontró.

El verdugo era un escapado de presidio, hombre de unos treinta años, de cara juanetuda y fuerte, llamado Jaime. El maestro Jaime, o el «mestre Jaume», fue a vivir a una casa pequeña y aislada, cerca de una de las salidas del pueblo, con una gitana, con la que tenía dos hijos. La casa, por orden del conde de España, se blanqueó y se pintaron de rojo la puerta y las dos ventanas. Había que rendir este tributo al tradicionalismo.

El conde mandó que el verdugo vistiera una chaqueta larga de pana negra con vivos rojos, un cinturón amarillo, calzones anchos, polainas, y sombrero de copa con una insignia consistente en una escalerita de cobre.

El maestro Jaime debía estar en casa de sol a sol, en las horas que podía ser llamado por el conde para ir a cumplir su noble misión al Tosalet de las Tres Forcas.

\* \* \*

Hugo pensó que debía de ser curioso ver al verdugo en su casa, y se dirigió a ella una tarde, ya al anochecer. A la puerta dos chiquillos jugaban, el uno con una espada de juguete, el otro con una cuerda; quizá uno pensaba ser militar, y el otro verdugo.

La casa, próxima a una entrada de la muralla que daba hacia el monte, era pequeña. Entre ella y las demás había un derribo con tapias, poco a poco convertido en corral y en huerta; así que la casa del verdugo quedaba completamente sola.

La puerta se veía abierta. Hugo pasó a un portal estrecho, y de aquí a una cocina oscura, mal iluminada por un candil. Había en ella dos mujeres, las dos gitanas; una gruesa, la mujer del Verdugo, estaba en el fogón friendo unos trozos de carne con tomates y pimientos en una sartén. La otra, una muchachita, andaba de acá para allá con un traje de muchos colores y moviendo las caderas. El verdugo partía leña con un hacha.

Hugo saludó, pero no le hicieron caso.

La gitanilla joven cantó con una voz aguda:

Al mengue de Manga Verde

le tengo que camelar,  
que la ley de los calés  
la quisiera nicabar.

Hugo dio las buenas tardes en voz fuerte.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó el verdugo, en catalán y de mal humor al ver a Hugo.

Hugo le dijo si le gustaría que le hiciera el retrato en un papel.

El verdugo hizo que le repitiera la pregunta dos veces.

—Yo soy un dibujante inglés —repitió Hugo— y he venido aquí a preguntarle a usted si le gustaría que le hiciera un retrato.

—¡Un retrato! ¿A mí?

—Sí.

—¿Y para qué?

—Para publicarlo en un periódico de Inglaterra.

—¡En un periódico de Inglaterra! ¡Mi retrato! Luego exclamó, dirigiéndose a las dos mujeres:

—¿Habéis oído lo que dice este hombre?

Las dos mujeres se quedaron mirando atentamente a Hugo.

El verdugo pareció comprender algo, movió la cabeza con desdén y dijo:

—Usted está loco. Vaya, vaya —y empujó a Hugo a la calle, entre las risas de las dos gitanas, y cerró la puerta.

## TERCERA PARTE

### LO QUE SE CONTABA DEL CONDE

#### I

#### EL LICENCIADO ESCOBET

Llevaba Hugo Varios meses en Berga. En la casa de Mestres se le quería. Sobre todo, Susana y la niña no podían vivir sin él. Únicamente la Nemesia se mostraba despechada, pues todos sus avances eran mal acogidos.

La Nemesia se quejó a Susana de que Hugo la despreciaba. ¿Es que ella era una apestada? ¿Es que tenía tiña? Ella sabía tanto como cualquiera otra o más. Susana se alegró de que Hugo no hiciera caso a su cuñada, pero fingió que lo sentía.

Max había salido a campaña con Brujón, y, según le dijo a Hugo, había mandado a Aviraneta informes del conde de España. A Max se le aumentaba el odio por el conde e intrigaba contra él y a favor de la Junta.

Un día Max y Hugo se encontraron en casa de Marcillón, el fondista y agente de los contrabandistas.

Marcillón tenía, al mismo tiempo que la taberna, una tienda de comestibles con género de contrabando. El francés quería hacer un capital e irse a vivir a Avignonet, cerca de Castelnaudary. Vivir en su tierra y pescar en el canal del Midi eran sus ideales.

Con Marcillón se entendía también un boticario viejo, el licenciado Escobet, para traer medicinas de Francia, pues de España no las podía llevar siempre que quería.

El licenciado Escobet era un cuco, en el fondo liberal, que se las echaba de indiferente. Comentaba los hechos del conde de España y de la Junta, pero no se ponía claramente del lado de los unos ni de los otros.

Se pasaba la vida en la botica preparando recetas con el mancebo, un muchacho de aire de simple, cara gruesa y cabeza estrecha.

El licenciado Escobet se mostraba aficionado a la frenología y a la craneoscopia. Leía libros de vulgarización de las teorías de Lavater y de Gall y hacía observaciones frenológicas. Al parecer, médicos y farmacéuticos de Cataluña participaban de las mismas aficiones a la frenología y al sistema de Gall.

El licenciado Escobet había ido a casa de Marcillón a hacer un encargo, y al encontrarse con Hugo y Max se sentó al lado del fuego y se puso a charlar con ellos. El farmacéutico pronto vio cómo se explicaban los dos jóvenes y habló con más libertad de la acostumbrada en él. Contó la historia romántica de una muchacha joven que, Vestida de hombre, había ido a la guerra al requeté carlista; habló también de otra mujer, que decían extranjera, que estuvo algún tiempo en Montserrat haciendo vida de penitente.

Al poco tiempo se hablaba, naturalmente, del conde de España.

## II

### OTRA VEZ EL ORIGEN DEL CONDE DE ESPAÑA

El boticario no quería hablar delante de Marcillón, y les invitó a Hugo y a Max a ir a su farmacia. Fueron al día siguiente. Escobet les dijo que Marcillón no le merecía ninguna confianza. Según él, hacían mal en no medir sus palabras delante de aquel hombre sospechoso.

—La verdad es que este tipo del conde de España es algo extraordinario —dijo Hugo.

—Extraordinario por lo malo, por lo cruel y por lo bruto —replicó Max.

—No hable usted así —le advirtió el boticario—; mire usted que las paredes oyen.

—Aquí todos somos de confianza.

El boticario Escobet solía pasarse la vida en la rebotica, al lado del brasero en invierno, haciendo y fumando cigarrillos.

Llevaba un gorro de dómine para andar por casa, y en la calle se ponía un sombrero encima y una capa que le llegaba a los talones.

Era tan enemigo del conde de España como de la Junta, pero no se atrevía a ponerse en contra de nadie; hacía sus comentarios y nada más.

—¿Y qué se sabe aquí del origen del conde de España? —preguntó Hugo.

—El origen del conde de España es un tanto oscuro —contestó Escobet—. Nosotros no sabemos más que lo que ha dicho él mismo en una autobiografía: que nació en el Condado de Foix en 1775; que tiene entre sus ascendientes príncipes, soberanos de Foix, Comminges y Couserans, y que su padre, el marqués de España, fue teniente general y de la más alta nobleza de Francia.

—Nosotros sabemos a qué atenernos respecto a esto —contestó Max—. Primeramente, estos Espagne no aparecen como príncipes ni en el país de Foix, ni en el de Comminges, ni en el de Couserans.

—Sí; algunos aseguran esto.

—Yo he oído decir a Marcillón —afirmó Max— que el verdadero apellido del conde de España debe de ser Saint-Serni. Y en un libro titulado «La Ciudadela Inquisitorial», publica do en Barcelona hace dos años, se asegura que el conde se llama Domingo Busaraca, que es bastardo de un aristócrata y que cambió su nombre de Domingo en Carlos.

—En esta cuestión referente a la familia de nuestro conde, como en todo lo demás, hay oscuridades —siguió diciendo Escobet—. Para unos, es un militar disciplinado, culto, de palabra, no más cruel que los demás, Valiente, amable con el inferior y con el vencido; para otros, es un lunático y un hombre absurdo, un verdadero enigma.

—Para otros todavía, es un loco, un cobarde y hasta un ladrón —afirmó Max—. General de España, Carlos de España, conde de España, y no es nada de España... Únicamente Trencacaps, como le llaman aquí.

—Pero hay que reconocer que es un fanático, un hombre de buena fe —dijo Hugo.

—Nada de eso —replicó Max—. El conde se ha hecho rico y se queda con todo lo que puede. Es, además, un hipócrita. Tiene una querida en Borredá; la llaman la favorita del general; como ha habido escándalo, la ha trasladado al pueblo de Monclar de Berga, cerca de Caserras, donde la visita. El conde tiene un alcahuete en uno de Caserras, que lleva a su casa a las muchachas y se las ofrece al conde, que es un viejo vicioso. A algunas de estas mujeres las saca de la Galera y las lleva a su casa de Caserras y las llama sus comadres.

Estos rumores, fueran verdad o mentira, corrían por entre los enemigos del conde, y después aparecieron en un libro anónimo que se publicó en Montpellier en 1843.

—Se dice —siguió diciendo el boticario, que no quería tener en cuenta lo que aseguraba Max— que sirvió en Francia, según algunos en la Corte entre los caballeros de Casa Roja, hasta que comenzó la Revolución que llevó al cadalso al rey, a sus parientes y a sus amigos. Se asegura que esto le hizo concebir un odio grande por la Revolución, que estuvo con los emigrados de Condé y que luego entró en España.

—Ese parece que era un hermano mayor que él —indicó Hugo—, porque en 1792, a los diecisiete años, el futuro conde estaba ya sirviendo en el Ejército de la península.

—Brujón asegura que ha oído a un legitimista francés viejo, que estuvo con Condé, que a estos Españas no se les conoció nunca en el Ejército de los príncipes —aseguró Max.

—Sus amigos afirman que se alistó entre los emigrados de Condé, con un hermano suyo mayor; que vencidos los realistas, don Carlos marchó a Inglaterra, cuyo servicio abandonó por el de España.

—Pueden ustedes darle las gracias —dijo Max burlonamente.

—Comenzó a servir en nuestro Ejército de segundo teniente, graduado de capitán, en el batallón de la Reina el 13 de enero de 1792.

—Así que de repente con grado de capitán, a los dieciséis años. Ahora es bien severo en esas cuestiones —murmuró Max.

—En abril de 1796 era teniente del regimiento de Infantería de Borbón. Por entonces fue ayudante del general Vives.

—¿Usted conoce su historia? —preguntó Hugo.

—Sí.

El farmacéutico tenía un cuaderno con notas y una carpeta con Varios documentos. El licenciado Escobet se puso las antiparras para leerlos.

### III

#### EL CONDE EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

—¿Hizo la guerra contra Napoleón? —preguntó Max.

—Sí; en ella comenzó a distinguirse. Al comenzar la guerra de la Independencia, Carlos de España se hallaba en el Ejército de Cataluña al mando del general Vives. Luego estuvo a las órdenes de don Teodoro Reding, y después fue enviado a Salamanca al frente de una guerrilla. Agregado más tarde al general inglés Wilson, tomó parte en la batalla de Barba del Puerco y en la que se dio cerca de Alcántara. Mandaba entonces como comandante el batallón de Tiradores de Castilla, y asistió a la defensa del Puerto de Baños, por lo cual se le dio el grado de coronel el 19 de agosto de 1809.

—Está usted bien enterado.

—Sí; me ha gustado la historia contemporánea —contestó el señor Escobet—. El 18 de octubre del mismo año tomó parte en la batalla victoriosa de Tamames y en los ataques de Fresno, Medina del Campo, Alba de Tormes, Puerto del Pico y Cáceres, por lo que fue ascendido a brigadier en 14 de marzo de 1810. Por entonces operó en combinación con las partidas de don Julián Sánchez y de don Martín de la Carrera. Su brigada estuvo durante algún tiempo en la división que mandaba el mariscal de campo don Carlos O'Donnell. Este O'Donnell era absolutista, hermano de don Enrique y padre del general liberal don Leopoldo, que ha luchado en las Vascongadas y que dicen ahora lo van a nombrar capitán general del Centro para luchar contra Cabrera.

—¡Qué memoria! —exclamó Max.

—Después España mandó una división de Infantería en Portugal a las órdenes de lord Wellington y sitió Badajoz con Beresford. En la batalla de Albuera nuestro conde fue herido gravemente y le sustituyó don Pedro Agustín Girón, segundo de Castaños. En Albuera se lució más que nadie Zayas. Lord Byron cantó este combate. —Es verdad; en «Childe Harold» —dijo Hugo, en una estrofa que comienza diciendo: « ¡Oh, Albuera, campo de gloria y de duelo!»

—Después de curado Carlos de España, Castaños le envió a alistar reclutas en Castilla la Vieja. Molestaba mucho el conde a los enemigos, e irritado porque el general Mouton, comandante de unas tropas francesas que entraron en Ledesma, fusiló a seis prisioneros españoles veinticuatro horas después de haberlos cogido, España hizo otro tanto con igual número de franceses, escribiendo en 12 de octubre al gobernador de Salamanca, Tiebault, el aficionado a la literatura, una carta que apareció en la «Gaceta de la Regencia» del 12 de noviembre de 1811, y que decía así.

—Aquí entre los papeles la tengo —siguió diciendo el boticario, y leyó:

«Es preciso que V. E. entienda y haga entender a los demás generales franceses que siempre que se cometa por su parte semejante violación de los derechos de la guerra o que se atropelle algún pueblo o particular, repetiré yo igual castigo inexorablemente en los oficiales y soldados franceses..., y de este modo se obligará al fin a conocer que la guerra actual no es como la que suele hacerse entre soberanos absolutos, que sacrifican la sangre de sus desgraciados pueblos para satisfacer su ambición o por el miserable interés, sino que es guerra de un pueblo libre y virtuoso que defiende sus propios derechos y la corona de un rey a quien libre y espontáneamente ha jurado y ofrecido obediencia mediante una Constitución sabia, que asegurará la libertad política y la felicidad de la nación.»



—Así, que entonces era constitucional, y luego enemigo de la Constitución —dijo Max.

—Eso no tiene nada de particular —añadió Hugo—. ¿Quién no cambia?

—Después España —siguió diciendo el farmacéutico— estuvo en el sitio de Ciudad Rodrigo, a las órdenes del general inglés Hill, en compañía de don Julián Sánchez. España, que tiene la virtud de no sentir la envidia, alababa a Sánchez con entusiasmo, como ahora alaba con entusiasmo a Cabrera.

—Si estuviera a su lado, ya veríamos lo que decía exclamó Max.

—No creo. No es envidioso —afirmó el viejo boticario—. Después, España siguió a las órdenes de lord Wellington en Fuente Guinaldo y estuvo con él en la batalla de Arapiles, en la que se distinguió de una manera brillante. Con lord Wellington entró en Madrid y fue nombrado gobernador militar de la capital. Por orden del generalísimo inglés, ya duque de Ciudad Rodrigo, se proclamó la Constitución en Madrid y presidieron el acto don Carlos de España y don Miguel de Alava. España y Alava juraron la Constitución en Santa María de la Almudena. La gente que presenció el acto desde la calle Mayor y el Pretil de los Consejos quedó sorprendida por la exaltación y el entusiasmo constitucional de don Carlos de España. Don Carlos, como gobernador de Madrid, se mostró sañudo y vehemente contra los afrancesados. Se dijo entonces que las persecuciones se hacían por codicia, y en aquellos días de su mando perdió mucha de su buena fama. Se afirmó que era uno de los generales que había sabido mantener mejor la disciplina en la guerra de la Independencia; pero que al mandar como gobernador se entregó a una policía abyecta y rapaz. Dejó de ser comandante militar y político de Madrid y su provincia en 1812, para seguir la retirada del Ejército desde el Tajo hasta Ciudad Rodrigo. Al abrirse la campaña de 1813 era comandante general del cuarto Ejército, y con este alto mando asistió a la batalla que se dio en las inmediaciones de Pamplona y quedó encargado del bloqueo de dicha plaza desde el 1.º de agosto hasta el 31 de octubre, en que capituló la ciudad. En este bloqueo fue herido y, curado de su herida, siguió a Wellington, entró en Francia y pasó el Adour.

España fue muy amigo de Morillo, de Tomás Sánchez, de Girón, de Hill, Beresford, del príncipe de Anglona, y todos lo tuvieron por un amigo fiel y por una excelente persona, aunque un tanto lunático.

#### IV

### EN LA ÉPOCA FERNANDINA

La Constitución implantada en España por Riego y sus compañeros hizo al conde de España antiliberal y absolutista —siguió diciendo Escobet—. Sin duda el Gobierno con las Cortes no le parecía bastante enérgico y autoritario, y el ensayo del régimen parlamentario le dio la impresión de algo absurdo y anárquico. El Gobierno liberal no empleó al conde de España, teniéndolo como desafecto al nuevo régimen. Se dice que por entonces Luis XVIII le invitó a que regresara a Francia y entrara al servicio de su país de origen y de los Borbones. El se negó y dijo que la sangre francesa que tuvo en sus venas había sido ya derramada por los mismos franceses en territorio español cuando la guerra de la Independencia.

—El conde no ha querido volver a Francia —dijo Max— porque en Francia, en el Ejército, hubiese tenido que poner en claro su origen, y eso seguramente no le convenía.

—Sí, es posible. No digo que no. Cuando la Revolución de Riego, el conde era segundo cabo en Cataluña; fue depuesto de su destino, se escapó a Mallorca y de aquí, perseguido, se marchó a Mahón, donde tuvo que vivir en un viejo lazareto destartado. Se encontraba en Menorca, en 1822, cuando Fernando VII le encargó de una misión secreta cerca de las Cortes de París y de Viena. Al parecer, su salida de Menorca no estuvo exenta de peligros. Se presentó en el Congreso de Verona e influyó para que se decidiera la Santa Alianza a ocupar España y restablecer el gobierno del Rey absoluto. Se dijo entre los absolutistas que los generales del duque de Angulema que invadieron España con los Cien mil hijos de San Luis no hicieron más que seguir el plan de invasión que trazó a grandes rasgos el conde, quien tomó parte en la campaña de 1823, y terminada ésta se instaló en Madrid.

\* \* \*

Fernando VII se hizo amigo entrañable suyo, todo lo amigo que Fernando VII podía ser de una persona. Años más tarde, el conde intervino en el movimiento del aventurero Bessières. El antiguo tintorero, ex soldado francés y ex republicano, se había sublevado en Molina de Aragón por instigación de Fernando VII y de don Carlos. Conocían sus intentos y esperaban el resultado para aprovecharse del éxito, si lo tenía, fray Cirilo de la Alameda, Calomarde y España. El político, el fraile y el general jugaron la partida, mientras tras de la cortina permanecían Fernando VII y don Carlos esperando el resultado del movimiento. Bessières dio el grito de ¡Viva el rey absoluto! y ¡Abajo los masones! Nadie le secundó y, en vista del fracaso, el rey y Calomarde mandaron contra Bessières, el francés ex tintorero, otro francés como el conde de España. A la vanguardia de las tropas de este francés iba un guerrillero afrancesado que había sido traidor al Empecinado en la guerra de la Independencia, don Saturnino Abuin, alias el Manco. Don Saturnino, gran conocedor de aquella tierra, persiguió a Bessières y lo prendió con sus acompañantes. El conde de España convidó a cenar a Bessières y bromeó, le halagó y le preguntó medio en serio y medio en broma por qué se había sublevado. Bessières mostró una carta del mismo rey en la cual le incitaba a

sublevarse, y un salvoconducto de don Carlos. El conde de España cogió los dos papeles y los quemó a la llama de una vela, e inmediatamente mandó fusilar a Bessières y a los oficiales que le acompañaban y quemar todos sus papeles. El que prestó entonces el conde de España era un servicio como los que hacían Tristán el Ermitaño y Maestre Oliver el Gamo. El conde de España era el dogo de Fernando VII, su preboste Tristán.

—Siempre esa política baja y artera —exclamó Max.

—Es el maquiavelismo —dijo Hugo—, la emboscada de Sinigaglia de César Borgia.

V

DE CAPITÁN GENERAL DE CATALUÑA

Mientras estuvo de capitán general de Barcelona —siguió diciendo el boticario—, España hizo horrores; encerraba en la Ciudadela a una porción de gente inocente y llevaba su humor hasta presentarles la cuenta por el alquiler de los calabozos en que habían sido encerrados. Tanto en Barcelona como en Tarragona, su violencia macabra era terrible; tiraba de los pies a los ahorcados, saludaba a los que iba a fusilar, diciéndoles: «Hasta la eternidad, queridos hermanos.» Todas las torturas inventadas por los déspotas, por los inquisidores o por los convencionales de la Revolución las practicaba él.

—En el libro ese, la «Ciudadela Inquisitorial», se cuentan muchos de los horrores del conde de España —dijo Max.

\* \* \*

—Se decía que en tiempo de su mando en Barcelona fue nombrado por el conde de España jefe superior de Policía un individuo de la sociedad secreta absolutista «El Angel Exterminador», el cualexoneró a cuantos empleados no pertenecían a ella, sustituyendo en las vacantes a sus parciales. En aquella policía fueron colocados presidiarios que cumplían sus castigos, y en particular los que arrastraban la cadena por haber sido de los amotinados del año 27. Poco a poco, estos presidiarios pasaron a ser celadores, comisarios y escribanos de policía, viéndoseles, al poco tiempo de llevar el grillete, con bastón de autoridad al frente de un barrio o distrito de Barcelona.

Semejante policía, formada de granujas y capitaneada por absolutistas, se hallaba siempre dispuesta a perder a cualquier persona inofensiva. Tal pandilla de tunantes se repartía a diario por la ciudad y recorría los cafés, tabernas y bodegones, penetrando bajo frívolos pretextos hasta dentro de las familias para ejercer el oficio de delatores. Tomaba uno a su cargo la denuncia, tres o cuatro de ellos hacían el papel de testigos, y esto era suficiente para que en un momento se allanase la casa de un individuo, se le prendiese y se le condenase por lo menos a presidio. Solía ser la prisión motivo de una expoliación miserable; los muebles de los presos se llevaban a casa de los fiscales, y las ropas se quedaba con ellas la policía.

\* \* \*

—El conde de España exigía que se guardase el secreto de cuanto él decía y amenazaba con fusilar a quien no lo hiciera.

Barcelona entera se veía aterrorizada; la Ciudadela disparaba sus cañones cuando se fusilaba a alguno.

No cabe duda que, a pesar de su barbarie, tenía a veces detalles buenos, como el de prohibir a los vendedores de pájaros que sacaran los ojos a los canarios, que, al parecer, sin ojos cantaban más.

Los contratistas tejedores que explotaban a los obreros recibieron también una orden del conde fijándoles el número de cañas y de juncos que tenían que trabajar al día, según el jornal.

\* \* \*

—Muchas veces, cuando le enviaban artículos que censurar para el «Diario de Barcelona», decía: «No permito que publiquen más que algo sobre agricultura o para curar las almorranas. Nada más.» Otras muchas veces solía llamar a cualquiera y le decía: «Vaya usted mañana a la Capitanía General, llevando un librito de devoción para ponerse bien con Dios.» Después, cuando llegaba el invitado, se burlaba de él y le echaba un sermón sobre la Vida de los santos y el Evangelio del día, exhortándole a que no perdiera el tiempo en conversaciones inútiles, murmuraciones pecaminosas y en consumir cigarros. Al director del «Diario de Barcelona», cuando el conde de España se encontraba en Tarragona fusilando a diestro y siniestro, le dijo que no podía publicar en su periódico más noticias que la de la estación de las cuarenta horas, la del santo del día, la inserción de la bula de la Santa Cruzada y los anuncios de la venta de ungüentos para curar almorranas y aceites para quitar el vello de las mujeres. En el teatro de Barcelona, a un periodista le mandó arrestado al cuartel porque se había atrevido a hablarle con la capa puesta.

\* \* \*

—El conde de España es un perturbado y un humorista; tiene siempre en sus cosas algo de grotesco. Cuando se hallaba en Barcelona de capitán general mandó a un empresario del teatro de Santa Cruz que hiciese quitar una letrina del vestíbulo que infestaba todos los alrededores. Al día siguiente, advirtiéndole que la letrina no desaparecía, volvió a llamar al empresario y le obligó a permanecer sobre ella de bruces mientras durase la función que, desgraciadamente para él, fue bastante larga, y le dijo que todos los días tendría que hacer lo mismo hasta que la letrina hubiese desaparecido. Naturalmente y con tal perspectiva, el empresario ordenó el derribo y a las pocas horas los albañiles la quitaban.

\* \* \*

—Los días de parada en Barcelona presenciaba el desfile de la caballería al pie de la rampa de la muralla del mar, que era una pendiente muy rápida y resbaladiza, y ordenaba que la bajasen los caballos a escape, riéndose al ver cómo caían algunos jinetes a riesgo de ser atropellados por sus mismos compañeros.

\* \* \*

—El conde examinaba a la oficialidad una o dos veces al año, comenzando desde el manejo del fusil, y ponía notas en sus hojas de servicio. Al margen de una de un oficial superior que no se distinguía por su valor, puso: Este brigadier es propio para el mando de una plaza abierta. En otro: Este oficial sirve para bailar y para acompañar señoras.

\* \* \*

—También se dice que una vez se le ocurrió que los menestrales no debían llevar bigote, y dio orden de prender a todos cuantos usasen tal aditamento y de llevarlos a la Ciudadela y dejarlos rapados.

\* \* \*

—Se cuenta igualmente que no le gustaba que las mujeres luciesen las trenzas de su pelo, y los mozos de escuadra estaban encargados de cortárselas con unas tijeras.

\* \* \*

—En 1830, en Madrid, comenzaba así un oficio dirigido al general Monet, que le mandó siete oficios en un solo día: «Excmo. Señor: Tengo el honor y la satisfacción de acusar a V. E. el recibo de sus siete oficios del 9 del presente, que me han costado doce reales; es justamente el importe de los mejores besugos que se venden en esta heroica y coronada villa.»

\* \* \*

Los empresarios de los teatros de Barcelona acudieron a él una vez manifestándole la necesidad en que se veían de cerrarlos por falta de público, que no se atrevía a salir a la calle de noche; el conde les dio la seguridad de que a la siguiente estarían llenos, ofreciéndoles que él pagaría el importe entero de la entrada y mandándoles que en los carteles en que anunciasen la función pusieran en letras gordas: «Entrada gratis». Llenáronse, en efecto, los teatros, de gente poco acomodada, que cayó en el lazo del anuncio. Al concluir el primer acto ocuparon cada teatro dos patrullas de realistas y cerraron las puertas, sin dejar abierto más que un postigo, sobre el cual apareció este letrero: «Salida, cinco pesetas». El que pagó pudo salir a la calle; el que no pagó tuvo que estar allí hasta que fueron a rescatarlo.

\* \* \*

—En una carta del teniente del rey, don Manuel Bretón, al general Martínez San Martín, hablaba de que se vio al conde de España de uniforme y faja bailando las Habas Verdes al frente de la tropa, mientras los ajusticiados exhalaban el último suspiro; que el general se arrodillaba y ponía en cruz ante la religiosa Amalia y dejaba caer, con descuido estudiado, escapulario y rosario; que una vez se le vio borracho en la Plaza de Palacio, y que otra mandó asomarse a un trompeta a caballo al Mirador del Rey a presencia de la oficialidad de una escuadra holandesa.

\* \* \*

—Es indudable que el conde se mostraba como un loco, como un perturbado.

Algunos decían que el conde se había vuelto loco o medio loco porque había visto guillotinar en París a su abuelo durante la Revolución francesa.

Los que le conocían aseguraban que en tiempos de la guerra de la Independencia había sido igual, unas veces batiéndose como un león y otras mostrándose apocado y sin energía.

\* \* \*

—Viene el momento del liberalismo —siguió diciendo el boticario— y envían al general Llauder a Barcelona de capitán general. El conde de España se acogió, muy asustado a este general. Llauder ha contado que se le presentó el conde, pálido y con el semblante alterado, que le pidió que le enviase con escolta a la Ciudadela, y él así lo hizo. El conde estuvo tres días en la Ciudadela, y como temía que lo matasen en el barco donde pensaba ir a Mallorca, pidió que le enviasen en un barco de guerra. Llauder satisfizo su deseo.

Se marcha a Mallorca, y un inglés le proporciona un pasaporte para él y para su criado, y se escapa en un buque sardo; va a Génova, de Génova a Tolosa, y allí conspira con Calomarde. Era la unión de la mula y el tigre. El conde hace como que se retira de la política, y va a vivir a L'Isle-en-Dodon, no muy lejos de Saint-Gaudens.

## VI

### LA GUERRA CARLISTA

—¿Y para qué han traído ustedes aquí a ese loco, a ese bárbaro? —preguntó Max.

—Eso pregúnteselo usted a los carlistas. Yo no me meto en política. Es cosa que ni me va ni me viene —dijo el boticario.

—Pues es lástima que la gente como usted no intervenga en los asuntos públicos —dijo Hugo.

—Cuando la expedición navarra de Guergué vino a Cataluña —siguió diciendo Escobet—, estaba nombrado el conde de España para mandar las fuerzas carlistas del principado. El conde se hallaba escondido en la frontera y llegó a verificar su entrada apoyado por una partida de gente capitaneada por Samsó, que se titulaba comandante general, y por Sobrevia, alias el Muchacho.

A las pocas horas de haber entrado, costeano siempre la frontera, pisó otra vez el territorio francés, y una partida de tropas de aquella nación, viendo violada la frontera, intimó la rendición al conde de España, y él y los suyos entregaron las armas y fueron internados. Al principio se creyó que la ocurrencia era casual; pero después se sospechó si el conde habría obrado con malicia, con objeto, por una parte, de cumplir las órdenes de don Carlos y, por otra, de no comprometerse poniéndose a mandar gente que no le merecía mucha confianza.

El conde sabía que entre los jefes carlistas había muchos de los presos engañados y enviados deportados a Ceuta por él en 1827, cuando los «malcontents».

Sabía también que Saperes (el Caragol), que se presentó en España anteriormente con el nombramiento de comandante general, dado por don Carlos, había sido asesinado por los jefes que al principio se sometieron a sus órdenes. Tales antecedentes no eran para tranquilizar a nadie.

Se supuso que estas consideraciones le hicieron ponerse en manos de los franceses para librarse de un compromiso que no le seducía.

Entonces fue conducido a la Ciudadela de Lila y se fingió loco tan bien, que nadie sospechó la impostura. Al cabo de algún tiempo fue trasladado a una casa de salud de la ciudad, porque el Gobierno francés no vio en el conde de España un general apto para guerrear, sino un pobre idiota, ya inútil para la vida.

Efectivamente, el conde supo fingir la locura tan bien y con tanta constancia, que durante tres años ninguno de los que le trataban, ni su mismo criado, llegaron a sospechar que tuviese el juicio sano. A pesar de esto, seguía en correspondencia con los que manejaban los negocios de los carlistas.

## VII

### LA JUNTA

El licenciado Escobet, que conocía bien la historia del conde de España hasta el comienzo de la guerra carlista, no sabía detalles de su última época o no quería contarlos. Uno de los contertulios de la casa de Mestres, militar retirado, que había estado en América y que había tomado alguna parte en el comienzo de la guerra carlista, don Damián Bofarull, explicó a Hugo las circunstancias que hicieron que el conde de España se pusiera al frente de las fuerzas carlistas catalanas.

—Al comenzar la guerra en Cataluña, se llevaba ésta de una manera desordenada y feroz —dijo el señor Bofarull—; ningún cabecilla quería reconocer superioridad alguna, y así, los grupos, con sus caudillos, se convertían con mucha facilidad en partidas de bandoleros.

Al ser nombrado el general Urbiztondo comandante general de Cataluña, intentó acabar con tantos abusos.

La suerte favoreció al principio al vasco, que era joven y decidido, y tomó a los cristinos Varias ciudades, entre ellas Berga, en donde se decidió instalar la Junta del Principado.

Berga era sitio estratégico, excelente para capital del carlismo de la montaña catalana.

Al principio de 1837 se formó en el norte de Cataluña una Junta clerical, constituida por varios individuos de la Universidad de Cervera, a cuyo frente se hallaba en rector de la misma. Tal Junta se hallaba formada por aristócratas catalanes y profesores de seminario y otros clérigos.

La Junta primera de Cataluña, establecida en Berga, se dividió pronto en dos fracciones; la aristocrática, formada por los títulos, y la universitaria, por profesores de la Universidad de Cervera, la mayoría curas.

\* \* \*

Los profesores de la Universidad de Cervera se distinguieron siempre por su absolutismo y su tendencia teocrática.

Eran los que diez años antes habían dicho la frase célebre de: «Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir»; estilizada después en «Lejos de nosotros la funesta manía de pensar». Los de Cervera no sólo tenían fama de absolutistas, sino de bravucones. Al entrar Fernando VII, se cuenta que pusieron en la fachada de un convento un letrero, formado con huevos sujetos con bramante, que decía:

¡Viva Fernando!

Un chusco le puso al letrero la quarteta siguiente:

Estos huevos que aquí veis  
por cortedad los ponemos,  
que otros más gordos tenemos  
y vosotros no los veis.



## VIII

### LA DISIDENCIA

La primera Junta de Berga, nombrada en 1837, estaba formada por Jacinto de Orteu, presidente interino; el marqués de Monistrol, vicepresidente; Joaquín de Sentmenat, brigadier; conde de Fonollar, propietario; Bartolomé Torrabadella, canónigo; Narciso Ferrer, cura; Fernando de Segarra; Ignacio Andreu y Sanz, abogado; Javier Mur; barón de Perandola; José Ignacio Dalmau de Banquer y José Ventós.

La Junta se puso enseguida a mal con Urbiztondo. La Junta, muy clerical, aseguró una vez que Urbiztondo, ni por distracción mentaba a Dios en ninguno de sus escritos y alocuciones.

Después, Urbiztondo se enemistó con el obispo de Mondoñedo, también por cuestiones de religión.

No se le quería a Urbiztondo. Se le motejaba de orgulloso. Había la antipatía natural por el extraño, por el forastero.

Urbiztondo era hombre leal, de pasiones fuertes, de sangre ardiente, ansioso de gloria. La Junta tenía intereses múltiples. El vasco no quería más que marchar en línea recta y triunfar; los otros, no. En el fondo existía la incomprensión de dos razas distintas.

Urbiztondo, hombre arrebatado, fue el que, ya Viejo, se desafió en Madrid, por una cuestión de etiqueta, en la antecámara del Palacio Real, y quedó allí mismo muerto. Un hombre así, imposible que se entendiera con hidalgillos y curas de pueblo.

La Junta se mostró hostil al general Urbiztondo, y ella fue la que insistió para que se llamase al conde de España para el mando de Cataluña.

El conde de Fonollar y el canónigo don Manuel Milla pidieron varias veces a don Carlos que le nombrara capitán general de Cataluña.

La petición se intensificó cuando Urbiztondo perdió sus papeles en la sorpresa de Pont de Armenteras, y entre los papeles una carta, que hizo publicar en todos los periódicos liberales el barón de Meer, en la cual el general vasco llamaba a los carlistas catalanes cerriles, forajidos, ladrones, etcétera, etcétera.

Urbiztondo supo por un ayudante suyo, Zappino, que se habían publicado sus papeles perdidos, e inmediatamente se marchó al Valle de Andorra, acompañado por Bartolomé Porredón, el Ros de Eroles, que le era fiel, y de allí se metió en Francia, huyendo de la quema.

El conde de Fonollar fue a Lila a proponer la escapatoria al conde de España; pero España no quiso seguirle y, en cambio, pocos días después se escapó con un joven carlista, don Francisco Peralta.

\* \* \*

Urbiztondo dejó en Cataluña, entre los carlistas, fama de ateo, de masón, de anticlerical y de anticatalán.

La gente de la Junta deseaba un general absolutista y fanático, y a fines de diciembre de 1837 se decidió en el Real de don Carlos que el conde de España pasara a Cataluña con el doble cargo de comandante general del Ejército y presidente de la Junta del Principado establecida en Berga. Se comunicó la disposición al conde, el cual alegó pretextos en contra; algunos dijeron que para

hacerse el indispensable; otros afirmaron que en realidad no quería entrar en España. Como en Lila representaba el papel de loco a la perfección, y como, por falta de ejercicio, su cuerpo era de tal gordura que apenas podía moverse, la policía francesa no le vigilaba, porque su fuga parecía materialmente imposible. Cuando llegó el día convenido, un coche particular se presentó al anochecer a la puerta de la casa del conde. Subió el prisionero, salió inmediatamente de la ciudad, se dirigió a la frontera, atravesó Bélgica y llegó a Holanda. Allí se tuvo la primera noticia de que el conde se había fugado.

Después de la fuga, lo difícil era retornar, meterse en Francia y después en España.

## IX

### LA MARCHA DEL CONDE

Viajando de noche, y a pesar de su corpulencia denunciadora, logró burlar la vigilancia francesa y meterse en Tolosa de Francia; desde allí salió en un carro cargado de heno, en cuyo centro se hizo un hueco para que pudiese pasar con toda comodidad las horas que debía viajar en el carro. Llegó a Saint-Girons y se preparó para la parte más crítica de su Viaje.

Aseguró que no podía andar ni tenerse en pie, y los fieles acompañantes construyeron una camilla; en ella se tendió el coche, y así fue conducido en hombros de cuatro mozos fuertes, que se mudaban a trechos durante los tres días necesarios para pasar la frontera hasta Andorra. Siguió en su camilla hasta San Lorenzo de Morunys, la primera villa de Cataluña, donde se dio a conocer y a la que llegó el primero de julio de 1838.

En San Lorenzo dio pruebas de que no había olvidado el talento que tenía para hacer efecto en la multitud. Quiso hacer su entrada a pie, sostenido en brazos de sus acompañantes, en medio de la gente agolpada para verlo. Echó una arenga patética, a la cual daban más dramatismo sus canas y el tono de su voz. Siguió marchando, y al pasar por delante de la iglesia se detuvo y dirigió la palabra a la comitiva y al pueblo.

—Entrad conmigo en el templo —dijo— y ayudadme a dar gracias a Dios por los inmensos beneficios que me ha dispensado durante mi viaje y, sobre todo, por haberme concedido la dicha de poderme hallar otra vez entre mis amados catalanes.

Al ir a entrar en la iglesia se cuadró ante un santero o ermitaño, viejo, de barba blanca, y acercándose a él, le dijo:

—Bendíceme, hermano. Los dos somos viejos y tenemos ya poca vida por delante.

El ermitaño le bendijo, produciendo el asombro de la multitud.

Estas maniobras entre místicas y teatrales producían la mayor admiración en el público.

Entró la gente en tropel en la iglesia; el conde se arrodilló delante del altar, estuvo un rato en oración, dándose golpes de pecho, y luego se tendió en el suelo en cruz, prorrumpiendo de cuando en cuando en gemidos y sollozos; después se levantó, subió las gradas del altar, y dirigiéndose al pueblo echó un sermón tierno y patético, digno de un apóstol. Grandes y pequeños, seglares y eclesiásticos, militares y paisanos, todos, conmovidos, lloraban a lágrima viva, y lloraban más porque veían al conde de España derramando también lágrimas como un niño mientras predicaba.

Era difícil comprender, teniendo en cuenta el carácter del conde, si aquello iba de burlas o de veras; al parecer, algunos que creían conocerle a fondo no podían contener la risa al ver al general gimoteando y al oír los lamentos del pueblo congregado. Probablemente éstos se engañaban y el conde era sincero. Aquello parecía una escena bíblica.

Fuera un acto sentido o una mojiganga, la cosa hizo el efecto que el conde deseaba, y pocas horas bastaron para que la noticia de lo ocurrido llegase a Berga, se extendiese por la montaña y produjera el entusiasmo de todos los carlistas fanáticos y furibundos.

Veían en el conde de España el verdadero adalid del trono y del altar; el que iba a acabar para siempre con los heréticos y con los incrédulos.

El día 3 el conde salió de San Lorenzo, y el 4, por la tarde, fue a Berga, bajando de la camilla en uno de los portales y penetrando en el pueblo a pie. El conde entró apoyado en el brazo del vocal de la Junta, conde del Fenollar, y acompañado de otro vocal, don José María de Senmenat. Estos dos le seguían desde el Valle de Andorra. Pararon en la casa de Gironella, donde se les reunió poco después el marqués de Monistrol. Un inmenso gentío de Berga y de los pueblos de los alrededores esperaba. El conde echó un sermón patético y consiguió otro éxito parecido al de San Lorenzo. Todo fueron lágrimas, abrazos, suspiros.

El general saludaba a la gente, acariciaba a los niños, abrazaba a sus antiguos conocidos. Aquellos montañeses de aire seco y duro se derretían en lágrimas; los agraviados del 1827 no se atrevían a hablar ya de venganza.

Se pensaba que el conde acabaría con los abusos y las dilapidaciones, castigaría a la gente maleante que abundaba en la montaña y disminuiría los sacrificios de los pueblos. Al poco tiempo el conde empezó a organizar las fuerzas carlistas, se pagó bien a los soldados, se mejoraron las fortificaciones de Berga y la fábrica de armas. El partido carlista se sentía contento y lleno de ilusiones.

Gracias a los esfuerzos del conde, en Berga había una fundición, fábrica de armas y de pólvora, talleres de uniformes, armas blancas. Se acuñaba moneda y todo se hacía con relativa perfección.

Un día de noviembre de 1838, el aniversario del nacimiento de Carlos V, fue el día fijado por el general en jefe de los carlistas catalanes para revistar las tropas. Se había recibido algunos días antes la noticia del matrimonio de Carlos V con la princesa de Beira, y para solemnizarlo se cantó un *Te Deum* por orden del conde de España; luego se celebró una gran parada de honor, con las tropas carlistas de Berga y Caserras, y se dio fin a la fiesta poniendo en libertad a todos los presos liberales que había encerrados en dichos pueblos. La gente se entusiasmó y creyó que el conde llevaba la campaña a las mil maravillas. Muchos militares isabelinos, algunos de ellos pertenecientes a destacamentos próximos, se pasaron a los carlistas desde el oficial hasta el último soldado.

## X

### DESAGRAVIANDO A LOS AGRAVIADOS

Entre las personas a quienes castigó el conde en tiempo de su mando en la Capitanía General de Cataluña estaba Manuel Ibáñez, el Llarch de Copons, jefe de una banda de absolutistas. Ibáñez fue enviado a Ceuta por el conde, y cuando volvió del penal se echó de nuevo al campo con los carlistas.

Ibáñez era muy alto; por eso le llamaban el Largo, y como había nacido en Copons, pueblo que incendió el año 1839, sin duda para mostrarle su afecto, le llamaban el Llarch de Copons.

A la llegada del conde a Cataluña, los carlistas temían que el Ros de Eroles, el Pep del Oli y el Llarch de Copons, los tres castigados en 1827, como agraviados por el conde, se mostraran reacios a reunirse con él.

Dio el general orden a todas las fuerzas carlistas de acercarse a Berga para la gran revista de la fiesta del aniversario de don Carlos. El Pep del Oli se presentó con su batallón; el Ros de Eroles, también; pero el Llarch de Copons no fue.

La resistencia del cabecilla no podía ser muy agradable y tranquilizadora para el conde. El general vistió por la mañana sus fuerzas, y por la tarde, acompañado de algunos oficiales de Estado

Mayor y de algunos miñones que le servían de guía, salió de Berga. Corrieron durante nueve horas, atravesando arroyos, montes y sierras. Sólo el general y el jefe de la escolta de miñones conocían el objeto de la expedición. De los oficiales nadie se atrevía a interrogar al conde. Al salir el sol llegaron a una casa aislada; entraron, parapetaron la puerta y pasaron allí el día. El general se acostó y se levantó por la tarde a tomar un poco de alimento, después de lo cual durmió de nuevo. En cumplimiento de sus órdenes, se le despertó al ponerse el sol y volvieron todos a montar a caballo. A media noche atravesaban la cuenca de Barbará.

\* \* \*

La cuenca de Barbará está formada por llanuras limitadas por varios montes de las sierras de Rojals de Montagut, por el monte de San Miguel y el Pico de Prenafeta.

A la aproximación del día, la gente de la comitiva del conde se detuvo en lo alto de un cerro. Se apearon todos de los caballos. Reinaba un gran silencio, no se atrevía nadie ni aun a hablarse al oído. El crepúsculo comenzaba a alumbrar la extensa llanura bordeada de montes que se presentaba a lo lejos de la caravana; a sus pies se veía un pueblo del cual se elevaban espesas nubes de humo; algunas hogueras de trecho en trecho alrededor de la villa anunciaban un vivac.

Se puso entonces a hablar bajo un oficial de la escolta, y volviéndose el general, dijo con frialdad:

—Haré fusilar al primero que pronuncie una palabra.

En seguida el conde mandó sus miñones aquí y allá. De los oficiales, nadie sabía lo que se pretendía. Al fin la aurora iluminó el paisaje con sus rosadas luces y distinguieron un gran conjunto de tropas a un cuarto de hora de distancia. Se oyó un toque de diana y todo fue animándose; se escucharon órdenes dadas en alta voz; se formaron las tropas en cuadro y los compañeros del conde

quedaron sorprendidos al saber que estaban entre carlistas que celebraban una gran parada.

El conde no dejó a nadie tiempo para reflexionar, ¡Adelante!, dijo, y se lanzó a galope tendido por la vertiente de la montaña; le siguió la escolta de miñones y después la oficialidad y penetraron todos en medio del cuadro.

Allí descendió España del caballo, se aproximó a un hombre de gigantesca talla, apoyado sobre su sable y rodeado de unos sesenta oficiales; le abrazó, y volviéndose a su escolta y a la oficialidad suya, dijo con voz tonante:

—Ved aquí al orgullo de Cataluña, al mejor servidor del rey y mi mejor amigo. ¡Honor y gloria a don Manuel Ibáñez y a la división de Tarragona! Y tú, hijo mío —y se dirigió al Llarch de Copons—; yo te nombro brigadier en nombre del rey, y a vosotros, soldados, os concedo la gratificación de un día de paga, porque vosotros servís a Carlos Quinto y no a Carlos con los cinco dedos.

Y el conde hizo el gesto de arramblar algo con la mano.

Este juego de palabras encantó a las tropas del Llarch, que comenzaron a gritar entusiasmadas: «¡Viva el general! ¡Viva el conde de España!» El Llarch lloraba enternecido.

Después de aquella ceremonia, el conde revistó las tropas, y el Llarch se hizo amigo suyo íntimo y entre los dos había siempre muchas bromas.

## XI

### LA CUEVA DE PAU MAÑÉ

Respecto a lo dicho por el conde de España de que las tropas del Llarch de Copons defendían a Carlos V y no a Carlos con los cinco dedos, era pura fantasía. El Llarch de Copons y sus tropas se distinguieron, como la mayoría de las partidas carlistas catalanas, por sus robos y sus violencias; pero a más de los latrocinios corrientes, las tropas del Llarch explotaron durante largo tiempo un procedimiento que denunció Urbiztondo. El procedimiento se conocía con el nombre de la Cueva de Pau Mañé.

Urbiztondo era un tipo diferente al conde: entusiasta, decidido, valiente, irritable, hombre de energía y talento, pero sin la tenacidad y el sentimiento de mando de España.

El Llarch de Copons, el Pep de Oli y el Muchacho no le obedecían. Urbiztondo condenó una vez a unos ladrones y el Llarch de Copons los indultó.

Urbiztondo fue quien desenmascaró a Pau Mañé, lugarteniente del Llarch de Copons.

Urbiztondo sabía que el Llarch de Copons se las manejaba para vivir independientemente sin obedecer a nadie. Urbiztondo quiso averiguar el sistema empleado para esto, y lo averiguó.

Un lugarteniente del Llarch le resolvía la cuestión económica. El tal lugarteniente se llamaba Pau Mañé (Pablo Mañé), y tenía el empleo de comandante de batallón.

Era hombre de burdo traje, toscos modales y mirada baja y siniestra, a quien el Llarch y sus subalternos respetaban y encomiaban porque de sus manos recibían raciones y socorros. Pau Mañé era intendente; él sacaba el dinero, hacía los repartos y llevaba la contabilidad de la división con catorce mozos de su confianza.

Pau Mañé tenía para sus usos una cueva de más de veinte varas de profundidad. Para bajar a ella era preciso descender atado con una cuerda, que iban soltando los mozos. Esta cueva, cuyo secreto poseían pocos de los amigos de Pau, recibía el nombre de cárcel de Carlos V. Cuantas personas pudientes de ideas liberales aprehendían los batallones del Llarch y cuantas podían coger los mozos descuidadas, siempre en acecho de los pueblos liberales, iban a parar a ella y sufrían un trato más duro cuanto más tardasen en presentar la cantidad exigida por Mañé para su rescate.

Mañé deducía la cuota de una rápida ojeada al rostro, al traje y al porte del prisionero. El mínimo estaba señalado en dieciséis onzas de oro. Si no pagaba, el preso vivía a pan y agua, durmiendo sobre el suelo húmedo y recibía tandas de palos.

Pau contaba que una vez al bajar a uno se quebró la cuerda, estrellándose el infeliz contra el suelo, y que el cadáver, destrozado y no recogido, servía para aterrar a los demás y hacerles soltar más pronto los cuartos.

Urbiztondo reprochó estos procedimientos al Llarch de Copons y se hicieron los dos jefes enemigos irreconciliables.

## XII

### LOS CAPRICHOS DEL CONDE

A los pocos meses de ocupar el conde el mando se supo en Berga que las relaciones entre el general y la Junta comenzaban a enfriarse. La Junta sospechaba que el general no era completamente adicto a sus ideas de teocracia. El conde, para separarse y no tropezar constantemente con la Junta, se estableció con su cuartel general en Caserras, desde donde trató de dar un giro nuevo a los asuntos carlistas y de no oír otra Voz que la de su propio juicio e interés.

El conde de España no comprendía bien la diferencia de mandar en Barcelona en paz, siendo capitán general del Gobierno, y mandar en Berga, de jefe carlista, a un ejército dividido e indisciplinado.

Comenzada la escisión entre la Junta y el general, ésta fue aumentando poco a poco. La Junta contaba con una turba de servidores, formada por antiguos agraviados y por gente de sacristía, que todos los días inventaba historias, abultaba denuncias e iba agrandando la hostilidad latente entre los junteros y los militares.

El conde notaba la hostilidad de la Junta, dueña de Berga, y comenzó a sentir por ella y por el pueblo un gran odio; lo consideraba como un foco de corrupción y de inmoralidad; diputaba los peores de todos a los curas, pues éstos, según él, no sólo tenían barraganas, sino que explotaban la Iglesia y perdían con sus vicios la religión.

\* \* \*

Su hostilidad por los clérigos se manifestó en el caso del cura párroco de Balsareny, pobre viejo a quien detuvieron en un entierro que se celebraba en Mujal.

Se encontraba allí un oficial carlista, y al saber que estaba en el entierro el cura de Balsareny, pueblo ocupado por los cristinos, se le antojó llevárselo y presentarlo al conde de España. Este le aturdió a gritos, como solía aturdir a todos los infelices, y hablándole en mal latín, le convidó a comer, lo que rehusó el cura por terror.

El conde conoció la sencillez del cura y la brutalidad que habían cometido al prenderle y asustarle; pero como ya lo tenía en su poder, quiso sacar partido, aunque fuera con un acto de injusticia y de crueldad. Consultó el conde con el jefe de la Junta de Berga y éste le aconsejó que podía exigirle una pequeña cantidad de dinero por Vía de subsidio.

El conde de España intimó al cura a que pagara unas onzas, y después mandó publicar en «El Restaurador Catalán», periódico carlista de Berga, que dicho párroco se había presentado Voluntariamente a satisfacer el subsidio carlista en Caserras y entregado un donativo de cuarenta camisas y morrales para los Voluntarios del rey nuestro señor.

Con la publicación de la noticia colocaba al pobre cura en la imposibilidad de volver a su pueblo, porque le hubieran prendido los liberales.



### XIII

#### ANÉCDOTAS

Un sin fin de anécdotas ciertas o inventadas se contaban de la época fernandina del conde de España, época en la cual, según la voz popular, se mostró tan cruel con los absolutistas y con los liberales.

Se decía que con el Pep del Oli y con otros cabecillas, cuando los sucesos de los agraviados, hizo una verdadera judiada. Sabiendo que estaban indultados, los llevó a la capilla con los demás condenados a muerte, los sacó al cuadro y los puso de rodillas en los grupos con los otros.

Fueron los pelotones de soldados y unos dispararon con bala y otros sin ella. Los que quedaron vivos, atónitos de seguir viviendo, se miraban los unos a los otros, asombrados, y entonces el conde les leyó el decreto de indulto. Era cosa para no olvidarla nunca, y el Pep del Oli no la olvidó.

Parece que el conde hizo varias ejecuciones simuladas para martirizar a los que no quería matar.

Se recordaba también que a un gobernador de Montjuich le obligó a arrodillarse tres veces en sitio distinto antes de fusilarlo.

\* \* \*

A un soldado ladrón mandó darle una carrera de baquetas. El soldado se desmayó. Lo mandó sangrar para que volviese en sí y, cuando reaccionó, le hizo fusilar.

Al lado de estas canalladas hizo algunas cosas buenas. Parece que en Vich, cuando los agraviados le llevaron un saco de papeles con denuncias y procesos, el conde lo cogió y lo mandó quemar.

\* \* \*

Se contaban de él muchos rasgos de humorismo: el tener a su hija en el balcón de centinela con una escoba cuando no hacía bien sus quehaceres; el mandar despertar a su hijo, porque no madrugaba, metiéndole en la alcoba una banda de tambores.

\* \* \*

Decían que una vez, su mujer, doña Dionisia Rossiñol, sospechó que el conde tenía una cita con una señora en la Ciudadela y fue al castillo. El conde había dado la consigna de que desde las seis de la tarde no saliera nadie de allí, y al querer salir la condesa, se le negó el paso y tuvo que pasar la noche en la fortaleza.

\* \* \*

Se decía que cuando se proyectó el derribo de una calle de Barcelona, el conde dijo a los vecinos que desocuparan las casas inmediatamente, y como no lo hicieron, se presentó en la calle con dos cañones para echarlas abajo a cañonazos.

\* \* \*

También se recordaba su entrada en Vich con la música de su tropa, que iba tocando «Las habas verdes» para burlarse del pueblo. Aquel tipo bárbaro, sanguinario y humorista producía en la población catalana, en su mayoría gente un poco seca, pero de buen sentido, una estupefacción que los dejaba atónitos. Una vez se decía que hacía bailar a su caballo; otras, que hacía peinar a las mujeres desgreñadas que encontraba en la calle, o que mandaba pegarles el pelo con pez en la espalda. Al conde de España, como a Fernando VII, le gustaba la chacota. En Vich recordaban que una vez había subido su caballo hasta la alcoba de un tercer piso y que le daba de comer la cebada encima de la cómoda de su gabinete.

## XIV

### MÁS ANÉCDOTAS DE BERGA

El conde tenía la manía incendiaria, la manía de la destrucción, el sadismo, la misoginia y una teatralidad macabra.

Era, a pesar de todo ello, un gran organizador y un militar muy experto. En tiempo de la guerra carlista se manifestó rusófilo, como entusiasta del despotismo. A los de Caballería les llamó Cosacos. Había Cosacos del Ebro, Cosacos del Segre, Cosacos del Llobregat y Cosacos del Ter. A la gente le parecía un poco cómica tanta cosaquería. Los caballos de estos Cosacos eran pequeños, y los hombres mal vestidos. Muchos se reían a escondidas.

—Por poco tenemos en Berga Cosacos de la Riega del Metge —decían algunos con soma.

Los Cosacos no tenían más que un objeto decorativo, porque el país, montañoso y pedregoso, no permitía maniobras de a caballo, ni aun de caballería ligera.

El conde de España hacía levás, sacaba a los mozos de sus casas y no aceptaba recomendaciones.

\* \* \*

La guerra que contra las arañas hizo el conde en Berga se comentaba, se exageraba y se caricaturizaba.

—No se pueden permitir telas de araña. Es una prueba de suciedad y de abandono —decía.

Se decía que a las seis de la mañana los presidiarios de Berga, con escobas, arrastrando grillos y cadenas, marchaban a barrer el pueblo, con el conde a la cabeza vestido de gran uniforme. Entraban en los portales. Si veían telarañas, la mujer de la casa tenía que dar una peseta por cada una.

A veces se encontraba al conde, con su bastón de mando en la mano, persiguiendo a un alguacilillo que se le escapaba por una rendija.

Pasado algún tiempo, se cansó de la guerra contra las arañas.

\* \* \*

El conde hubiera querido encerrar a todo el mundo. Puso una cárcel en Caserras, a la que llamó la Alhambra. Otra cárcel nueva en la casa de Viladomat, en Berga. Una prisión para mujeres, también en Berga, que llamó la Galera, y otra cárcel en el Fuerte de Hort.

En la Alhambra hubo siempre muchos curas; unos porque no obedecían; otros porque no pagaban lo que se les exigía; algunos porque se decía que no llevaban una conducta pura.

Al parecer, la vida que se hacía dentro de aquellas cárceles era horrible. No se tenía la menor consideración con los presos, se les trataba a la baqueta y vivían entre la miseria, la suciedad y el hambre.

Hugo pretendió visitar estas cárceles, pero no encontró a nadie que quisiera acompañarle. El propósito sólo, era para que se enterase el conde de España y mandase al visitador a hacer compañía a los presos.

\* \* \*

Las bromas del conde las hacía siempre muy en serio.

Se contaba que algunos de la Junta echaron baladronadas contra el conde, entre ellos el vicepresidente, Orteu. El conde llamó a Mariano de Orteu, sobrino de don Jacinto, vocal de la Junta, y le dijo:

—Es menester que se encargue usted de una comisión importante. Antes de llegar a Aviá y en frente de la iglesia, en un camino, hay una pequeña oquedad y dentro una piedra muy grande. Debajo de la piedra hay una mecha. Vaya usted allá, vea usted si la mecha está en su lugar, pero no le diga usted a nadie nada, porque le va en ello la vida.

Orteu fue a Aviá y contó a su tío en secreto lo que le había dicho el conde. El tío se lo advirtió a los demás vocales de la Junta y éstos a sus amigos. Como al conde se le creía capaz de todo, no extrañó el caso. Corrió la noticia por el pueblo, la gente fue escapándose a los alrededores y los más valientes, en unión de Mariano de Orteu, marcharon a buscar la piedra, la oquedad del camino y la mecha; pero no había tal oquedad, ni tal piedra, ni tal mecha. El conde, que tenía espías, se enteró de lo ocurrido, y cuando Volvió Mariano de Orteu se burló de él y dijo que debía mandarle arrestado, pero que no lo hacía porque sentía cierta debilidad por los jóvenes, aunque no cumplieran bien sus órdenes.

\* \* \*

Al propietario de Casa-Vilata de Marles, solterón muy rico, el conde le mandó venir a su presencia y le dijo que debía ser útil a la sociedad y casarse. El solterón se resistió, y el conde, para castigar su resistencia, le envió una compañía de soldados a que la alojase y mantuviese. Poco después se le hizo una nueva intimidación matrimonial, y habiendo resistido de nuevo, el conde le envió otra compañía de alojados. Yendo en aumento cada día el número de soldados, el solterón optó por casarse y el conde asistió a su boda. Según se dijo, el célibe eligió una buena mujer y estaba contento de haberse casado.

Aquí hay que decir con los italianos: «Si non e vero... »

\* \* \*

Un día el conde leyó en «El Eco del Comercio» que este periódico llamaba tigre al cabecilla carlista Palillos.

—Esto es una usurpación —dijo sonriendo—. El verdadero tigre soy yo.

\* \* \*

En Berga, cada día que pasaba la gente tenía más miedo al conde.

—¡Que viene el conde de España! —se decía, y todo el mundo echaba a correr y se metía donde podía. El conde era el coco del pueblo.

## CUARTA PARTE

### EL CONDE DE CERCA

#### I

#### LA VISITA DE HUGO

Un día después de la Semana Santa se presentó Luis Adell en casa de Mestres a Ver a Hugo.

—Por ahora tenemos poco que hacer en el cuartel general de Caserras —le dijo—; así que un domingo Vendré a buscarle a usted para presentarle al conde de España.

—Muy bien.

Adell era un joven de familia pudiente; había Vivido en Francia y tenía aficiones literarias. Leía las novelas de la época.

Su plan en el Ejército carlista consistía principalmente en hacer carrera; no tenía una idea muy clara de lo justo y de lo injusto, ni de lo moral e inmoral; la cuestión para él era ascender, prosperar, llegar a algo. Esto le pareció a Hugo al oírle.

Al referir el inglés en casa de Mestres lo que le había dicho Adell, todos le quisieron convencer de que no fuera a Caserras, pues creían al conde capaz de cualquier barbaridad.

Hugo replicó:

—¿Qué interés va a tener en hacerme a mí mal? Además, el conde no querrá hacer daño a un inglés.

Esto de ser inglés le parecía a Hugo como un salvoconducto natural y lógico, que nadie había de vulnerar por capricho.

Al domingo siguiente se presentó Adell a caballo en compañía de un sargento, el Noy de Serchs, también montado, y que llevaba otro caballo de la brida.

El Noy de Serchs era un hombretón alegre y sonriente, de un pueblo cerca de Ripoll.

Bajó Hugo, montó a caballo y se dirigieron hacia Caserras por un camino de herradura que cruzaba algunos regatos. A lo lejos se divisaban los montes nevados de la sierra del Cadí. Caserras es un pueblo pequeño, con una iglesia moderna de piedra, con su torre cuadrada. Hay cerca del caserío, unas eras y unos callejones estrechos; las casas están edificadas sobre rocas; por en medio de las calles pasa el arroyo de las inmundicias.

—¿Aquí viven ustedes? —preguntó Hugo.

—Sí.

—Esto es una aldea pobre.

—Sí. Una aldea miserable. Está construida sobre bancales de piedra; por eso dice la gente en catalán: «A Caserras nos'hi va per mar ni per terra».

—¿Quiere decir que se va por piedras?

—Eso es. Hay algunas casas Viejas curiosas; ya verá usted.

Pasaron por delante de una capilla antigua, y dentro del pueblo contempló Hugo una casa con un ajimez románico.

Al llegar a una gran era vieron toda la tropa reunida. Adell y Hugo bajaron de los caballos. Se

celebraba la misa de campaña. Se había transformado en altar el balcón de una casa aislada. Delante del altar improvisado, apoyado en una silla y arrodillado, estaba el conde de España. Rezaba con fervor, agitaba la cabeza descubierta, de pelo blanco, y a veces la ponía entre las manos y quedaba así, como aniquilado.

Hugo miraba la escena con curiosidad.

—Arrodílese usted o márchese usted —le dijo Adell—, porque van a alzar.

Hugo optó por marcharse. Desde una esquina oyó una campanilla chillona; después toda la tropa puso rodilla en tierra y la música comenzó a tocar la «Marcha Real».

—Es imponente —se dijo Hugo a sí mismo—. Se ve que hay fanatismo aún.

Al terminar la misa se le acercó Adell.

—¿Usted será protestante? —le preguntó.

—Sí.

Después de la misa vino el desfile de las fuerzas delante del conde de España. Comenzaron a sonar los tambores y la música. El conde, rodeado de sus ayudantes, de gran uniforme, llevaba el compás con el bastón, alababa o criticaba la actitud de algunos oficiales y compañías y saludaba con el tricornio cuando pasaba algún soldado u oficial con la cruz laureada de San Fernando.

Era una escena viva del antiguo régimen.

## II

### LA COMIDA

Después se preparó en las mismas eras la comida de los soldados. El conde probó el rancho, acarició a algunos quintos jóvenes, dándoles palmadas en la cara o en la espalda, y echó sobre una escudilla unas monedas de oro de regalo. Saludó a los soldados, deseándoles buen provecho, se unió a los ayudantes y volvió a su alojamiento, la casa principal de Caserras.

Hugo estuvo contemplando un grupo de soldados que antes de encentar el pan le hacían en la corteza una cruz con el cuchillo. Hugo pensó que la mentalidad de estos hombres no se diferenciaría mucho de la de los soldados de la Edad Media.

En el zaguán de la casa el conde sermoneó a los jefes y oficiales con una voz áspera y seca. No permitiría que ningún oficial anduviera por el campo o por los pueblos vestido de paisano. No debían asistir a ningún café ni taberna, ni tener conversaciones inútiles, ni permitir que se jugase a las cartas, mucho menos a dinero, ni acompañar a las mujeres.

Después de este réspice, el conde dijo:

—Bueno, vamos a almorzar.

Entonces Adell, acercándose al conde, le presentó a Hugo. El viejo general lo acogió sonriente. Le dijo en mal inglés que guardaba un recuerdo muy amable de los ingleses que lucharon con él en la guerra de la Independencia.

—¿Y usted habrá venido aquí por curiosidad, por ver cosas, para completar su educación? —preguntó el conde con voz insinuante y burlona.

—Sí, mi general.

—Estos ingleses son terribles —dijo el conde a sus ayudantes, riendo—. ¿Dónde no se meterán? Bueno; vamos a comer.

El conde se sentó a la mesa y fue señalando a cada uno su sitio. Cerca de él se colocó Hugo; luego, el Llarch de Copons, el coronel Camps, Pérez Dávila, el intendente Canina y otros.

El capellán Peña rezó el «Benedicite».

\* \* \*

Estaba prohibido hablar en la mesa de las operaciones del día o de la política. Uno de los ayudantes trinchaba y el general le miraba hacer como si se tratase de algo trascendental y le criticaba severamente si no lo hacía bien.

Le gustaba al conde la comida a la inglesa, carnes sangrientas apenas asadas, y después pasteles hechos con frutas.

No quería discusiones en la comida. Si alguien iniciaba una conversación demasiado seria, hacía muecas de disgusto con los labios.

—Cada cosa a su tiempo. Con el hablar y el alboroto no se sabe lo que se come. Respecto a la tranquilidad durante la comida, mi teoría está encerrada en estos versos:

Comamos y bebamos  
y pongámonos gordos.  
Y si nos preguntan,

nos haremos los sordos.

\* \* \*

El conde tenía entonces una gordura fofa y monstruosa, la nariz corva, los ojos garzos, las cejas abultadas y enarcadas, la mandíbula grande, el labio inferior saliente e imperioso, la frente estrecha, el aire encrespado y enfurecido, el pelo blanco; usaba patillas y bigote.

Se veía que era un hombre de una irritabilidad enfermiza extraordinaria; sujeto a cóleras violentísimas, con un fanatismo dogmático grande, que podía hacerle en un momento desalmado y cruel.

\* \* \*

Hugo conoció a Ibáñez, el Llarch de Copons, hombre gigantesco, y a sus dos ayudantes, tan altos como él; a Bartolomé Porredón, el Ros de Eroles, pequeño, rechoncho y rojo, de unos cuarenta y cinco años, que iba acompañado por sus tres hijos, igualmente rechonchos y rojos como él, y a José y a Miguel Borges, el primero un hombre pensativo y de aire exaltado.

El Llarch de Copons vestía barretina con larga borla, zamarra y un pantalón guarnecido de cuero. Durante la parada Hugo le vio que llevaba una carabina colgada de la silla, y al lado un sable descomunal.

\* \* \*

El Ros de Eroles, Bartolomé Porredón, fue enviado a Ceuta en 1827 por el conde de España.

El Ros de Eroles nació en una casa de campo llamada de Eroles, perteneciente a la parroquia de Castell-Llebre. Se casó con la sobrina de un cura de Oliana. Durante la paz trabajaba como arriero.

Porredón, el Ros de Eroles, era hombre rudo, valiente y poco partidario de las medidas sanguinarias. Fue amigo de Urbiztondo y enemigo del conde de España. Recordaba que en 1827 le enviaron a presidio el conde de España y sus amigos por ser absolutista.

\* \* \*

El conde solía reunir a sus alrededores Varias personas un poco bufonescas. Una de ellas era el comandante Camps, tipo exagerado, mentiroso, que hacía gracia en su papel de Matamoros.

Otro tipo pintoresco: el intendente Canina; se distinguía por sus dichos cínicos, condición que armonizaba con su apellido.

El conde bufoneaba también con el Llarch de Copons.

El conde le indicó a Hugo que comiera un trozo de carne y bebiera de un porrón. El conde ponía una colección de porrones de distintos tamaños, con vinos diferentes, delante de su sitio en la mesa, y los ofrecía a sus convidados.

Al conde le molestaba que no aceptaran sus obsequios. Si alguno no aceptaba le decía:

—No beba usted si no quiere, amigo. Nadie le obliga.

\* \* \*

Hugo hizo excelente impresión en el conde de España.

El aire de joven de buena sociedad, respetuoso con un señor anciano y de posición social, le agradó al viejo general. También le gustó que Hugo supiera hablar el castellano. Le dijo repetidas veces que, de no hablar castellano, él no le hubiese recibido, porque no sabía el inglés bien y no le gustaba hablar francés. Seguía teniendo por los franceses una antipatía profunda. El conde de



España contó burlonamente la época en que estuvo preso en Lila durante cerca de dos años, y agregó que de tanto fingirse loco pensó muchas veces que lo estaba.

Añadió que le sostenía la fe y la idea de que la vida es un deber.

\* \* \*

El no había sido nunca como algunos hombres que piensan, sobre todo cuando son jóvenes, que la vida no tiene más objeto que el placer.

—Los jóvenes ya sabemos cómo discurren —dijo—. Están inclinados a pensar que hay que vivir y amar, y que las palabras de los viejos no valen un ochavo:

Vivamus, mea Lesbia, atque amemus  
rumoresque senum severiorum,  
omnes unius aestimemus assis.

—¿Sabes de quién son esos versos? —preguntó el general a Hugo.

—Creo que de Cátulo —respondió Hugo.

El conde hizo un gesto de falsa modestia como diciendo: Me han descubierto.

—Amigo —añadió—. Estos jóvenes ingleses saben mucho. Yo no puedo competir con ellos.

El haber lucido su latín puso al conde en un momento de buen humor.

\* \* \*

El conde, para elogiar la apatía de los ingleses, contó una anécdota que se ha atribuido a muchos.

Según él, a un coronel inglés del ejército de Wellington le cortaron una pierna después de la batalla de Arapiles. Su ordenanza se lamentaba de la desgracia, y el coronel, indiferente, le dijo:

—Pse. ¿Qué se va a hacer? Ahora al menos no tendrás que dar lustre más que a una bota.

Habló después el conde del jefe carlista Aymerich, a quien Hugo conocía, y que tenía una gran cruz. El general contó que al recibirla Aymerich se había arrodillado delante de un Cristo en la cruz y que había dicho:

—Ni Vuestra Divina Majestad ni yo la merecíamos, Señor.

La cruz no se la merecía —dijo el intendente Canina—, ni la mujer tampoco.

La anécdota produjo grandes risas.

Esto le puso al conde en un momento de alegría y tuvo una porción de frases felices y pintorescas que hicieron reír a carcajadas a sus ayudantes y a Hugo.

El conde de España tomaba de cuando en cuando un aire burlón y satírico.

Cuando callaba el conde y oía, miraba de través, sin volver la cabeza, con una expresión marcada de astucia y de malicia.

—Es un francés —pensó Hugo.

Después de comer, el conde se levantó y se levantaron todos.

—Yo, como soy viejo, tengo que echar la siesta —dijo a Hugo—. No se vaya usted todavía.

### III

#### EL CORONEL CAMPS

El Llarch de Copons se levantó con sus ayudantes, hizo lo mismo el Ros de Eroles y quedaron sentados, bebiendo y fumando, algunos oficiales que querían oír al coronel Camps.

El jefe de la caballería, el coronel Camps, era muy adicto al conde. Se le tenía por un tipo extravagante y raro. Camps llevaba un sable formado por dos hojas soldadas, porque, según aseguraba, una sola era muy poca para su poderoso brazo.

—Una vez pasé tanto tiempo dando sablazos a diestro y siniestro —dijo— que luego tuve que meter la mano en agua caliente para separar los dedos de la empuñadura del sable.

El coronel Camps aseguraba que su sable era la mejor llave del otro mundo.

Refirió anécdotas infinitas sobre la guerra, todas a cual más inverosímiles.

—Una vez, contó Camps, en que más me expuse al fuego enemigo, llevaba una capa flotante que fue agujereada por las balas. Cuando me la quité, Vi con sorpresa que los agujeros de las balas dibujaban en el paño mi apellido: Camps.

El coronel Camps parecía heredero de todos los Matamoros de las viejas comedias españolas y lejanamente de Pyrgopolinices, el héroe del Soldado Fanfarrón de Plauto. A éste, cuando el parásito le adula, diciéndole que sabe que una vez rompió de un puñetazo la pata delantera de un elefante, contesta:

—Fue la pata trasera y no empleé toda mi fuerza.

Nuestro Pyrgopolinices no se distinguía del antiguo más que en que hablaba con discreción de las mujeres, pues el conde de España no le hubiera permitido alardes de cinismo delante de él.

El coronel Camps era pequeño, rojo, abultado, encorsetado, con los ojos negros vivos, patillas en forma de hacha y bigote retorcido en el labio superior, abultado, signo, según Lavater, de los fanfarrones. El coronel se mostraba muy exagerado en sus gestos y ademanes. Se había acostumbrado a subrayar todas sus frases con gestos tan expresivos, que no podía hablar sencillamente. Contaba anécdotas con una exageración que iba aumentando por días.

—Usted, mi coronel, ¿ha peleado alguna vez con rusos? —le preguntó un oficial joven para oírle.

—No.

—Pero en seguida reaccionó y dijo:

—Con rusos precisamente no, pero el año 23 luché con un cuerpo liberal formado por polacos, italianos, tártaros... y algunos chinos.

—¡Chinos! Aquí no ha habido nunca chinos —replicó un oficial.

—¿Cómo que no? —exclamó Camps—. Yo he tenido en mi casa durante tres meses un comandante chino, a quien hice prisionero.

—¿Y qué le pasó?

—Nada, lo convertí al catolicismo y marchó después de misionero a... Jamaica.

Para remachar sus mentiras, el coronel Camps ponía de testigos a sus subordinados, que, naturalmente, no se atrevían a negar lo que decía.

Una vez —contó sonriendo— que yo, por equivocación, me metí en una logia masónica en París...

—Caramba, ¡qué extraño! —dijeron algunos.

—Sí, solía tener yo una tertulia en un café de París a donde solían ir Luis Felipe, Thiers, el príncipe Talleyrand, el banquero Rotschild, el músico Rossini y la bailarina Taglioni; estaban precisamente discutiendo con el general Mina sobre la Constitución de Cádiz, cuando me pasó la cosa más inaudita que le puede ocurrir a un hombre.

—¿Ha conocido usted a Luis Felipe? —le preguntó Hugo.

—¡Uf! Me llamaba muchas veces a palacio cuando tenía dolores reumáticos.

—¿Y para qué?

—Yo le ponía el plan de lo que tenía que tomar cada semana. Gracias a eso iba muy bien. Pues esta vez había comido con Rossini y le había enseñado a guisar los macarrones de una manera que él no sabía.

El coronel Camps siguió enzarzando mentira sobre mentira. El había conocido a todos los grandes hombres de la época: a Walter Scott le había dado una porción de argumentos de novela; a Chateaubriand le aconsejó cómo tenía que cuidar su prosa, y también dio consejos a Víctor Hugo, a Dumas y a otros autores de fama.

El coronel Camps muchas veces se enfurecía y gruñía si no se tomaban como artículos de fe sus mentiras.

—¿Es que no se cree lo que yo digo? —exclamaba—. Aquí sin duda se quiere pensar que yo cuento mentiras. ¡Tiene gracia! Estoy oyendo bolas todos los días y no protesto, y cuando cuento cosas que son más ciertas que la Biblia, la gente no las quiere creer. A mí me es igual. Peor para ellos.

Otras veces no protestaba, sino sonreía como diciendo:

«Ustedes han comprendido muy bien que esto es una bola, pero ¿qué importa?, la cuestión es divertirse.»

#### IV

### CHARLA AL LADO DEL FUEGO

Siguieron los ayudantes bebiendo y fumando, y al poco rato Adell le dijo a Hugo que le llamaba el general.

Se hallaba sentado en la cocina, en un sillón de paja, delante del fuego; le señaló a Hugo otro sillón y se pusieron a hablar.

Primero el conde preguntó a Hugo si no había tenido miedo al ir a verle a él. Hugo dijo que sí, pero que tuvo más curiosidad.

—Realmente, visitarme a mí no debe de ser tranquilizador. Yo soy el tigre de Cataluña, el monstruo.

—Yo no me fío mucho de las famas. Si puedo, me gusta formarme una opinión con mis observaciones.

—Está bien.

Después el conde preguntó al joven inglés qué se decía en Inglaterra de la guerra carlista.

Hugo no sabía mucho de esta cuestión y contó lo que se decía corrientemente de las opiniones sobre España de lord Wellington, de sir Roberto Peel y de lord Palmerston.

El conde escuchó atentamente. Después fue el conde el que habló; no esperaba ya el éxito. Se había perdido el tiempo y la ocasión. Para él lo principal eran los reyes, los príncipes y los grandes señores.

Dijo que prefería mandar tropas mezcladas que no sólo de una región. Las tropas regionales servían para los guerrilleros, pero para un ejército organizado era mejor una tropa nacional, en donde hubiese soldados de diferentes regiones. Con la mezcla se formaban diversas especialidades. Con las tropas regionales, en cambio, se limitaba el campo de acción y había cosas que no se podían intentar.

—El español tiene un individualismo de salvaje —añadió— que hay que domar a garrotazos.

Hugo le interrogó sobre hechos pasados. Le preguntó a quién consideraba de más altura, si a Zumalacárregui o a Cabrera. El conde de España reconocía los grandes merecimientos de Zumalacárregui, pero su simpatía iba por Cabrera.

—Zumalacárregui era indudablemente hombre de gran mérito —añadió—, pero de sangre fría, calculador, estratégico, un poco como los paisanos de usted. Cabrera, no; Cabrera es de aquí, efusivo, teatral, de sangre caliente.

El conde de España hizo un elogio exagerado de Cabrera y contó una porción de anécdotas de él.

El conde pensaba que de ser él en otra época ministro de la Guerra, hubiese tenido como jefe de Estado Mayor a Zumalacárregui y como mariscal de campo a Cabrera, combinando las facultades de uno y otro de un modo completo. A los dos caudillos les faltaba, según el conde, el abolengo, el rango, el pertenecer a una familia ilustre, cosa para él muy importante.

Luego, Hugo y él tuvieron esa conversación clásica sobre los antiguos capitanes: Alejandro, Aníbal, César y Napoleón.

—Napoleón y yo éramos tenientes por el mismo tiempo —dijo varias veces el general con delectación.

\* \* \*

El conde sentía gran admiración por los generales Blucher y por el ruso Suvarow. Tenía en inglés la vida de este general y la leía con frecuencia.

Contó cómo Suvarow dijo a sus soldados en Suiza, cuando no le querían seguir por un desfiladero cuyas alturas estaban dominadas por los franceses:

—Puesto que no queréis seguirme, ya no soy vuestro general. Me quedo aquí. Esta fosa será mi tumba. ¡Soldados, cubrir de tierra el cuerpo del que os condujo tantas veces a la victoria!

Estos rasgos entusiasmaban a España.

El conde hablaba de una manera sentenciosa, por apotegmas. Así dijo: un ateo puede ser un sabio, pero no un buen militar; la Constitución es una teoría, no es una práctica.

Se veía que el conde estaba con ganas de charlar. En esto se presentó Adell.

—¿Qué pasa? —preguntó el conde de España con aire fosco.

—Están arriba el señor Labadero y el señor Torrabadella, con unos payeses.

—Vienen a reclamar por si doy fuego a alguna casa —exclamó—; por mi gusto le pegaría fuego a todos estos pueblos.

—General —dijo Hugo.

—Adiós, querido —exclamó el conde poniendo la mano en el hombro al inglés—, y ven alguna que otra vez por aquí. Hablaremos.

Hugo estrechó la mano del general, que ya estaba de nuevo fosco y engallado, y le avisó a Adell que se marchaba.

—¿Sabrá usted el camino?

—Sí.

—Entonces tome usted el mismo caballo y lo deja en la fonda de Carlos V. Yo ahora no me puedo mover de aquí. Mientras marchaba a caballo camino de Berga, Hugo pensó en el tipo extraordinario del conde y en lo que le había dicho. Por contraste recordó a Aviraneta.

## V

### CONTRASTES

De conocerse Aviraneta y el conde de España, ¡qué odio se hubiera desarrollado entre ellos! Hugo pensó que el general era un bárbaro, un salvaje y que, sin embargo, tenía cosas de gracia y momentos de simpatía.

El conde consideraba que sólo los reyes y los grandes señores contaban en el mundo; Aviraneta creía lo contrario: que lo único que valía por su genialidad era el pueblo. Para el conde, demostrar la antigüedad de la familia y su rango tenía una capital importancia. Aviraneta era de los que decían:

—Nosotros, los Vascos, no datamos.

Para el conde, los guerrilleros no pasaban de ser gente frenética, malvada, indisciplinada; a Aviraneta le parecía lo único Valioso en España en tiempo de guerra.

El conde pretendía imponer una disciplina de sugestionador. El no quería convencer, ni mandar; quería arrebatar, pasmar, dominar a la gente. No otro es el procedimiento de algunos directores de conciencia.

También él quería que sus gentes fueran «perinde ac cadaver».

Aviraneta, por su parte, era también un sugestionador, un inventor de fábulas; hombre que forjaba una creación artística y lanzaba al enemigo para que la devorase.

Otras semejanzas se hubiesen podido encontrar entre los dos. Así como Aviraneta se recreaba recordando que le llamaban infame revolucionario, anarquista y espía, el conde de España encontraba divertido que lo llamaran el tigre de Cataluña.

## VI

### HIPÓTESIS ÉTNICA

El conde de España no era un español, quizá tampoco un verdadero francés, sino un visigodo, un germano, mezclado de berberisco y de sarraceno. Tenía más condiciones de un alemán que de un latino. Su tierra de Ariège, donde él nació, tierra de pequeños labradores rutinarios y conservadores, no daba su tipo. El quería ser el «cómite», el jefe. Presentaba los caracteres señalados por los Tácitos y Pomponio Mela a los germanos.

El amor a la fuerza, la fidelidad al rey, la mezcla de idealismo y realismo muy germánica; el amor a la disciplina, la reglamentación. Para el conde no había más que esclavos y amos. El rango constituía uno de los fundamentos sociales. El soldado era un esclavo; pero que fuese un buen esclavo y se convertiría en oficial; es decir, en amo. El orgullo, el espíritu de casta, la Vanidad, el espíritu de destrucción y de crueldad, el fraude y el furor teutónico, todo ello se encontraba en el conde. Había también el odio, la antipatía por lo moderno, con cierta genialidad pintoresca y cierto amor por lo Viejo. La crueldad latina es una crueldad doctrinaria, superlógica, pedantesca —pensó Hugo—; la crueldad germánica es una crueldad de pura barbarie humana, más espontánea, más genial.

Los Torquemada, los Calvino, los Felipe II, los Robespierre son doctrinarios, dogmáticos; al mismo Tiberio se le puede considerar como un pedante. La crueldad latina parece de fanáticos; la crueldad germánica es más bien de energúmenos.

Con aquella mezcla de cosas buenas y malas había en el conde un ímpetu grande a pesar de su edad. Se veía que, con sus sesenta y cuatro o sesenta y cinco años, estaba fuerte y lleno de energía.

\* \* \*

Uno de los tópicos frecuentes en la conversación del conde era el rango.

La palabra rango es de origen germánico —pensó Hugo—; el español la ha tomado del francés. Es un concepto de país feudal, de países de príncipes y de esclavos; el rango, indudablemente, no es la alcurnia, ni la estirpe, ni la jerarquía, ni la preeminencia, ni la excelencia; es mucho de esto, pero en la acción y en el éxito del momento.

El rango y la categoría constituían para el conde de España los mejores puntales del ejército y de la sociedad.

Cuando Hugo llegó a casa vio que Susana estaba muy inquieta. En los demás y en el señor Mestres produjo una gran sorpresa su conversación con el conde de España.

## VII

### LA OPINIÓN DEL BOTICARIO

Al día siguiente Hugo fue a ver a Escobet, el boticario, y le contó su conversación.

—Seguramente, cuando está alegre —dijo el boticario— no sabe por qué, ni tampoco cuando está deprimido y triste. Así, es tan pronto orgulloso, duro y malo, como amable y blando. Es verdad, como dice usted, que no tiene envidia; pero es una de las pocas cosas buenas que tiene. Yo que usted no volvería, por si acaso. El conde es un epiléptico, un impulsivo. Se lo podía usted encontrar en uno de esos malos momentos, y esto le podía a usted costar muy caro. Muchos de estos epilépticos son así, fanáticos, mentirosos, simuladores, inventores de todas clases de historias

—¿Usted cree que sea un enfermo? Más bien un extravagante.

—El psicólogo —añadió Escobet— no se puede asombrar de que los hombres más crueles y más fieros en su vida pública tengan momentos amables y hasta sean unos mansos corderos en su vida privada. Así, un Robespierre, un Saint Just y un Fouquier-Tinville son suaves en sus casas. Tampoco se puede asombrar nadie de que muchos filántropos en público, sean terroristas y brutales con sus mujeres y sus hijos.

El licenciado Escobet hizo hincapié en los rasgos fisiognómicos y craneoscópicos que se podían observar en el conde de España.

El cráneo estrecho, la nariz corva, el mentón prominente y largo, el prognatismo acentuado, el labio inferior saliente, con aire de mando, y la boca un poco torcida, la obesidad, la gota y el reumatismo.

En el orden moral tenía la anestesia psíquica, la insensibilidad, el desdoblamiento de la personalidad frecuente, la crueldad, la piromanía, el odio profundo e inmotivado contra ciertas personas, la chistosidad, el humorismo, la manía razonadora y el terrorismo. Sin duda, cuando no le contrariaban podía parecer hombre normal; pero cuando le contrariaban se exaltaba, cosa frecuente en los locos.



## VIII

### LO QUE PENSABA EL AYUDANTE ADELL

Unos días después, Hugo se encontró con el ayudante Adell, salieron al campo a caballo y hablaron en confianza del conde.

Adell reconocía que su general era un hombre para perturbar a cualquiera. El conde se impacientaba demasiado con los pequeños detalles. No podía hacer ni dirigir dos o tres cosas al mismo tiempo; no tenía esa condición característica de los hombres que poseen una capacidad superior organizadora, como Nelson, Napoleón, etc. El conde no permitía que le hablaran de un asunto mientras estaba resolviendo otro.

Adell había querido muchas veces entenderle; pero quedaba siempre asombrado ante él. Demostraba una sagacidad y una malicia verdaderamente extrañas; tan pronto se incomodaba por cualquier cosa como lo aguantaba todo. ¿Era sólo un loco? ¿Llevaba una idea por debajo de sus extravagancias? El no lo hubiese podido decir.

Jugaba al tresillo con mucha atención, y si alguno hacía una falta, se incomodaba y decía que debían fusilarlo por torpe. El conde, a pesar de sus cóleras y de sus manías, conservaba una memoria muy lúcida y recordaba todo con mucho detalle.

La desigualdad de su carácter no era obstáculo para que fuese un buen general, un buen organizador. Algunas veces dirigía tan bien, que no se le ocurría a nadie pensar que sus disposiciones pudiesen estar dictadas por un loco. Tenía su policía en el ejército muy bien organizada y no se le escapaba nada. Sabía quiénes eran los amigos, los indiferentes y los enemigos. Decía que para esto empleaba lo que podía, y solía añadir: «No es fácil, hoy por lo menos, encontrar gentes completamente honradas para ser policías.» El creía que con el tiempo la profesión policíaca llegaría a ser de las más dignas y honradas. Era un hombre que había pensado y reflexionado mucho sobre el arte de mandar.

—Seguramente es un maquiavelista —observó Hugo.

\* \* \*

—El considera —siguió diciendo Adell— que, según los momentos, se puede utilizar lo mismo el valor que la soberbia; las virtudes como los vicios. Para él, la cuestión es emplear estas fuerzas bien. Es evidente que hay gentes que no tienen sentimientos morales, nacen sin ellos; les pasa como a muchos criminales, políticos y militares célebres. Para algunos asesinos inteligentes, las leyes no encierran ninguna tendencia de bondad o de justicia, sino que son reglamentos de policía que no se pueden infringir más que con grandes peligros.

Lo mismo pasa a los políticos y a los militares. El matar dos o tres mil hombres es un hecho de armas, para lucirse y ascender, no tiene para ellos gran importancia.

—Es el maquiavelismo.

\* \* \*

—El conde vive hecho un rey, como un déspota; hace lo que le da la gana, tiene su corte, su

guardia su ejército, sus bufones y su verdugo. No echa nada de menos.

—¿Tiene familia?

—Sí. Es decir, la mujer se le ha muerto hace dos o tres años en Mallorca.

—¿Y los hijos?

—No sé si están ahora en Mallorca o están huidos en Francia. El no habla de su familia.

—¿Qué vida hace?

—Se levanta temprano; pasa la mañana en conferencias y consultas, revisa las tropas; luego, come, hace su sobremesa y duerme la siesta. Por la tarde se dedica a la lectura de cartas y de periódicos. Al anochecer, si no tiene que trabajar, juega al tresillo. Después reza sus oraciones y se va a la cama.

—Parece muy cuidadoso de su persona.

—Lo es. El general se baña todos los días, y también después de hacer un viaje se baña, se muda y aparece con camisas elegantes, llenas de puntillas y de bordados. Tiene cierta coquetería en su tocado, y le gusta presentarse con trajes de casa elegantes y «fashionables», como dirían ustedes.

Estas palabras inglesas, aún no desgastadas por el uso, eran entonces de gran tono.

—Es extraño.

—El conde tiene gran cantidad de ropa blanca, que cuida y cambia a cada paso. En casa suele estar vestido de claro y en zapatillas.

—Debe de vivir como un señor feudal —dijo Hugo.

—Sí; tiene instintos de gran señor.

—Sin duda, el Comminges, el Couserans y el Foix le salen a flote.

—Sí; es un príncipe a la antigua. Conferencia con sus capitanes, habla de las cosechas con los aldeanos, quiere casar a las gentes. Es el primero en la iglesia, y yo creo que, si le dejaran, predicaría.

—Sí; parece que quiere volver a un feudalismo que la gente bergadana no aceptaría.

—¡Ah, es claro!

—Con el ejército debe de ser muy exigente.

—Mucho, y, dentro de su exigencia, es justo. El da el ejemplo. Cuando llueve o hace un sol que derrite los sesos es cuando más tarda en las maniobras.

—¿Por capricho sólo?

—No, por inculcar la disciplina.

\* \* \*

—El conde tiene la manía del mando, disimulada con astucia; se halla dispuesto a no dejar el poder por nada.

—¡Debe de ser caprichoso y maniático!

—Tiene manías, es indudable. Interpreta los hechos de una manera que a mí no me parece nada exacta; pero me queda la impresión de si seré yo el que no comprende bien o será él. En todas las cuestiones técnicas sigue siendo el hombre seguro; pero cuando divaga se le va el santo al cielo. Me ha dicho algunas veces que, si pudiera, se marcharía a vivir a Rusia con nombre supuesto. Otras veces, en cambio, cree que su nombre y su historia es algo resplandeciente y glorioso. Que los España, los Foix y los Comminges tienen en él un brote magnífico de grandeza.

—Versatilidad.

—Como digo, interpreta las cosas de un modo que uno se queda maravillado; los hechos que expone, indudablemente, son ciertos; pero yo no sé si los asocia de una manera rara o qué; el caso es que las consecuencias que deduce son tan disparatadas, que se queda uno perplejo.

\* \* \*

El conde tiene temores alternados con una seguridad incomprensible. A veces se le ocurrirá ir solo desde aquí a Cádiz, y a veces creará que necesita una escolta de cien hombres para ir de una casa a otra.

\* \* \*

—¿Es hombre que cree?

—A ratos. Se confiesa con el canónigo Villela, un individuo de la Junta, con bastante frecuencia. Habla al mismo tiempo sarcásticamente de la confesión; de esa jabonadura de los pecados, que deja el alma y el cuerpo dispuestos para volver a empezar.

\* \* \*

—Se podrían pintar cuatro o cinco retratos exactos y distintos del conde —siguió diciendo Adell—. El conde amable, discreto, modesto, dándose cuenta de las cosas y comprendiéndolas, uno; el conde sarcástico, burlón, implacable, otro; el conde silencioso, gruñón, enfurruñado, otro; el conde furioso como un energúmeno dominado por la cólera, que no ve, ni oye, ni entiende, ni se aviene a razones, y todavía un retrato del conde asustado, humilde, pusilánime, pidiendo consejos a cualquiera y oyéndolos como un doctrino.

\* \* \*

—Yo sospecho que el conde toma láudano. He visto varias veces el frasquito encima de la cómoda de su cuarto. Ya sé que tiene dolores de gota fuertes y, probablemente para calmarlos, toma el láudano.

—Esto quizá influya en la desigualdad de su carácter.

—Es posible, aunque, por otro lado, es fuerte como una roca.

\* \* \*

—El barómetro del humor del conde lo ha hecho un oficial amigo: Va del furor al sentimentalismo.

Furor, cólera, mal humor, sarcasmo, ironía, alegría, amabilidad, sentimentalismo. La aguja de este barómetro salta de una cosa a otra con una rapidez extraordinaria.

\* \* \*

—¿Y de ese erotismo senil que dicen que tiene, qué hay de verdad? —dijo Hugo, que estaba desde el principio deseando hacer la pregunta.

—Qué sé yo. No sé lo que hay de verdad. Yo no tengo dato personal ninguno. Comprenderá usted que es peligroso ir a averiguar cosas por ese lado —dijo Adell, mirando atentamente a Hugo.

—¿Usted cree que tendrá algo de verdad lo que dicen?

—No creo nada; pero en un hombre como el conde todo es posible.

\* \* \*

—Parece que duerme con un sueño inquieto y agitado, y hasta que es medio sonámbulo. De noche debe de padecer insomnios y pesadillas, porque con frecuencia se levanta y se pone a hablar solo y a veces a gemir. Como por otra parte es hombre listo y no le conviene ni le gusta que le

averigüen sus secretos, sus asistentes suelen ser catalanes que no saben castellano y los muda con frecuencia.

—¡Dejarlo todo, dejarlo todo! —dicen que le han oído decir muchas veces.

\* \* \*

—El conde suele pasear de noche en el corredor de la casa, tocando una campanilla, cantando la letanía, «Las habas verdes» y algunas canciones francesas oídas sin duda en su juventud.

—¿Qué canciones canta?

—Muchas veces canta:

Aur clair de la lune  
mon ami Pierrot.

Hace poco tiempo, al oír hablar de los grandes peligros que había tenido don Carlos al escaparse de España, por Elizondo, se puso a cantar con gran sorpresa nuestra una canción burlona del buen rey Dagobert, que corre asustado porque le persigue un conejo. También muchas veces suele cantar:

¡Ah, ah, ah, oui, vraiment,  
Cadet Rousselle est bon enfant!

—Es un tipo original.

—Mucho. Varios retratos de personajes carlistas, entre ellos el del padre Cirilo y el del obispo de León, los ha puesto en el retrete de la casa.

—¿Y por qué?

—El conde tiene mucho odio al padre Cirilo porque cree que éste ha estado siempre entre bastidores en todas las canalladas del tiempo de Fernando VII, entre ellas en el fusilamiento de Bessières. Ese fraile miserable e intrigante, que ha hecho su carrera en las alcobas de las damas de la corte —suele decir—, tiene embobada a la princesa de Beira. Fray Cirilo parece que ha conocido a la princesa de Beira en Montevideo, cuando era secretario del general Vigodet, y se cree que ha sido el amante de la princesa. Se dice también que el padre Cirilo es masón.

—Pero esto también se dice del conde de España. —Bien; pero eso no es verdad.

\* \* \*

—¡Qué extraño tipo! —murmuró Hugo—. ¿Y le gusta leer al conde?

—Sí. Se pone sus anteojos y lee. El conde tiene algunos libros de historia y dos o tres novelas de Walter Scott; lee también los periódicos españoles y los franceses. Se entera de todo con mucho detalle.

\* \* \*

—Así que es un hombre enigmático para los que le conocen de lejos y para los que le ven de cerca.

—Para todos. El conde se muestra estrafalario, cínico, burlón, y, de cuando en cuando, como iluminado —concluyó diciendo Adell—. Yo no sé si muchas de estas desigualdades y extravagancias de su carácter no vendrán del tiempo que se fingió loco en el manicomio de Lila, aunque los que le han conocido aseguran que siempre las tuvo.

\* \* \*

Últimamente, por lo que dijo Adell con gran reserva, el conde estaba muy preocupado.

Al parecer, le habían querido envenenar poniéndole minio en el chocolate y mezclando arsénico con la sal.

Con el temor del envenenamiento, el conde se manifestaba muy preocupado, sobre todo porque no comprendía de dónde partía el golpe ni la mala intención que pudieran tener para él las gentes próximas.

El aseguraba que comprobó una vez que le habían echado veneno en la comida. Poco antes, según dijo, le avisaron que le iban a matar.

—Durante mucho tiempo nos ha estado dando la matraca con el gusto de la comida —dijo Adell—; de tanto oír, encontrábamos algo raro. ¿Será el agua? ¿Será la sal? ¿Será el aceite o el fuego? El conde no quería guisos. Llegó un momento en que dijo que iba a vivir de pan y queso, o de pan con aceite que traería de fuera para tener la seguridad de no ser envenenado. Luego, de repente, no ha hecho caso ninguno y se ha olvidado de esa preocupación.

## IX

### EL CARÁCTER DEL CONDE

Hugo habló con unos y otros para esclarecer un tanto el tipo enigmático del conde. Todos le confirmaron lo que le había dicho Adell. Indudablemente, el carácter del conde de España no era propicio para la tragedia francesa, no se mostraba hombre de una pieza, no era de esos caracteres sostenidos, predilectos de los dramaturgos y de los críticos; por el contrario, el viejo general obraba muchas veces en desacuerdo con sus convicciones.

Su manera de ser fermentaba constantemente, sufría una perpetua transformación y renovación. Era hombre doble, triple y hasta cuádruple.

\* \* \*

¿El carácter existe? No lo sabemos, ni si es una fantasía, un resultado de los acontecimientos obrando sobre el temperamento. El carácter parece algo como el verbo de los místicos, algo que no se manifiesta hasta que deviene; si existe, si tiene una realidad antes de manifestarse en actos, es cosa dudosa.

La historia quizá llegue alguna vez a dominar la psicología, y entonces una de sus manifestaciones más curiosas será el marcar la proporción o la desproporción entre el carácter de los personajes y el papel representado por ellos en su tiempo. Claro que esto ha hecho siempre el historiador, pero de una manera intuitiva, arbitraria y poco exacta.

Ahora, qué efectos producen los acontecimientos dado un carácter, eso es difícil de averiguar. ¿Qué hubieran sido Napoleón o Robespierre cien años antes o cien años después? ¿Qué modifica una inteligencia clara, un temperamento? ¿Qué es el héroe cuando las circunstancias históricas no se prestan para encumbrarle?

\* \* \*

El temperamento, al parecer, es lo innato, la trama del destino, conjunto de tendencias, de instintos, de vanidades, de inconsciencias.

De dónde nacen los impulsos, no lo sabemos. Sería conocer lo que es la esencia de la vida y la voluntad.

El impulso es ciego; tiende a la acción como el toro al trapo rojo. Si en el camino aparece la claridad de la reflexión, el impulso se debilita y puede llegar a cortar el movimiento de la acción.

\* \* \*

Todas estas divisiones de temperamentos, carácter y personalidad quizá, más que hechos psicológicos, son sólo distingos metafísicos.

El temperamento se supone que es lo puramente biológico, lo innato, lo impulsivo, lo ardiente o lo frío de nuestras entrañas.

El carácter parece que es el temperamento dirigido por el espíritu y domesticado por él. Son los caballos con el carro y el auriga.

La personalidad ya es el carácter en la historia; en el mundo social, una cosa realizada. Es el carro y el auriga que se han destacado y señalado en la carrera.

El carácter, aunque sea ilógico, dividido, de instintos poco homogéneos, quiere racionalmente conservar su unidad, explicarse y dar la sensación de homogeneidad y de duración. Lo heterogéneo espiritualmente parece lo loco, lo absurdo, sobre todo lo vario, lo irracional, y todos tenemos la pretensión de lógicos, de marchar movidos por motivos claros, racionales y confesables.

\* \* \*

Muchas veces los que le conocían lo aseguraban: el conde tenía la obsesión impulsiva, su voluntad se encabritaba y su cabeza ardía. Entonces no reconocía obstáculos; todos los quería vencer, en cambio, cuando la cabeza estaba fría y su voluntad amorfa, cualquier dificultad le parecía insuperable y se le ocurrían mil pequeñeces y pretextos para no hacer.

Las alternativas de excitación y de depresión eran en él muy grandes; la excitación llegaba a los paroxismos de furor, en los cuales, como un epiléptico, se le inyectaba la cara y echaba espuma por la boca; la depresión le conducía a la indecisión y a la melancolía.

Le pasaba como a muchos perturbados. En todo lo que fuese el oficio era exacto, meticoloso, concienzudo. El hombre que desbarraba y salía de sus casillas porque a un soldado se le había caído un botón, volvía a la ecuanimidad desde que se trataba de trabajos en la oficina, de los aprovisionamientos o de otra cuestión técnica cualquiera.

\* \* \*

En el conde el instinto reaccionaba rápidamente sobre la impresión. No dejaba tiempo a la reflexión, no la quería en sus momentos de cólera apasionada. Cuando venía la reflexión a iluminar su mecanismo inconsciente, entonces vacilaba o se arrepentía. Después, el orgullo le hacía no querer confesar su error, y lo defendía con tesón y le molestaba que le notasen su arrepentimiento.

\* \* \*

Aquella cólera furiosa, bestial, sin reflexión que pudiera calmarla, era, como hubiese dicho Escobet, la cólera de los epilépticos y de los impulsivos. Su cara quedaba congestionada, la mirada fija, la boca con espuma; no oía ni entendía.

Al parecer, antes de aquellos momentos de excitación, el conde se manifestaba muy alegre y, sobre todo, ocurrente.

\* \* \*

Hubiera sido muy cándido el pensar que el conde no se daba cuenta de la incoherencia y de las fantasías de su carácter. Lo más probable es que se diera cuenta clara de ellas, y que según sus conveniencias así daba suelta a su personalidad arrebatada y encrespada, o a la sensata y amable.

## X

### PROFECÍAS Y MISTICISMO

Un día se presentó un curita joven de Cervera en casa de Mestres. Lo llevaron con gran entusiasmo los clérigos de la tertulia y fueron varias personas a oírle.

El tal cura venía de Francia, donde había leído mucha literatura mística y, sobre todo, el Apocalipsis y los comentarios y cábalas escritos sobre este libro por el abate Juan Wendel Wurtz.

Hugo conocía las doctrinas del abate porque las había oído comentar antes.

Wendel Wurtz había nacido en Alemania en el siglo XVIII y escrito en francés unos libros absurdos que se vendieron mucho, entre ellos «Los precursores del Antecristo» y las «Supersticiones y prestigios de los filósofos o los Demonólotras del siglo de las luces».

Wendel Wurtz era un precursor, aunque sincero, de Leo Taxil y de su masonería diabólica.

El cura joven de Cervera, dándole a todo mucho misterio, desarrolló las teorías de Wendel Wurtz, aplicándolas a España, y explicó las profecías que daban como seguro el triunfo del carlismo.

Según dijo el curita, el mundo esperaba un monarca fuerte que lo salvara; Varias profecías lo aseguraban: y se referían a la venida al mundo de un gran monarca para defender a la Iglesia y a la sociedad, destruyendo la secta masónica y acabando con las doctrinas de la revolución.

—La sibila Tiburtina escribe estas palabras —dijo el cura, y recitó:

«Roma será tomada por la espada y estará en la persecución, y los hombres serán malignos, rapaces, tiranos muy malvados, y entonces saldrá un rey constante de ánimo y será rey de los romanos y de los griegos. Será alto de estatura y hermoso de semblante. Destruirá todos los templos de los dioses, llamará a todos los paganos al bautismo, y en todas las iglesias levantarán la Cruz de Jesucristo, y del Aquilón saldrán malas gentes en gran número, y el rey romano totalmente las destrozará y entrará aquel rey en Jerusalén ofreciendo la corona, dejará el reino a Dios Padre y al Cristo».

—San Vicente Ferrer —siguió diciendo el cura—pronunció en un sermón estas palabras proféticas:

«Llegará un tiempo como no se habrá visto otro semejante; llorará la Iglesia; las viudas se levantarán, y viendo sus pechos no hallarán consuelo; este tiempo está todavía lejano; pero él llegará sin falta y esto sucederá muy cerca del tiempo en que dos comenzarán a hacerse reyes».

Y después, hablando de España, dice que uno de sus príncipes demostrará el esplendor de su fe, causará a todos grande admiración; la justicia estará de su parte; su causa será protegida por Dios, y por fin lo designará por su propio nombre: Carlos. Santa Brígida dice:

«Esta funestísima guerra terminará cuando el Trono sea ocupado por un soberano de la familia de España, el cual Vencerá por el signo de la Cruz, destruirá a los mahometanos, restituirá el templo de Santa Sofía, y en toda la tierra habrá paz y abundancia».

San Francisco de Paula habla de un descendiente de Carlomagno que regenerará el mundo y defenderá a la Iglesia con la espada, y San Isidoro de Sevilla dice que en los últimos días reinará en España un rey joven que vendrá de fuera, que con su espada limpiará España de vicios inmundos, conquistando después Jerusalén y el Santo Sepulcro.

Santa Catalina de Roccanigi cuenta haber visto dos grandes ejércitos, uno de los cuales, blanco, llevaba por bandera un pendón blanco y rojo, en un lado del cual se advertía la imagen de la Virgen



María con su hijo en brazos; el otro ejército llevaba un estandarte negro, y pintada en él la horrible figura de un monstruo. También vio una gran tienda con el nombre de Jesús; a la derecha se veía un altar puesto para celebrar el sacrificio de la misa y un gran ejército, a cuya cabeza se hallaba un joven bellissimo de cuerpo y vestido de oro. Trabábase una reñida batalla entre los dos ejércitos: el blanco y el negro. Después de acción encarnizada, el ejército de los blancos vencía, y entre ellos se veía un jefe que tenía tres coronas en la cabeza. Este jefe era llevado al altar, y allí, puesto de rodillas con muchos de sus guerreros, era bautizado.

Santa Catalina de Roccanigi, según dijo el abate, predijo también que un hijo de la familia de Francia, pasados trescientos años, había de engrandecerse como Carlomagno, y que después del Concilio de Trento no tendría lugar otro pleno y perfecto hasta la venida de este príncipe y de un Pontífice santo.

Según el cura mistagogo de Cervera, era evidente que en muchas de estas profecías se hacía alusión a Carlos V, porque unas Veces se hablaba de un austríaco, otras Veces de un francés y también de un español. Estas tres cualidades se reunían en Carlos V, que era, por su sangre y sus antepasados, austríaco y francés, y por su nacimiento, español.

Era, pues, evidente que Carlos V iba a ser el brazo protector y salvador de la Iglesia, el monarca de la salvación universal, el verdadero apoyo de la Iglesia y de la sociedad, el hombre grande, el héroe del siglo llamado a dar la paz al mundo y el deseado consuelo a las almas de los creyentes...

Los curas, algunas mujeres, y entre ellas la Nemesia, dijeron que era maravilloso lo que había dicho el cura. Cuando se marchó, Hugo aseguró con su buen sentido que todo aquello no tenía ningún valor, y que en cualquier texto, tergiversándolo un poco, se podían encontrar profecías.

Todos los curas protestaron, pero Mestres les hizo callar y les dijo que no tenían razón y que aquellos trozos de literatura exaltada lo mismo podían referirse a don Carlos que al Moro Muza.

## XI

### CAMBIO DE GOBERNADOR

El general Segarra no quiso que Max Labarthe entrara de oficial en su división; parecía que tenía ya algunos oficiales franceses, y lo recomendó al brigadier don Ignacio Brujó, que lo aceptó y lo colocó entre sus ayudantes y fue con él a Vich.

Un día, el conde de España mandó a Brujó que se presentara en Aviá con todas sus fuerzas. Al mismo tiempo ordenó que la guarnición de Berga, con el gobernador, don José Pons, alias el Pep del Oli, saliera del pueblo. Durante toda la mañana estuvieron pasando, bajando tropas de los fuertes. Era un espectáculo pintoresco. Había tipos e indumentarias de todas clases: oficiales de uniformes elegantes, soldados zarrapastrosos, gorras, boinas, barretinas de todos colores, sombreros de copa y monteras. Durante una hora Berga y sus castillos quedaron sin un soldado.

Cuando las tropas estuvieron formadas en el campo, el conde de España ordenó al gobernador, Pons, el Pep del Oli, que entregara las llaves de la fortaleza al jefe de Estado Mayor, Pérez Dávila, y fuera con sus soldados a Puigreig. Diez minutos después el brigadier Brujó recibía la orden de salir de Aviá y entrar en Berga con sus tres batallones, en calidad de gobernador de la plaza.

\* \* \*

Como segundo de Brujó quedó el brigadier Aymerich, personaje de alguna historia.

Don José Aymerich fue inspector de Infantería, coronel de los voluntarios realistas y ministro de la Guerra con Fernando VII, en el período de Calomarde. Aymerich dio decretos furibundos contra los liberales en la época de las purificaciones.

El señor Aymerich era un señor ya viejo, casado con una mujer joven muy bonita, pero tuerta, llamada Encarnación. Encarna, dama muy coqueta y muy inflamable, solía ser cortejada por un joven oficial de Estado Mayor, que la comparaba a la princesa de Eboli.

El señor Aymerich había vivido en la Corte y estaba acostumbrado a hacer ceremonias y reverencias; pero no conocía el corazón femenino —parece que es difícil conocer el corazón femenino cuando se tiene más de cincuenta años—, y la princesa de Eboli-Aymerich, considerándose no comprendida, se escapó con el oficialito que la galanteaba.

Aymerich se quejó al conde de España. Entonces el conde de España se indignó, considerando que la princesa de Eboli-Aymerich ofendía al Ejército y minaba con su conducta artera el edificio social.

El conde de España no pensaba en estas cuestiones como Napoleón. El aventurero corso decía cínicamente: «Si yo tuviera que arreglar los asuntos de todos los cornudos de mi Ejército, no me podría ocupar de las cuestiones de Europa». El conde de España tenía menos cornudos y menos asuntos de que ocuparse.

La pareja formada por la princesa Eboli-Aymerich y el oficialito se escondió, según se dijo, en un pueblo próximo; pero se encontró a los fugados, y doña Encarna, la princesa de Eboli-Aymerich, volvió al lado de su marido, y el seductor fue a pasar seis meses preso al fuerte de San Lorenzo de Moruñys.

## XII

### NOTICIAS DE MAX

Max Labarthe vino con los oficiales de Brujó a Berga. Al parecer, se hallaba muy entusiasmado con Pilar la Aragonesa, que no le hacía caso, porque ella estaba a su vez prendada de Hugo.

Max hizo una porción de tonterías y de imprudencias que no tuvieron ningún éxito y pusieron al marido de Pilar en guardia. Escribió cartas, que fueron interceptadas; siguió a la capitana por todas partes. Ella estaba furiosa contra él, pues con sus persecuciones había conseguido que no tuviera libertad.

—Ese amigo de usted es un estúpido, un imprudente —le decía a Hugo.

—Qué quiere usted; yo no tengo la culpa.

—Dígale usted que me deje en paz, y le añada usted que no le hago caso no sólo porque soy una mujer honrada, sino porque no me gusta.

—Es usted cruel como todas las mujeres —le dijo Hugo.

—También lo son conmigo —replicó ella.

—¡Quién va a ser cruel con usted!

—Alguno —contestó ella.

Unos días después fue Hugo a ver a Max. Hablaron de la Pilar.

Max creía que la capitana estaba prendada de alguien, y casi sospechaba que fuera de Hugo. A pesar de su entusiasmo por la Pilar, no creía que su honestidad fuese la que le impidiera corresponder a su amor. Había otro motivo, según él.

Con el entusiasmo por la Pilar alternaba en Max el odio por el conde de España.

—Es un farsante y un hipócrita —dijo—. Se sabe que está en relaciones con los liberales de Barcelona y que quiere pasarse al bando cristino de capitán general.

—¿Hay indicios de ello?

—Sí. Se sabe que tiene correspondencia con gentes de Barcelona.

—No me parece nada extraordinario después de todo —replicó Hugo.

## QUINTA PARTE

### HUMANO ENIGMA

#### I

#### EN RIPOLL

Hacia mediados de mayo se presentó en casa de Mestres el ayudante del conde de España y le dijo a Hugo:

—El general me ha dicho: «Invítele usted al joven inglés a venir con nosotros».

—¿Qué van ustedes a hacer?

—Vamos a tomar por asalto Ripoll. El general dice en broma que la toma de una plaza será un espectáculo bueno para completar la educación de un joven inglés.

—Muy bien. Iré, pero yo no pienso pelear. Acepto el peligro; ahora, matar por una causa que no es la mía, no.

—¡Ah!, no, claro es. Yo vendré a buscarle a caballo e iremos en el Estado Mayor del general. Hugo no dijo a Susana a qué iba, y a la mañana siguiente se reunió con Adell y fueron los dos hasta Olván acompañando al general con la división de vanguardia. El conde de España se acercó Varias veces a Hugo a bromear con él.

El día 22 llegaron a las inmediaciones de Ripoll, donde se unió el conde con Brujó, con quien consultó y acordó el plan de ataque.

El pueblo de Ripoll está colocado en la confluencia de dos ríos: el Freser y el Ter. Entonces no tenía entrada fácil más que por el Sur, por la parte del puente que atravesaba el río Freser, y por el Norte, por la parte de la montaña. Por el Sur, hacia el río, se levantaba una casa fuerte aspillerada, cuyos fuegos barrían a derecha e izquierda las dos orillas. Defendían además el pueblo varios tambores, rastrillos, empalizadas, zanjas y torres.

Comenzaron las operaciones, y a los dos días las tropas de Brujó tomaron una ermita y un fuerte.

Hugo, que sabía que entre aquellas fuerzas estaba Max, quiso acercarse a Ver el sitio del combate; pero Luis Adell se lo impidió:

—Perdone usted —le advirtió—; el general me ha dicho que de ninguna manera se acerque usted solo a la línea de fuego. Si le mataran a usted, su muerte nos proporcionaría un conflicto inútil.

—Entonces me vuelvo. No quiero estar donde hay un peligro del que todos participan y yo no. Es una cosa fea.

—Mañana se irá usted.

Al día siguiente se preparaba Hugo a montar a caballo y a marcharse, cuando le vio el conde de España.

—Me ha dicho Adell que quiere usted marcharse porque no está usted en peligro como todos. Está bien, me parece muy bien; hoy dará usted conmigo un paseo en la línea de fuego, y mañana se va usted. Hay que completar su educación.

El general fue con su escolta a todos los puntos de ataque, donde se presentaba al descubierto. Las balas silbaban en el aire, se estrellaban en las paredes y no mataban a nadie. El conde hacía

chistes. Por decir que iba a haber muchas muertes, decía que abundaría la ropa negra; llamaba chocolateras a los cañones, y peladillas a las balas. Hugo pudo observar los ruidos diversos en el aire de los diferentes proyectiles.

En esto Hugo vio varias compañías de Brujó que se preparaban al asalto; en una de ellas iba, como oficial, Max Labarthe, y como sargento el Noy de Serchs. El general se acercó a ellas y de pronto, con un furor extraño, echando espuma por la boca y enarbolando el bastón, dijo que el deber de los soldados y sobre todo de los oficiales era entrar en la plaza o morir. No había otra alternativa. O pasar o quedar muertos. El tono en que hablaba el conde era tan desagradable y tan violento, que los soldados le miraban con sorpresa y con aire de rencor. Las compañías recibieron la orden de avanzar, y poco después comenzó de nuevo un combate de fusilería terrible. Se batían liberales y carlistas como perros, con una desesperación y una cólera extraña.

Hugo tuvo que volver al campamento. Desde él se oía constantemente el ruido del cañón y de los fusiles. El inglés dio una gran vuelta a caballo. Al anoecer, Hugo salió del campamento con la idea de volver a Berga. En aquel instante pasaba una fila de camillas para el Hospital de Sangre. Hugo se detuvo. En la primera camilla venía Max gravemente herido.

Venía tan blanco, que ya parecía muerto, con los ojos abiertos y la baba sangrienta, que le caía de los labios.

Hugo se acercó; Max no pudo hablar, no pudo decir nada. Siguieron andando; cuando detuvieron la camilla, Max había muerto.

Hugo volvió al campamento; no pudo dormir en toda la noche. Luis Adell le dijo al día siguiente que el sargento el Noy de Serchs estaba también gravemente herido. Le habían llevado a una casa de Gombreny, donde vivían unos parientes suyos.

Hugo decidió verle al volver para Berga. Encontró la casa en donde se hallaba hospedado el Noy.

El Noy de Serchs estaba herido en el pecho, de bayoneta. La herida, inflamada, le había producido una pulmonía traumática. La gente de la casa suponía que no tenía cosa mayor. El herido deliraba, y como gozaba fama de chistoso, los que le oían creían que lo que hablaba lo decía en broma. Los parientes y amigos de la casa y la vecindad reunida celebraban las gracias del Noy y se reían a carcajadas.

—¡Que venga la Pepeta a arreglarme la cama!... —vociferaba el herido, rojo por la fiebre—. La arregla mejor que su madre...; no quiero viejas cerca...

—¡Ja..., ja..., ja...! —decían las Vecinas—. ¡Qué humor tiene el Noy! ¡Dice que quiere que le arregle la cama la Pepeta! ¡Ja..., ja..., ja...!

—Sí; que me traigan un plato de alubias con chorizo... y un pollo y un azumbre de vino.

—¡Ja..., ja!... ¡Qué humor! ¡Qué hombre más gracioso!

Hugo comprendió que el pobre sargento estaba muy mal, y que debía de tener una fiebre altísima. Efectivamente, al día siguiente había muerto.

Hugo, desagradablemente impresionado, siguió su camino hasta Berga. Unos días más tarde supo que el conde, después de entrar en Ripoll, había pegado fuego al pueblo y lo había desocupado, llevando al vecindario a Camprodón y a San Juan de las Abadesas.

## II

### LA JUNTA Y EL CONDE

Hubiera sido cándido el pensar que la mayoría de los carlistas de Berga se sentían enemigos del conde de España por las crueldades cometidas por él. No era así. La mayoría de los jefes y oficiales poco adictos al conde lo que le reprochaban principalmente era la falta de éxito. Ellos creían que contaban con medios para conseguir mucho más de lo que se conseguía, en lo que se engañaban.

Los soldados tenían por el conde cierta simpatía. Su manera de ser feroz, de ogro, con notas humorísticas, les hacía gracia, aunque en algunos casos les produjera espanto.

El soldado, como el niño, tiene admiración por el tipo severo.

Los soldados le llamaban el Avi (el Abuelo), Cabeza blanca y Trencacaps; pero, a pesar de esto, le guardaban afecto y hubieran salido la mayoría espontáneamente a defenderlo viéndolo en un aprieto.

Entre los oficiales variaba. Los de algunos cuerpos eran adictos a él; otros eran francamente enemigos. Los civiles y eclesiásticos casi todos se podían considerar enemigos.

Tampoco los de la Junta estaban irritados por las barbaridades del conde de España contra los paisanos. Lo que les sublevaba y ofendía era que el conde no contara con ellos y que llevara camino de atropellarlos y de inutilizarlos.

Los junteros y sus amigos comenzaron a decir que el conde no era un puro, un católico ferviente; de aquí se pasó a asegurar que se inclinaba a la transacción. Se dijo que el conde de España tenía gran simpatía por Maroto y correspondencia con él, y todos los días se fue inventando algo para inutilizarle y desacreditarle.

Era la misma campaña que los junteros habían hecho contra Urbiztondo, asegurando que era incrédulo, francmasón y transaccionista. Con Urbiztondo fue más fácil hacer la campaña, porque como forastero, no tenía arraigo en el país y no sabía catalán. Con el conde de España tuvo que ser esto mucho más difícil; había gente a su favor, sobre todo en el Ejército, y él conocía bien la comarca.

A pesar de ello, la campaña dio resultado; la bola de nieve fue engrosando y creciendo y el desprestigio del conde llegó hasta los pueblos y las aldeas más lejanas.

### III

## VACILACIÓN

El conde volvió a llamar al joven inglés por Luis Adell, y un día de Verano Hugo fue a Caserras.

En la era del pueblo un soldado hacía dar vueltas a un caballo en una pista redonda. El soldado sujetaba al caballo con una cuerda larga que tenía en la mano izquierda y con la derecha le amenazaba con el látigo.

En un portal de Caserras había dos chicos: uno sostenía una ballesta y el otro la estaba componiendo.

Hugo y Adell entraron en la casa donde vivía el conde y esperaron.

Hugo oyó que el conde paseaba dando golpes con el bastón en el suelo y cantando la letanía. Entraron en el cuarto del conde. El cuarto era una sala de pueblo, blanqueada, con muebles pobres. En una de las paredes había un repostero moderno con las armas de los Españas y dos lemas: «Nulla vis mundi me inmutabit emendando credendo. Comminges et Foix».

El general se hallaba en aquel momento solo en su casa, y como parecía tener gusto en la soledad, le despidió a Adell. Se encontraba ensimismado y pensativo. Le preguntó a Hugo qué se hablaba, qué se decía, y escuchó atentamente.

—Me reprochan —dijo luego— que no sigo las operaciones. ¿Para qué? La partida está perdida para nosotros. Espartero es el amo de la situación. Si no acaba la guerra, es porque no quiere.

—¿Lo cree usted así, mi general?

—Sí, el día que mande un ejército por el Alto Aragón a unirse con el ejército cristino de Cataluña, quedamos todos aislados, y ¡a morir! Pero no hablemos del momento actual. No se ha de adelantar nada.

\* \* \*

El conde se dedicó a filosofar; pensaba en su vida. No sabía si su vida había sido útil o no.

—¿Cómo se puede saber —dijo— si se tiene razón y hasta qué punto se tiene razón? Yo muchas veces dudo de todo. Ya me ves a mí, francés y en parte incrédulo, haciendo el papel de español y de fanático. Cierto, el instinto me lleva y me arrastra; pero ¿debe uno fiarse del instinto? Hay momentos, créelo, hijo mío, en que uno quisiera estar muerto. Todo el mundo me acusa de cruel y de insensato. Soy un tigre, el tigre de Cataluña. ¿Qué voy a hacer? ¿Voy a dejar mi cargo, abandonarlo todo e irme a un convento? ¿Es que la causa que defiendo es falsa, es que yo soy perjudicial? Entonces, que me fusilen y me entierren.

El conde de España aseguró que se le atribuían muchos horrores, pero que no todos eran de su propiedad.

El conde miraba a Hugo con confianza y Hugo miraba al conde con la misma confianza.

La expresión de Hugo, que no sabía disimular, quería decir al conde:

—He venido a contemplar un monstruo y he encontrado un hombre.

Al mismo tiempo quería decir:

—La cara de este hombre no parece indicar la cantidad de horrores que se cuentan de él.

—A mí me reprochan también que he cambiado, siguió diciendo el conde. Cierto que he cambiado; en tiempo de la guerra de la Independencia creía en la sabiduría de la Constitución, y

después no he creído en ella. Pero ¿quién no ha cambiado? Yo he visto París de chico lleno de revolucionarios; los hombres y las mujeres llevaban gorro frigio y vitoreaban a la República, y he visto París hace dieciséis años y todos eran legitimistas y realistas y aplaudían a Luix XVIII, y ahora todos son liberales. ¿Qué es lo que no cambia?

\* \* \*

El conde contó cómo había estado hacía quince años en París a visitar a Talleyrand para explicarle por qué era conveniente la intervención en España en 1823. Talleyrand escuchó distraído, moviendo la cabeza con ademanes negativos. Después le dijo el ex obispo de Autum que jamás había sentido una impresión de mayor satisfacción que cuando los aliados sitiaban París, y tuvo una conferencia con Luis XVIII y con Fouché, dos hombres con quien se podía hablar.

Para el conde de España, esta reunión de un ex obispo y de un oratoriano, los dos regicidas, con el rey, escéptico y amigo de burlas, era como el símbolo de la Revolución.

Dijo que Talleyrand no tenía gran entusiasmo por Metternich. Lo consideraba hombre de suerte, a quien todo le había salido bien, que no había tenido alternativas, ni sabía lo que era la vida. El diplomático francés consideraba a Metternich como un aristócrata petulante y de un talento vulgar, ensoberbecido con su fama de diplomático conservador.

—En el dedo meñique de Mirabeau o de Dantón había más diplomacia genial que en la cabeza de ese principillo austríaco —le dijo.



#### IV

### LA MULTITUD

El conde de España tenía una idea de la multitud: Para él era un monstruo informe que había que domar, no sólo con la paciencia y la justicia, sino también con la impaciencia y la injusticia.

—Se cree —dijo como hablándose a sí mismo— que una multitud, una tropa necesita siempre ser tratada con un fondo de justicia, pero quizá no es así. La mayoría de los grandes capitanes han sido muchas veces injustos y arbitrarios. Esto ha podido depender de que no tenían un instinto claro de la justicia, pero podía depender también de un deseo manifiesto de ser injustos, para dar a sus gentes una sensación de algo fatal y determinado como una fuerza de la Naturaleza.

A Hugo le sorprendió que el conde tuviera como una filosofía de la injusticia, lo que hacía pensar que la notaba en los demás y en él.

\* \* \*

—Estos generales y jefes de tropas populares —siguió diciendo el general— tienen muchas veces un instinto psicológico agudo que les hace comprender a su gente por intuición. Entonces adivinan mejor dejándose llevar por el impulso de sus nervios que por los consejos de su inteligencia. Es lo que ocurre a Cabrera.

Hugo pensó que esto no le ocurría al conde de España, mucho menos instintivo que Cabrera, más versátil y cambiante. La diferencia entre Cabrera y España era grande. En Cabrera todo tenía un carácter espontáneo, instintivo, cuando obraba en serio como cuando aparecía en él el histrión mediterráneo; el conde de España, no; pensaba lo que iba a hacer; se contradecía; se le ocurrían objeciones a lo que hacía; se manifestaba violento, contradictorio y enigmático a cada paso. Cabrera, en cambio, en cada momento era siempre lógico.

El conde creía que muchas de las mojigangas y mentiras de los jefes tenían por objeto hacer efecto en los soldados; estaba también convencido de que el pueblo no daría oídos a nada que fuese racional, y que, en cambio, creería cualquier cuento absurdo que se le contara.

El conde hacía recalcar el valor de la mentira en un ejército donde había que dar como falsas la victoria del enemigo y las derrotas propias, y exagerar los triunfos propios y los fracasos ajenos. Tal era la política natural de la guerra. ¿Y qué era eso más que el uso de la mentira y del fraude?

—La gente que no tiene esperanzas miente poco; ¿para qué mentir cuando no hay nadie a quien engañar? —añadió el conde—. Pero el que espera, miente. La misma esperanza le hace mentir sin querer.

—Es curioso —dijo Hugo—; no había pensado nunca en esta relación del optimismo y de la mentira.

—Cuando Napoleón quiso contentar al Papa Pío VII —añadió después el conde—, comenzó por adularle para poder conseguir de él lo que quería. «¡Commediante!», dijo el Papa en italiano. Después el emperador se enfureció y se deshizo en amenazas contra Pío: «¡Tragediante!», murmuró el Papa. Así somos todos los que tenemos que mandar: cómicos unas veces y trágicos otras.

—Así que el hombre ilustre es un histrión, según usted —dijo Hugo.

—Siempre. No puede ser otra cosa. Todo lo que apasiona al pueblo —afirmó el conde—, lo mismo en las guerras que en los crímenes, es la leyenda; una versión lógica y natural parece siempre falsa; en cambio, una cosa absurda, de una absurdidad completa, llena el corazón popular y lo deja satisfecho.

—Entonces hay que cultivar la mentira —observó Hugo.

—Un argumento lógico nunca es una razón para la masa —siguió diciendo el conde—; en cambio, una frase, una palabra, una actitud tienen una fuerza motora extraordinaria. De ahí que todos los conductores de las masas tengan que ser histriones. Si no tienen esa condición de histrionismo, no son nada.

—Yo pensaba que tenían que ser más bien verídicos.

—Hay muchas formas de ser verídicos —replicó el general—. Lo que hay que tener, indudablemente, es fe. Si no tiene uno fe, hay que fingirla; porque si el pueblo y las tropas ven que yo vacilo y no creo en el triunfo, ellos vacilarán y no creerán; y mi vacilación se puede ocultar, pero la suya no, porque su vacilación y su falta de fe sería el desastre.

\* \* \*

Esta mala idea del conde acerca del pueblo probablemente andaba muy cerca de la verdad. Naturalmente, pensar que un pensamiento complejo, en parte contradictorio, podía pasar a una multitud, era una ilusión.

A una multitud no se le podía dar más que una frase, una consigna, un grito, algo que fuera muy simple y muy elemental.

V

LA VERDAD

El conde creía que la historia verdadera no llegaría nunca al dominio del pueblo, a quien había que dar mitos, fábulas.

—¿Qué importa la realidad? —preguntó el conde—. ¿Es que los liberales actuales juzgarán nunca con justicia a Zumalacárregui o a Cabrera? ¿Es que los carlistas tendrán una opinión exacta y justa de Mina, de Córdoba o de Espartero? No. Por lo tanto, no hay más que mentir.

El conde creía que ningún pueblo del mundo podía inventar un régimen nuevo de vida, lo cual probablemente era cierto; y esto le hacía pensar que había que volver a la tradición, fuera ésta la que fuese.

—Entonces sin progreso.

—Un progreso material.

—¿Y la historia?

—La historia, querido, no es nada. Que cuando pase el tiempo y se olviden nuestras disputas, el historiador podrá saber lo que son nuestros hombres, si puede reunir datos suficientes, y ¿a quién le importará? A nadie.

\* \* \*

—Una nueva vida, una nueva política, un nuevo arte, todo eso son ilusiones. Si pudiéramos cambiar de estómago, de pulmones, de ojos, de corazón y de cerebro; aunque pudiéramos cambiar sólo de piel, podríamos cambiar de costumbres, de política o de literatura, pero no podemos cambiar de nada y las combinaciones hechas con los mismos elementos nos parecen novedades.

A Hugo le chocó este materialismo del conde, que creía sin duda que todas las manifestaciones espirituales del hombre provenían de su organización fisiológica. Ahora, cómo se podía hermanar esta idea con la idea religiosa, no lo sabía.

\* \* \*

—¡Tantas cosas hacemos sin querer los de arriba y los de abajo; los unos para demostrar que mandamos y sabemos lo que hacemos; los otros para hacer lo que hacen los demás! Por eso hay guerras y revoluciones y líos. Si no... todos nos habríamos ido a nuestras casas. Porque el que más y el que menos tiene miedo, y ese valentón que está asombrando a la gente porque le miran, si no le mirasen se iría a su casa tranquilamente. Si fuera por nuestros instintos naturales, si no fuera por el sentimiento del prójimo que nos contempla, las guerras durarían un momento, nos daríamos unos cuantos linternazos y se acabó. Pero luego viene el compromiso y el quedar bien y el miedo a la opinión y el aparecer como gente seria, formal, con decisiones, y se mezcla el dinero y la ambición y la carrera, y la cosa sigue años y años. La gente tiene tan poca originalidad, tan poco carácter, tan poca fuerza de alma, que, si estuviera sola y sin testigos, no haría nada. Esta violencia, esta barbarie da la impresión de que el que manda tiene más fuerza y más carácter de lo que tiene en realidad —aseguró el conde.

\* \* \*

—Cabrera es el modelo, el tipo de paladín, el representante como ningún otro de la tradición, el héroe popular, el jefe, el santón, con sus castigos violentos, sus orgías y sus desplantes.

Cabrera era un fascinador; con su capa blanca, su boina y sus galones, sus gestos y sus gritos sugestionaba a las tropas. Le tenían no sólo por un jefe, sino por un santón, por un adivino. Era invulnerable.

—Yo he conocido y tratado a los guerrilleros de la guerra de la Independencia —añadió el conde—, a Mina a Sánchez, al Empecinado y al cura Merino, y los encuentro perfectos para su misión y para su empresa; pero Cabrera es el hombre de su tiempo y de su época.

## VI

### LAS ANTIPATÍAS ANCESTRALES

La simpatía racial tiene que venir de una acomodación absoluta y completa. De no existir esta acomodación, el extranjero es más antipático cuanto más próximo es.

Cuando se busca la homogeneidad en un grupo, no se la encuentra. Esta homogeneidad sólo la da un sentimiento fuerte. Un pueblo pequeño, como el catalán o el valenciano; un pueblo más pequeño aún, como el vasco, parecen homogéneos. No lo son. El catalán del mar, el de la montaña, el de Barcelona, el de la ciudad provinciana. El valenciano de la huerta, el de la ciudad, el de la tierra de secano. El vasco guipuzcoano, el navarro, el hombre de la tierra alta y el del mar. Brotan en seguida las variedades con las antipatías consiguientes.

.....

—La tropa necesita un jefe, tiene que sentir el jefe. ¿Es que sería mejor que yo me quedara aquí encerrado disponiendo la campaña, cuando no tengo armas bastantes ni medios suficientes para triunfar? Hay que hacer. Esa es la vida.

.....

—Yo he visto al principio de la guerra de la Independencia cómo se establecía el pánico en los batallones bisoños. Una alarma cualquiera, un peligro, y ya comenzaba el pánico. A veces había que cargar contra los miedosos dándoles sablazos de plano. Estos mismos soldados asustadizos se batían un día o dos después con una serenidad furiosa, y cuatro o cinco meses más tarde volvían a tener otro momento de pánico.

\* \* \*

—Claro, ya sé yo que tú no crearás en el valor místico de las palabras.

—En el valor místico, no; creo en su significación. El culto de la palabra me parece una cosa oriental, semítica.

—Sí; un joven de hoy, de gran ciudad, educado a la moderna, no cree en las palabras, supone que son *flatus vocis*, que no son más que ruido; pero el hombre del pueblo un poco primitivo, mejor dicho, las masas primitivas, creen en las palabras. No suponen que son sólo ruidos ni signos, sino que son fuerzas de la Naturaleza.

—Es lo que queda del culto semítico de la palabra.

—Quizá —dijo el conde—; ¿y quién tiene razón, los que creen o los que no creen?

—No sé. Yo al menos no pretendo tener el monopolio de la verdad.

—Porque eres un escéptico.

\* \* \*

—No hay argumentos que sirvan para el pueblo, esa es la verdad; los argumentos sirven para ti o para mí, que somos dos hombres racionales, un viejo y un muchacho, ¿pero para el pueblo reunido?... Los argumentos no sirven. Son necesarias, frases, imágenes, jactancias, fanfarronerías. Desde este punto de vista Cabrera es admirable. ¡Qué instinto! ¡Qué intuición! No hay otro que comprenda a sus partidarios como él.

—¿Y esa crueldad de que hace gala, cree usted, mi general, que es necesaria?

—Para su público, sí. Su gente se lo exige. ¿Es que si fuera bueno y compasivo hubiera conseguido con sus fuerzas lo que ha conseguido? ¡Qué iba a conseguir!

\* \* \*

—Hacer homogéneo, idéntico, lo que la Naturaleza ha hecho heterogéneo es una labor titánica. Es indudable que la diferencia produce odio; pero no la diferencia grande, sino la diferencia pequeña. Es mayor la antipatía entre un español y un portugués que entre un español y un sueco. En el idioma produce más burla lo que es diferente a lo nuestro, pero que se le parece, que lo que no se le parece. Así, dentro de España mismo, el castellano siente más enemistad natural por la manera de hablar del catalán o del gallego, que emplean dialectos latinos como el suyo, que no por el vasco, que usa un lenguaje que no tiene relación con su lengua. Urbiztondo era vasco y era un buen general; pero no se entendía con los catalanes y tuvo que marcharse de aquí.

\* \* \*

—Es siempre curioso el pensar cómo todas las gentes de ideas y costumbres diversas que forman una masa o un ejército, llegado el momento, y bajo la influencia de un jefe, sienten de la misma manera y se borran todas las diferencias individuales. Así pasa indudablemente en las multitudes cuando quieren algo en común u odian algo, cuando rezan o cantan a coro.

—Es cierto, es extraño, cómo se pueden sumar cantidades heterogéneas —dijo Hugo.

—Es que nadie sabe lo que es el hombre. Es un enigma. Todos lo somos para los demás y para nosotros mismos. Muchas veces los que parecen más claros, más transparentes, son los más oscuros. Como te digo, el hombre es un enigma. Créelo. Vosotros tampoco sabéis lo que es, por muchas escuelas y bibliotecas y laboratorios que tengáis. No lo sabéis.

—Yo no pretendo saberlo.

—Sí, pero creéis saberlo. Ya sé que tenéis grandes filósofos: Locke, Adam Smith, Malthus, Jeremías Bentham. He oído hablar de ellos y hasta he leído algo suyo en periódicos y revistas; pero yo, que soy un ignorante ante ellos, creo en su ciencia, pero no en sus consecuencias. Y como esto no se aclarará nunca, ni se sabrá para qué hemos venido al mundo, creo en Dios y en la Virgen y en el *Agnus Dei* que llevo en el cuello y que me protegerá de la desgracia.

—No sé lo que es eso.

—¿No lo sabes?

—No.

—Los ingleses sois unos herejes.

\* \* \*

—Yo creo que esto es ser demócrata —dijo el conde de España riendo.

—¿Cree usted, mi general?

—Sí. Yo soy demócrata, casi un demagogo. Pienso en el pueblo. No soy como vosotros, los ingleses, que sois individualistas y no pensáis nada más que en vosotros mismos y, a lo más, en vuestras familias.

Hugo no contestó.

\* \* \*

—Ya sé, ya sé que sois patriotas y buenos soldados. Y hablando de otra cosa: ¿qué ideas tenéis allá de los masones?

—En Inglaterra la masonería es una sociedad pública.

—Pero ¿se cree que tiene importancia?

—No sé. Yo creo que sí.

—Aquí no hay más masonería que la de los clérigos.

—Y ésa debe de ser fuerte.

—¡Uf! no lo sabes bien. A mí estos clérigos de la Junta piensan que me van a hacer la pascua. Pero están equivocados. Yo veo más que ellos. Y si ellos corren, yo vuelo. ¿No. te parece?

—¡Claro! Usted tiene mucho más mundo que ellos, más experiencia.

—Lo que dices tú, hijo mío. Al conde de España no se le engaña fácilmente, tiene muchas conchas... y es también un enigma..., ja..., ja..., ja... Ya lo creo. Bueno. Hemos hablado bastante. Adiós, hijo.

—Adiós, mi general.

*Itzea, septiembre 1928.*

FIN DE «HUMANO ENIGMA»

## ÍNDICE\*

Prólogo .....	7
---------------	---

### PRIMERA PARTE

#### INQUISICIONES GENEALÓGICAS

I.—El gusto por la aventura .....	13
II.—Un joven inglés y otro francés .....	18
III.—Un viejo sensato .....	24
IV.—En Tolosa de Francia .....	26
V.—Legitimistas .....	28
VI.—Masones .....	32
VII.—Las señoritas de Saint-Bertrand de Comminges .....	34
VIII.—El sacristán de Saint-Lizier .....	40
IX.—Los informes del cura de Castellón .....	42
X.—De vuelta .....	51
XI.—En Cassagnabére .....	53
XII.—Los viejos anticuarios .....	55
XIII.—En marcha .....	59

### SEGUNDA PARTE

#### LA CAPITAL DEL CARLISMO DE CATALUÑA

I.—Max y Hugo pasan la frontera .....	61
II.—Las monjas gordas y las monjas flacas .....	66
III.—Silueta de Berga .....	70
IV.—La casa de Mestres .....	73
V.—Pasa el terrible conde .....	78
VI.—La familia del comerciante .....	81
VII.—El ayudante del general .....	84
VIII.—Susana y Nemesia .....	86
IX.—Tertulia de clérigos .....	92
X.—Lecturas de Hugo .....	101
XI.—Las fortificaciones .....	103
XII.—Las decepciones de Max .....	106
XIII.—La Estupidez Sagrada .....	108
XIV.—Pilar, la bella aragonesa .....	110
XV.—La tristeza de Mestres .....	116
XVI.—El tajo en el patíbulo .....	119
XVII.—El optimismo de Hugo .....	122
XVIII.—Ejecuciones .....	124
XIX.—Batalla, el corneta .....	126
XX.—El verdugo .....	129

---

\* La paginación hace referencia al libro original [Nota del escaneador]



### TERCERA PARTE

#### LO QUE SE CONTABA DEL CONDE

I.—El licenciado Escobet .....	133
II.—Otra vez el origen del conde de España .....	135
III.—El conde en la guerra de la Independencia.....	139
IV.—En la época fernandina .....	143
V.—De capitán general de Cataluña .....	146
VI.—La guerra carlista .....	153
VII.—La Junta .....	155
VIII.—La disidencia .....	157
IX.—La marcha del conde .....	160
X.—Desagraviando a los agraviados .....	164
XI.—La cueva de Pau Mañé .....	167
XII.—Los caprichos del conde .....	169
XIII.—Anécdotas .....	171
XIV.—Más anécdotas de Berga .....	174

### CUARTA PARTE

#### EL CONDE DE CERCA

I.—La visita de Hugo .....	179
II.—La comida .....	182
III.—El coronel Camps .....	189
IV.—Charla al lado del fuego .....	193
V.—Contrastes .....	197
VI.—Hipótesis étnica .....	199
VII.—La opinión del boticario .....	201
VIII.—Lo que pensaba el ayudante Adell .....	203
IX.—El carácter del conde .....	212
X.—Profecías y misticismo .....	216
XI.—Cambio de gobernador .....	220
XII.—Noticias de Max .....	223

### QUINTA PARTE

#### HUMANO ENIGMA

I.—En Ripoll .....	225
II.—La Junta y el conde .....	229
III.—Vacilación .....	231
IV.—La multitud .....	235
V.—La verdad .....	239
VI.—Las antipatías ancestrales .....	242